MI DOCTRINA

Mein Doktrin



ADOLF HITLER

Editorial [illegible]

"MI DOCTRINA"

por ADOLF HITLER

NOTAS DE LA EDICIÓN:

Ediciones EL ÚLTIMO AVATARA tiene el honor de presentarles la obra titulada "MI DOCTRINA", por Adolf Hitler. La presente edición, traducción del original francés que publicó FAYARD en 1938, es un resumen de las ideas fundamentales del Nacionalsocialismo, para lo cual se utilizan principalmente fragmentos de ambas partes de "MI LUCHA", a los que se les añaden otros procedentes de discursos posteriores —hasta 1938—, habiendo sido estructurada sistemáticamente en cuatro partes. Sobre la presente, un artículo del historiador S. E. Norling, titulado *«MI LUCHA, Historia de un libro que ha devenido un mito prohibido»* (publicado en la revista La Voz del Pueblo, nº especial 111 Aniversario Adolf Hitler) apunta lo siguiente:

«Las distintas versiones galas son objeto de polémica, Hitler se negará a autorizar su traducción francesa, que no aparecerá en su versión integral hasta 1939, a cargo de la editorial parisina NOUVELLES ÉDITIONS LATINES, cercana a ambientes de la extrema-derecha, aunque sin la autorización de Hitler. Autorizada por la editorial del partido en 1938, la editorial FAYARD había podido publicar un breve volumen titulado "MA DOCTRINE", que verá al menos 25 ediciones sucesivas antes de la guerra. Mientras, se suceden las ediciones piratas y no autorizadas donde se extractan los párrafos y citas fuera de contexto y que más escándalo pueden provocar a los lectores galos: "MEIN KAMPF (MON COMBAT)", sin fecha, y a cargo de LES BELLES ÉDITIONS; "MON COMBAT (MEIN KAMPF), LA DOCTRINE HITLERIENNE " (SAVOIR MUTUEL, París, ¿1939?). Ambas ediciones serían expresamente desautorizadas por las autoridades alemanas e incautadas durante la ocupación alemana 1940-1944».

Que esta edición está especialmente dirigida al lector francés se comprueba por el hecho que, una vez cerradas las heridas que la Primera Guerra Mundial había abierto, y sin ocultar las opiniones no muy favorables

sobre Francia incluidas en el texto original de ambas partes de "MI LUCHA" (escritos en 1924 y 1925, respectivamente) —motivo por el cual se negó siempre a una edición francesa de "MI LUCHA", siendo ésta la única autorizada por el Partido—, sabe apaciguar e impulsar un nuevo espíritu de respeto entre ambos pueblos (*«El pueblo francés y el pueblo alemán, iguales en derechos, no deben ya considerarse como enemigos hereditarios, sino respetarse mutuamente»*), a pesar de todos los manejos y provocaciones en contra, acabando por determinar *«la necesidad de unión de todos los pueblos arios contra el enemigo común»*, e indicando al respecto que *«no predicará el odio a los pueblos arios de los que casi todo puede separarnos, pero a los cuales estamos ligados por la comunidad de sangre y una civilización idéntica en sus grandes líneas»*. Dicha unión se vería definitivamente forjada por la sangre vertida frente a la amenaza marxista-capitalista, desde el frente del Este... hasta la defensa de Berlín.

Dado que la presente edición publicada en Argentina fue originalmente traducida del alemán al francés, y de éste al castellano, puede que la concordancia en los párrafos con la edición española de "MI LUCHA" no sea literal, aunque sí lo es en su sentido. No obstante, allí donde pudiera dar lugar a errores, se ha sustituido por la construcción usada en la edición completa en castellano de "MI LUCHA" (Ediciones Wotan, Barcelona, 1995). Finalmente, cabe indicar que se han mantenido las notas aclaratorias de la edición original.

INDICE

PRIMERA PARTE

CRÍTICA DEL LIBERALISMO BURGUÉS

CAPÍTULO PRIMERO

CRÍTICA DE LA DEMOCRACIA BURGUESA Y PARLAMENTARIA

La democracia fundada en la autoridad del número suprime la responsabilidad de los jefes

He aquí el carácter más notable del parlamentarismo: se elige cierto número de hombres (también mujeres desde hace algún tiempo), por ejemplo quinientos; y a partir de ese momento, a ellos les compete tomar, en todo, decisiones definitivas. Prácticamente son el único gobierno. Ellos nombran un gabinete que parece dirigir los negocios del Estado; pero esto no es más que una apariencia. En realidad, este pretendido gobierno no puede dar un paso sin haber ido antes a mendigar el asentimiento de toda la asamblea. Así no se podrá hacerlo responsable de nada; pues, la decisión final es siempre la del Parlamento, nunca la suya. Siempre es solamente el ejecutor de todas las voluntades de la mayoría. No se podría apreciar justamente su capacidad política sino por el arte con que sabe ajustarse a la opinión de la mayoría, o hacer que la mayoría se adhiera a su opinión.

Pero cae así del rango de verdadero gobierno al de mendicante ante cada mayoría. No tiene ya tarea más urgente que la de ganar, de tiempo en tiempo, la aprobación de la mayoría existente, o bien tratar de suscitar una nueva mejor orientada. Si lo consigue, podrá seguir "gobernando" por algún tiempo; si no, no le queda más que irse. La precisión de sus apreciaciones no desempeñan en esto ningún papel. Así, toda noción de responsabilidad es prácticamente abolida.

El Parlamento toma una decisión: por catastróficas que puedan ser sus consecuencias, nadie será responsable de ellas, nadie puede ser llamado a rendir cuentas. Pues, ¿puede hablarse de asunción de responsabilidades cuando, después de un desastre sin precedente, el gobierno culpable se retira, o cuando la mayoría cambia, o cuando el Parlamento es disuelto? ¿Puede hacerse jamás responsable a una mayoría flotante de individuos? La idea de responsabilidad, ¿tiene alguna significación si la responsabilidad no es asumida por una persona determinada? ¿Se puede, prácticamente, hacer

asumir a un jefe de gobierno la responsabilidad de actos cuyo origen y cuya realización emanan de la voluntad y de la inclinación de una multitud de individuos?

La labor de un dirigente parlamentario, ¿no reside menos en la concepción de un plan que en el arte de hacer comprender el valor de este plan a un rebaño de carneros de cabeza hueca, para solicitar en seguida su benévola aprobación?

El criterio del estadista, ¿es poseer en el mismo grado el arte de convencer y la inteligencia necesaria para distinguir las grandes líneas y tomar las grandes decisiones?

¿Queda demostrada la inaptitud de un jefe por el hecho de que no logre convencer a la mayoría de una asamblea, verdadero tumor que ha invadido el organismo en condiciones más o menos adecuadas? Por lo demás, ¿se ha visto alguna vez que una multitud comprenda una idea antes de que el triunfo de ésta haya revelado su grandeza? Toda acción genial, ¿no es aquí en la tierra una ofensiva del genio contra la inercia de la masa?

Así, ¿qué debe hacer el político que no logra ganar con halagos el favor de esa muchedumbre? ¿Debe comprarla? O bien, ante la estupidez de sus conciudadanos, ¿debe renunciar a emprender las tareas cuya necesidad vital ha reconocido? ¿Debe retirarse? ¿Debe quedarse? ¿Cómo puede un hombre digno de este nombre resolver este problema; aceptar semejante situación respetando al propio tiempo la decencia o, más exactamente, la honradez? ¿Cuál es aquí el límite entre el deber para la comunidad y las obligaciones del honor? El verdadero jefe, ¿no debe prohibirse métodos que lo rebajen al rango politiquero de cantón?

Y a la inversa, un politiquero de cantón, ¿no se sentirá inclinado a hacer política por el hecho de que nunca será él mismo, sino una multitud anónima, la que finalmente soportará el peso de las responsabilidades?

Nuestro principio parlamentario de la mayoría, ¿no debe acarrear la destrucción de la noción de mando? ¿Es posible todavía creer que el progreso humano venga, por poco que sea, del cerebro de una mayoría y no de la cabeza de un hombre?

Degradación de los caracteres por la democracia

Una Cámara de diputados mediocres experimenta siempre una gran satisfacción al sentirse guiada por un jefe cuyo mérito no sobrepase el suyo. Cada uno tiene así la satisfacción de poder hacerse notar de vez en cuando,

y sobre todo de decirse: Puesto que Juan puede ser jefe, ¿por qué no puede serlo un día Santiago?

En el fondo de esta admirable invención de la democracia, se puede observar un fenómeno que se manifiesta en nuestros días(1) escandalosamente, con cada vez mayor intensidad: la cobardía de la mayoría de nuestros pretendidos dirigentes. ¡Qué suerte, cuando deben tomar decisiones importantes, la de poder ampararse bajo la protección de una mayoría! Es preciso haber visto una vez a uno de estos bandidos de la política mendigar humildemente, antes de cada una de sus decisiones, la aprobación de la mayoría, asegurarse así las complicidades necesarias y poder, en todos los casos, desligarse de toda responsabilidad. Un hombre de honor, un hombre de corazón, no puede menos de experimentar odio y repugnancia por semejantes métodos de actividad política; pero tales métodos atraerán a todos los caracteres mediocres.

Sería un error creer que todos los diputados de un determinado parlamento toman siempre sus responsabilidades tan de ligero.

Por cierto que no. Pero algunos diputados, obligados a tomar posición sobre cuestiones que les escapan, vuélvense poco a poco débiles y sin carácter. Pues ninguno tendrá el valor de declarar: *«Señores, creo que no entendemos nada de este asunto. Esta es al menos la verdad en lo que a mí concierne»*. Por lo demás, esto no cambiaría nada, en primer lugar porque esta actitud no sería Comprendida, y luego porque no sería difícil impedir que ese asno "echara a perder el oficio" con su honradez. Cuando se conoce a los hombres, es fácil comprender que, en una sociedad tan escogida, ninguno trata de ser el más estúpido, y que, en este ambiente, lealtad es sinónimo de estupidez. Así, un diputado que haya comenzado por ser más o menos honrado, se verá fatalmente arrastrado a la vía de la mentira y del engaño.

Los programas de todos los partidos políticos de un régimen democrático son un engaño

La única preocupación que determina fatalmente, ya sea el establecimiento de un programa nuevo, ya sea la modificación del anterior, es la preocupación de las próximas elecciones. Tan pronto como en el cerebro de estos artistas en política parlamentaria comienza a germinar la sospecha de que el buen pueblo puede rebelarse y evadirse de los arneses del viejo carro de los partidos, helos ahí que vuelven a tomar el timón.

Aparecen entonces los que leen en las estrellas, los astrólogos de los partidos, la "gente de experiencia" y los "expertos"; éstos son, lo más a menudo, viejos parlamentarios que vuelven a recordar los casos análogos que se presentaban en el tiempo, "rico en enseñanza, de su aprendizaje político", casos en que la paciencia del buen pueblo estaba agotada y rompía los arneses; nuevamente sienten acercarse una amenaza semejante. Entonces, apelan a las viejas fórmulas, forman una "comisión", escuchan en todas partes lo que dice el buen pueblo, husmeando los artículos de prensa y aspirando largamente a fin de saber lo que querría el querido gran público, lo que le agrada y lo que espera. Se estudia muy cuidadosamente cada grupo profesional, cada clase de empleados, y se averiguan sus más íntimos deseos. Entonces las "fórmulas" de la peligrosa oposición adquieren también, súbitamente, la madurez necesaria para un examen serio. Por lo demás, casi siempre, este fragmento del tesoro de ciencias de los viejos partidos se revela completamente lamentable, con gran asombro de los que lo han descubierto y dado a conocer. Y las comisiones se reúnen para trabajar en la revisión del antiguo programa (estos señores cambian de convicción exactamente como los soldados en campaña cambian de camisa, cuando la anterior se cae a pedazos. Crean un nuevo programa, en el que cada cual recibe lo que le corresponde. El campesino la protección de su agricultura, el industrial la protección de sus productos, el consumidor la protección de lo que compra; se elevan los sueldos de los profesores, se aumentan las pensiones de los funcionarios. El Estado debe, en una amplia medida, ofrecer situaciones a las viudas y a los huérfanos, se favorecerá el tráfico, se reducirán las tarifas y hasta los impuestos deben ser suprimidos, si no completamente, al menos en gran parte. Sucede frecuentemente que se ha olvidado una corporación, o que no se ha tenido conocimiento de una exigencia familiar del pueblo. Entonces, precipitadamente, se agregan nuevos documentos, hasta que por fin se pueda esperar con justicia haber calmado y contentado completamente al ejército de los burgueses "medios" y de sus esposas. Reconfortado así todo el mundo, se puede comenzar, confiando en Dios y en la inalterable estupidez del ciudadano elector, a luchar por la "reforma del Estado", según la fórmula consagrada.

Pasada la fecha de las elecciones, cuando los parlamentarios han celebrado la última de sus reuniones populares por cinco años, pasan de este amaestramiento de la plebe al cumplimiento de deberes más elevados y más agradables. La Comisión del programa se disuelve y la lucha por la

renovación de las cosas vuelve a ser la lucha por el pan cotidiano, lo cual significa, para un diputado, la remuneración parlamentaria.

Falsedad esencial del principio parlamentario

No creáis que estos elegidos de la nación sean también elegidos del espíritu o de la razón. Espero que no se pretenderá que estadistas puedan nacer por centenares de las células de votos, siendo los electores poco menos que faltos de inteligencia. No se podría protestar lo bastante contra la idea estúpida de que el genio pudiera ser el resultado del sufragio universal. Por otra parte, una nación no produce un verdadero estadista sino en ciertos días benditos, y no ciento y más de un solo golpe. Además, la masa es por instinto hostil al genio singular que la aventaja. Más probabilidades hay de ver que un camello pase por el ojo de una aguja, que de descubrir un gran hombre por medio de una elección. Todo lo extraordinario que se ha realizado desde que el mundo existe, lo ha sido por acciones individuales.

Considerando objetivamente, no hay principio que sea tan falso como el principio parlamentario. No consideremos la manera como se efectúa la elección de los señores representantes del pueblo, sobre todo la manera como ganan su asiento y su nueva dignidad. Es evidente que el triunfo de cada uno de ellos no satisface sino en una proporción absolutamente mínima las aspiraciones y las necesidades de todo un pueblo: hay que darse cuenta de ello. La inteligencia política de la masa no está lo bastante desarrollada para llegar por sí misma a concepciones políticas generales y precisas, ni para encontrar ella sola hombres que sean capaces de realizarlas. Lo que siempre llamamos *opinión pública* no reposa sino en una ínfima parte sobre la experiencia personal y los conocimientos de los individuos. Por el contrario, es fabricada en su mayor parte —y esto con una perseverancia y una fuerza de persuasión a menudo notables— por lo que se llama la *información*. Así como las convicciones religiosas de cada cual nacen de la educación, y así como no hay, dormitando en el corazón del hombre, más que aspiraciones religiosas, asimismo la opinión política de la masa resulta de una preparación obstinada y profunda del alma y del espíritu.

La información de la opinión en el régimen democrático está abandonada a la prensa, la cual está a su vez en manos de los judíos

En la educación política, la parte de influencia considerablemente mayor corresponde a la prensa. Se la llama entonces la propaganda. Ella emprende ante todo el trabajo de información y llega a ser como una escuela para adultos. Solamente que esta enseñanza no pertenece al Estado, sino a potencias que de ordinario son absolutamente nefastas. En mi juventud, precisamente en Viena, tuve ocasión de ver de cerca a los propietarios y a los fabricantes de ideas de esta máquina para educar al pueblo. Mi primer objeto de asombro fue al poco tiempo que esta potencia, la más nefasta del Estado, empleaba en crear una opinión determinada, aunque ésta fuera contraria a las ideas y a las aspiraciones más profundas y más ciertas de la comunidad. En algunos días, de un pequeño detalle ridículo, la prensa hace un importante asunto de Estado y en cambio, en un tiempo igualmente reducido, hace caer en el olvido problemas vitales, hasta hacerlos desaparecer completamente del pensamiento y de la memoria del pueblo.

Es así como, en algunas semanas, se hacía salir, mágicamente, ciertos nombres de la nada; gracias a una vasta publicidad, se les rodeaba de magníficas esperanzas, se les creaba en fin una popularidad tan grande como no puede esperarla, durante su vida entera, un hombre de verdadero valor. Nombres que en un mes antes nadie había oído pronunciar jamás, eran lanzados a todas partes; en tanto que, al propio tiempo, hechos conocidos desde mucho antes y que afectaban a la vida del Estado y a la vida pública eran enterrados en pleno vigor. A veces, esos nombres habíanse visto asociados a ignominias tan grandes que parecía que jamás podrían haberse separado de tal bajeza o de tal bellaquería. Hay que estudiar, particularmente entre los judíos, la infamia que consiste en verter, de cien basureros a la vez, como con la ayuda de una varita mágica, las más viles y vergonzosas calumnias sobre el blasón inmaculado de un hombre de honor: entonces se podrá honrar como lo merecen a estos peligrosos pillos de los diarios...

He ahí la banda que fabrica la "opinión pública", de donde nacerán más tarde los parlamentarios, como Venus nació de la espuma de las olas.

La democracia es el instrumento de la dominación judía

Nuestro parlamentarismo democrático no quiere en modo alguno reclutar una asamblea de sabios, sino reunir un grupo de nulidades intelectuales, tanto más fáciles de conducir en una dirección determinada

cuanto más limitado sea cada individuo. Solamente así se puede conducir una "política de partidos", en el mal sentido tomado hoy día por esta expresión. Pero éste es también el único medio para que el que mueve los hilos pueda permanecer prudentemente al abrigo, sin ser jamás constreñido a asumir sus responsabilidades. Así, nunca ninguna decisión nefasta al país será cargada a la cuenta de un bellaco conocido de todos, sino sobre la espalda de todo un partido. Así desaparece, en realidad, toda responsabilidad: pues bien se puede hacer responsable a una persona determinada, pero no a un grupo parlamentario de charlatanes. Por consiguiente, el régimen parlamentario no puede satisfacer sino a espíritus disimulados, que temen por sobre todo obrar a plena luz; pero será siempre detestado por todo hombre honrado y recto, que tiene el gusto de las responsabilidades.

Esta forma de la democracia ha llegado a ser, pues, el instrumento favorito de esa raza que alimenta constantemente proyectos ocultos, y que en todo tiempo tiene las mayores razones para temer la luz. Sólo el judío puede amar una institución tan inmunda y trapacera como él mismo.

La verdadera democracia alemana

A esta concepción se opone la de la verdadera democracia alemana: el jefe libremente elegido debe reclamar la responsabilidad entera de todas sus acciones. Esta democracia no admite que todos los problemas sean resueltos por el voto de una mayoría. Uno solo decide, y en seguida es responsable de su decisión con sus bienes y con su vida.

Si se objeta que entonces es difícil encontrar un hombre decidido a consagrarse a una tarea tan peligrosa, sólo hay una respuesta que dar: es precisamente esa, a Dios gracias, la verdadera significación de una democracia alemana, que no admite que cualquier arribista pueda llegar, por vías tortuosas, a gobernar a sus compatriotas. El temor de las responsabilidades deseada a los incapaces y a los débiles. Si, no obstante, un individuo se esfuerza por introducirse en el poder, es fácil desenmascararlo y gritarle valientemente:

¡Atrás, cobarde pillo! ¡Retira tu pie, ensucias las gradas! Al Panteón de la Historia entran sólo los héroes, no los intrigantes.

CAPÍTULO SEGUNDO

LA EXPLOTACIÓN DEL PROLETARIADO POR EL SOCIALISMO MARXISTA

Nacimiento del proletariado

Nuevas masas de hombres, que ascienden a millones de individuos, han abandonado el campo para ir a las grandes ciudades a fin de ganarse la vida en calidad de obreros de fábrica en las industrias recientemente creadas. Esta nueva clase ha vivido y trabajado en condiciones más que miserables. Una adaptación más o menos automática de los, antiguos métodos de trabajo del artesano y del cultivador era imposible. La actividad del uno, como la del otro, no era comparable con los esfuerzos impuestos al obrero de usina. En los antiguos oficios, el papel del tiempo era secundario; es de primer plano en los modernos métodos de trabajo. El cambio de la antigua duración del trabajo en la gran industria tuvo un efecto desastroso. El rendimiento del trabajo era escaso antes, pues no se empleaban los métodos actuales de trabajo intensivo. Una jornada de trabajo de catorce o quince horas era entonces soportable; pero en una época en que cada minuto es utilizado al *máximum*, nadie podría resistirla. Ese absurdo cambio de la antigua duración del trabajo en la industria nueva fue fatal de dos maneras; arruinó la salud de los obreros y destruyó su fe en un derecho superior.

Hay que agregar a estas faltas, por una parte, la lamentable insuficiencia de los salarios y por la otra, la prosperidad tanto más notoria de los empleadores.

La inseguridad del salario cotidiano, una de las más graves plagas sociales. Su explotación por los marxistas

La inseguridad del pan cotidiano me pareció uno de los aspectos más negros de esta vida nueva.

Es verdad que el trabajador especializado no es arrojado a la calle tan a menudo como el peón; sin embargo, no puede contar con ninguna seguridad. Si tiene que temer menos el hambre por falta de trabajo, le queda que temer el *lock out* o la huelga. La inseguridad del salario es una de las plagas más profundas de la economía social.

El joven campesino parte para la ciudad, atraído por un trabajo que le dicen es más fácil —que tal vez lo sea, en realidad— y cuya duración es mas corta. Es fascinado sobre todo por la deslumbrante luz que irradia de las grandes ciudades... Está dispuesto a correr los riesgos de un destino incierto. Lo más a menudo, llega a la ciudad con un pequeño peculio, y no se desalienta si, en los primeros días, la mala suerte hace que no encuentre inmediatamente trabajo. Pero si pierde la ocupación encontrada al cabo de un corto tiempo, el caso es más grave. Es muy difícil, si no imposible, encontrar una nueva colocación, sobre todo en el invierno. Durante las primeras semanas resiste todavía; recibe la indemnización de cesantía de su sindicato y se arregla como puede. Sin embargo, una vez gastado el último último centavo, cuando la caja de cesantía, a la larga, cesa de pagar los subsidios, viene la gran miseria. Ahora, hambriento, se le ve aquí y allá. Vende o lleva al prestamista sobre prenda lo que le queda. Por su traje y sus relaciones llega así a un completo abandono del cuerpo y del espíritu. Si ya no tiene alojamiento, y esto sucede en invierno, como es muy frecuente, su miseria es completa. Por fin encuentra trabajo. Pero vuelve a empezar la misma historia. Una segunda vez será lo mismo. Una tercera vez será peor, hasta que aprenda poco a poco a soportar con indiferencia esa existencia eternamente incierta. La repetición ha creado el hábito. Así, el hombre que fue trabajador se abandona en todo y termina por ser un simple instrumento en manos de gente que persigue bajos fines egoístas... De un solo golpe, se le hace indiferente combatir por reivindicaciones económicas o aniquilar los valores del Estado, de la sociedad o de la civilización. Se hace huelguista, quizá sin alegría, pero con indiferencia.

He podido seguir esta evolución en millares de ejemplos.

La burguesía liberal y demócrata, con sus errores ha conducido a los obreros al socialismo marxista

Si tratara de describir en algunos rasgos el alma de esas clases inferiores, mi cuadro no sería fiel si no afirmase que, en esos bajos fondos, encontraba también la luz. Encontré allí raros sentimientos de sacrificios, de

fiel camaradería, una sorprendente moderación y una reserva hecha de modestia, sobre todo en obreros de cierta edad. Y aunque estas virtudes se debilitan cada vez más en las nuevas generaciones, sobre todo bajo la influencia de la gran ciudad todavía se encuentra en ellas numerosos jóvenes cuya naturaleza esencialmente sana, triunfa de las bajezas habituales de la vida. Así, si esa buena gente llena de ánimo pone su actividad política al servicio de los mortales enemigos de nuestro pueblo, es porque no comprende ni puede comprender toda la bajeza de la doctrina de esos enemigos. En efecto, nadie se ha preocupado jamás de ellos, y finalmente las corrientes sociales han sido más fuertes que su primitivo deseo de no dejarse arrastrar. La miseria, descargándose sobre ellos, los ha lanzado, un día u otro, al campo de la Social-Democracia. He ahí la culpable.

Habiéndose levantado lo burguesía innumerables veces, de la manera más torpe y más inmoral, contra las exigencias más legítimas y más humanas de los trabajadores, sin poder, por lo demás, esperar obtener ningún provecho de semejante actitud, el trabajador honrado se ha visto lanzado de lo organización sindical hacia la política.

Al principio, millones de trabajadores eran ciertamente, en el fondo de ellos mismos, adversarios de la Social-Democracia; pero su resistencia fue vencida muchas veces, en circunstancias inauditas, mientras los partidos burgueses tomaban posición contra toda reivindicación social. Esta torpe negativa de intentar nada por mejorar la condición obrera: negativa de instalar en las máquinas dispositivos de seguridad, negativa de reglamentar el trabajo de los niños y de la mujer —al menos durante los meses del embarazo—, esta negativa hizo no poco para lanzar las masas a las redes de la Social-Democracia, que se apoderaba, con reconocimiento, de cada uno de estos ejemplos reveladores de tan pobre pensamiento político. Jamás podrán los partidos burgueses reparar los errores cometidos en esa época. En efecto, combatiendo todas las reformas sociales, han sembrado el odio y han dado una apariencia a las afirmaciones del mortal enemigo del pueblo, a saber, que sólo el partido Social-Demócrata defendía los intereses del mundo de los trabajadores.

He ahí cuál fue el único origen de las bases morales que permitieron a los sindicatos darse cuenta de la realidad. Esta organización debía desde entonces formar el principal depósito del partido Social-Demócrata.

Métodos de acción del socialismo marxista

Sólo el conocimiento de lo que son los judíos revela el secreto de los fines ocultos (por consiguiente, visiblemente perseguidos) de la Social-Democracia. Conocer este pueblo es quitarnos la venda de ideas falsas que nos ciega en cuanto a los fines y las intenciones de este partido. Más allá de sus declamaciones vagas y confusas sobre la cuestión social, se distingue la figura grotesca y maliciosa del marxismo.

Reconocí a mi pueblo al profundizar la literatura y la prensa de la doctrina social-demócrata. Y lo que antaño se me había presentado como un abismo infranqueable llegó a ser para mí la ocasión de un más grande amor. En efecto, sólo un necio podría, después de conocer ese inmenso trabajo de envenenamiento, condenar a su víctima. Cuanto más se afirmó mi independencia en los años que siguieron, mejor comprendí las causas profundas de los triunfos de la Social-Democracia.

Intolerancia.— Comprendí entonces el sentido de la orden formal de no leer sino diarios rojos, de no asistir sino a reuniones rojas. Descubrí los resultados evidentes de esta doctrina de la intolerancia, con perfecta lucidez.

Terrorismo sobre la masa.— El corazón de la masa no se impresiona sino por todo lo que es entero y fuerte. Así como la mujer es poco sensible al razonamiento abstracto y experimenta un indefinible atractivo sentimental por una actitud clara, así como obedece al fuerte y hace obedecer al débil, asimismo la masa prefiere el amo al esclavo y se siente más protegida por una doctrina que no tolera ningún compromiso que por una amplia tolerancia. La tolerancia le da la impresión de que la abandonan. Pero si se ejerce sobre ella un audaz terrorismo intelectual, si se dispone de su libertad, no se inquieta en absoluto ni adivina nada de todo el error de una doctrina. No ve sino las manifestaciones externas de una fuerza resuelta y de una brutalidad a las cuales somete siempre.

Terrorismo intelectual sobre la burguesía.— En menos de dos años, comprendí a la vez la doctrina de la Social-Democracia y su instrumento. Comprendí el innoble terrorismo intelectual que ejerce este movimiento, especialmente sobre la burguesía; pues moral o físicamente, ésta no es gran cosa.

La Social-Democracia tiene por táctica hacer caer, a una señal dada,. una verdadera lluvia de mentiras y calumnias sobre los adversarios que ella

juzga más temibles, hasta que sus nervios estén agotados y acepten lo inaceptable con la loca esperanza de recobrar su tranquilidad.

Pero se trata sólo de una loca esperanza. Y el juego continúa hasta que las víctimas queden paralizadas por el temor al perro furioso. Por experiencia personal, la Social-Democracia conoce admirablemente el valor de la fuerza. Por eso se ensaña sobre todo con aquellos en quienes ha adivinado algún valor. Por el contrario, los seres débiles del partido adverso reciben sus alabanzas más o menos discretas según la idea que ella se forma del valor de su inteligencia.

Teme menos a un hombre de genio que carece de voluntad, que a una naturaleza vigorosa de inteligencia mediana. En cuanto a los que no tienen ni inteligencia ni voluntad, a éstos los exalta sin medida.

Hipocresía.— Sabe dar la apariencia de que sólo ella sabe hacer reinar la tranquilidad, en tanto que, con prudencia pero sin perder de vista los fines perseguidos, conquista sucesivamente sus objetivos. Ora los realiza furtivamente, ora los ataca de un salto a plena luz, aprovechando que la atención general se halla dirigida hacia otras materias de las cuales no quiere ser desviada, o que el robo es considerado demasiado insignificante para provocar un escándalo y obligar la restitución al adversario.

Este método, fundado en una justa apreciación de las debilidades humanas, debe conducir casi automáticamente al triunfo si el partido adverso no aprende a combatir los gases asfixiantes con los gases asfixiantes.

Es preciso decir a las naturalezas débiles que se trata, en tal circunstancia, de ser o no ser.

Comprendí el terror físico que la masa impone al individuo... Aquí también la psicología es justa.

El terror, en el astillero, en la fábrica, en los lugares de reunión y en los mítines, tendrá siempre un triunfo completo mientras no se oponga a él un tenor igual...

Cuanto mejor aprendí a conocer los métodos del terror, tanto mayor se hizo mi indulgencia para con la multitud que soportaba su yugo.

El marxismo y la democracia

Para el marxismo, todo el sistema democrático no es, en el mejor de los casos, más que un medio para llegar a sus fines: se sirve de él para paralizar al adversario y dejar libre su campo de acción...

El marxismo apoyará a la democracia mientras no haya logrado, persiguiendo tortuosamente sus designios destructores, ganar la confianza del espíritu nacional que quiere destruir.

Pero, si estuviese hoy convencido de que, en la caldera de brujas de nuestra democracia parlamentaria, o solamente en e] cuerpo legislativo, se puede producir, de repente, una mayoría capaz de atacar seriamente al marxismo, entonces el juego de prestidigitación parlamentaria terminaría bien pronto. Los portaestandartes de la internacional roja entonarían entonces, en lugar de una invocación a la conciencia democrática, un ardiente llamado a las masas proletarias, y la lucha se trasladaría súbitamente de las salas de los Parlamentos de atmósfera infecta, a las fábricas y a las calles. Así la democracia sería liquidada inmediatamente; y lo que la docilidad de espíritu de esos apóstoles del pueblo no ha podido llevar a cabo en los Parlamentos, sería realizado con la rapidez del relámpago por las tenazas y los martillos de las masas proletarias sublevadas. Exactamente como en el otoño de 1918, mostrarían al mundo burgués, de manera sorprendente, que es insensato esperar detener la conquista mundial judía con los medios de que dispone la democracia occidental.

CAPÍTULO TERCERO

EL JUDÍO, ENEMIGO DEL GÉNERO HUMANO

Contacto con los judíos. De la tolerancia al antijudaísmo

Me es hoy día muy difícil, casi imposible, decir en qué momento de mi vida el nombre de judío despertó en mí por primera vez una idea particular. No recuerdo haber oído pronunciar esta palabra en la casa paterna cuando mi padre vivía. Me parece que ese digno hombre habría considerado anticuados a los que hubieran pronunciado este nombre en cierto tono...

En la escuela, nada me incitó a modificar las ideas que había adquirido en la casa.

Sólo hacia la edad de catorce o quince años fue cuando, en la conversación, oí frecuentemente el nombre de judío, sobre todo si se trataba de política. Esas conversaciones me causaban una ligera repugnancia, y no podía menos de experimentar el sentimiento desagradable que nacía en mí cuando asistía a querellas sobre confesiones religiosas. En esa época, la cuestión no se me presentaba bajo otro aspecto.

Veía, con certidumbre, a los judíos perseguidos a causa de sus creencias. Las conversaciones malévolas que oía acerca de ellos me inspiraban una antipatía que llegaba a veces casi hasta el horror. Así llegue a Viena.

Asaltado por una multitud de sensaciones en el dominio de la arquitectura, inclinándome bajo el fardo de mi propia suerte no supe, en los primeros tiempos, conceder la menor ojeada a las diferentes capas que forman la población de esa enorme ciudad. Aunque Viena contaba entonces cerca de doscientos mil judíos sobre dos millones de almas, yo no los notaba. Durante las primeras semanas, mis ojos y mi espíritu no pudieron soportar el asalto de tantos nuevos valores y nuevas concepciones. Cuando, poco a poco, hízose en mí la calma, cuando esas febriles imágenes comenzaron a esclarecerse, entonces pude pensar en observar con mayor

atención el mundo nuevo que me rodeaba y, entre otras cosas, tropecé con la cuestión judía.

No la conocí de una manera que me haya parecido particularmente agradable. El judío todavía era para mí solamente un hombre de una confesión diferente, y yo continuaba reprobando, en nombre de la tolerancia y de la humanidad, toda hostilidad de origen religioso. El tono de la prensa antisemita de Viena, en particular, me parecía indigno de las tradiciones de un gran pueblo civilizado. El recuerdo de ciertos hechos que se remontaban a la edad media me obsesionaba, y no hubiera querido verlos repetirse. Los diarios de que acabo de hablar no eran considerados como órganos de primer orden. ¿Por qué? Lo ignoraba todavía. Me parecieron ser frutos de la cólera y de la envidia antes que órganos de una posición de principios bien decidida, aun cuando fuese falsa.

Esta idea se acreditó en mí cuando consideré la forma —infinitamente más conveniente, a mi entender— que la verdadera gran prensa había adoptado para responder a esos ataques, a menos que —lo que me parecía aún más meritorio— se contentase con destruirlos por el silencio, no haciendo la menor alusión a ellos.

Leí regularmente lo que se llamaba la prensa mundial (la *Neue Freie Presse*, el *Wiener Tageblatt*, etc.). Me quedé estupefacto de ver la abundancia con que informaba a sus lectores, y la imparcialidad que la guiaba para tratar todas las cuestiones. Su tono distinguido me agradaba; sólo su estilo redundante no siempre era de mi gusto y hasta algunas veces me impresionaba desagradablemente. Pero en fin, ese defecto podía ser causado por la vida trepidante que animaba a esa gran ciudad cosmopolita.

Pero lo que a menudo me chocaba era la corte indecente que esa prensa hacía al gobierno. El menor acontecimiento que pasaba en la *Hofburg* era referido a los lectores con un entusiasmo delirante o una consternada aflicción. Afectación evidente que, sobre todo si se trataba del más sabio monarca de todos los tiempos, casi hacía pensar en la danza del urogallo delante de su hembra en la época del celo. Todo esto me pareció no ser más que una farsa. Esta comprobación arrojó cierta sombra sobre la idea que yo me formaba de la democracia liberal.

Un gran movimiento que se perfiló entre los judíos, y que tomó en Viena cierta amplitud, puso en relieve de una manera particularmente notoria el carácter étnico de los judíos: quiero nombrar el sionismo.

En realidad, parecía que sólo una minoría aprobaba la posición así tomada, en tanto que la mayoría de los judíos la condenaba y rechazaba su principio. Pero, si se miraba más de cerca, se veía desvanecerse esa apariencia; no era más que una neblina de malas razones inventadas para las necesidades de la causa, por no decir mentiras.

Aquéllos a quienes se llamaba judíos liberales no desaprobaban, en efecto, a los judíos sionistas porque no eran sus hermanos de raza sino solamente porque, confesando públicamente su judaísmo, daban pruebas de una falta de sentido práctico que podía ser peligrosa. Esto no disminuía en nada la solidaridad que los unía a todos. Esta lucha ficticia entre los judíos sionistas y los judíos liberales me asqueó pronto; no correspondía a ninguna realidad, no era más que una mentira indigna de la nobleza y de la pulcritud moral de que este pueblo no cesaba de gloriarse.

El judío corruptor del gusto y de las costumbres

La limpieza, moral o física, de este pueblo era, por lo demás, algo bien especial. A los judíos les agradaba muy poco el agua. Uno podía convencerse de esto mirándolos y aun, ¡ay!, cerrando los ojos. En ocasiones sentí náuseas al percibir el olor de esos portadores de caftán. Además, su vestuario era sucio y su exterior muy poco agradable. Todos estos detalles eran ya poco atrayentes; pero se experimentaba una verdadera repugnancia cuando se descubría bruscamente la suciedad moral del pueblo elegido. Pero lo que mas me hizo reflexionar fue la naturaleza de la actividad de los judíos en ciertos dominios, misterio que poco a poco llegué a penetrar.

¿Había una acción vil cualquiera, una infamia cualquiera, particularmente en la vida social, en la que no hubiese tomado parte al menos un judío? En cuanto se aplicaba el escalpelo a un abceso de este género, se descubría, como un gusano en un cuerpo en putrefacción un pequeño judío cegado por esa brasca luz.

Las quejas contra la judería se acumularon en mis ojos en cuanto observé su actividad en la prensa, en el arte, la literatura y el teatro.

Bastaba dirigir los ojos a una columna de espectáculos; leer los nombres de los autores de esas innobles fabricaciones para el cinema o el teatro, cuyo elogio se leía en los carteles, y uno se sentía convertirse por largo tiempo en el enemigo implacable de los judíos. Era una peste, peor que la peste negra de los tiempos pasados, que, en esos sitios, envenenaba al pueblo.

Es cierto que las nueve décimas partes de todas las basuras literarias, del artificio en las artes, de las simplezas teatrales, deben ser anotadas en la cuenta de un pueblo que representa apenas la centésima parte de la población del país. No hay lugar a protestar, es así...

El judío, bacilo disolvente de la humanidad

Comencé a examinar desde este punto de vista la "prensa mundial". Mientras más profundizaba mi examen, más disminuía mi antigua admiración. El estilo me era siempre insoportable y no podía retener sus ideas, tan superficiales como vulgarmente expresadas. La aparente imparcialidad de las exposiciones me parecía ahora una mentira: los colaboradores eran judíos...

Veía ahora bajo otra luz las opiniones liberales de esa prensa; la civilidad de su tono cuando respondía a las polémicas de sus adversarios o su silencio completo me parecían procedimientos tan hábiles como despreciables. Sus críticas dramáticas eran siempre favorables solamente a los judíos, y nunca condenaban más que a alemanes. Los ataques solapados que lanzaban a Guillermo II eran tan frecuentes que revelaban un sistema, así como los elogios prodigados a la cultura y a la civilización francesa. La estupidez de los folletines llegaba a ser pornografía, y el lenguaje de esos diarios tenía a mis oídos un acento extranjero. La inspiración general de los artículos era tan evidentemente antialemana que era preciso que ello fuese intencional.

Cuando descubrí que un judío era el jefe de la Social-Democracia, la venda se me cayó de los ojos...

...Cuando mis camaradas no estaban satisfechos de su suerte, cuando maldecían del destino que los agobiaba a menudo tan cruelmente, cuando detestaban a los patrones en quienes veían a los brutales ejecutores de su penoso destino, cuando insultaban a las autoridades que, según ellos, no sentían la menor compasión por su situación, o también cuando hacían manifestaciones contra el precio de los víveres y desfilaban en las calles por defender sus reivindicaciones, todo esto podía yo admitirlo sin dudar de su razón. Pero lo que no podía comprender era el odio desmesurado que manifestaban para con su propio pueblo, con el cual denigraban todo lo que constituía su grandeza, despreciaban su historia y arrastraban por el lodo a sus grandes hombres. Este odio contra su propia especie, su propio hogar,

contra su país natal, era tan absurdo como incomprensible. Era contra natura.

Reuní entonces todos los folletos social-demócratas que pude procurarme y busqué las firmas: ¡judíos! Anoté el nombre de casi todos los jefes: casi todos eran igualmente miembros del "pueblo elegido", ya se tratase de diputados al *Reichstag*, de secretarios de sindicatos, de presidentes de las organizaciones del partido o de agitadores callejeros. Era siempre el mismo cuadro inquietante. Nunca olvidaré los apellidos de Austerlitz, David, Adler, Ellenbogen, etcétera.

Llegó a serme entonces evidente que el partido cuyos miembros más modestos eran desde hacía meses mis adversarios, se encontraba casi totalmente, por sus jefes, en manos de un pueblo extranjero; pues un judío no es un alemán, lo había aprendido definitivamente para tranquilidad de mi espíritu.

El marxismo judío, destructor de la civilización

Mientras estudiaba la influencia ejercida por el pueblo judío a través de largos períodos de la historia, me pregunté súbitamente, con angustia, si el destino, cuyos fines son inexplicables, no quería, por razones que nosotros, pobres hombres, ignoramos, y en virtud de una decisión inmutable, la victoria de este pequeño pueblo.

¿Acaso esta tierra habría sido prometida como recompensa a este pueblo que no ha vivido sino para la tierra? El destino mismo me dio la respuesta mientras estaba sumido en el estudio de la doctrina marxista y observaba, sin parcialidad ni precipitación, la acción del pueblo judío.

La doctrina judía del marxismo rechaza el principio aristocrático observado por la naturaleza, y reemplaza el privilegio eterno de la fuerza y de la energía por la dominación del número. Niega el valor personal del hombre, discute la importancia de la entidad étnica, de la raza, priva así a la humanidad de la condición indispensable de su existencia y de su civilización. Acarrearía el fin de todo orden humano si se la aceptase como base de la vida universal. Semejante ley conduciría al caos el mundo que la inteligencia puede concebir. Y su triunfo significaría la desaparición de la población terrestre.

Si el judío, apóstol del marxismo, llega a ser el vencedor de los pueblos de este mundo, su corona será la corona mortuoria de la humanidad. Entonces nuestro planeta recorrerá su ruta en el éter en el

mismo estado en que se encontraba hace millares de años; los hombres habrán desaparecido de su superficie.

La Naturaleza eterna se venga sin piedad cuando se infringen sus mandamientos.

Por eso creo obrar según el espíritu del Todopoderoso, nuestro creador, pues:

Defendiéndome contra el judío, lucho por defender la obra del Señor.

SEGUNDA PARTE

LOS MEDIOS DE LA REVOLUCIÓN NACIONALSOCIALISTA

CAPÍTULO PRIMERO

NECESIDAD DE UNA DOCTRINA

La fuerza no tiene resultados duraderos sino cuando está al servicio de una idea

¿Es posible, por el empleo de la fuerza bruta, luchar contra ideas filosóficas? Reflexionando sobre casos análogos que nos proporciona la historia, en particular cuando se trata de cuestiones religiosas, se llega a la noción fundamental siguiente:

Las teorías y las ideas filosóficas, como todos los movimientos engendrados por tendencias espirituales, ya sean fundadas en la verdad o en el error, no pueden ya, a partir de un momento determinado, ser aniquilados por la fuerza material sino con una condición: es menester que esta fuerza material esté al servicio de una idea o teoría filosófica nueva, encendiendo una nueva antorcha.

La fuerza física empleada sola, sin la ayuda de una fuerza moral apoyada en una concepción espiritual, no puede jamás destruir una idea ni detener su propagación, salvo si se recurre a un implacable exterminio de los últimos partidarios de esta idea y a la destrucción de las últimas tradiciones. Se llega entonces, en la mayoría de los casos a borrar el Estado en cuestión, del número de potencias políticamente fuertes por un período indefinido, a menudo para siempre; pues semejante sangría ataca, como lo prueba la experiencia, la parte mejor de la población. En efecto, toda persecución que no tiene fundamento espiritual parece moralmente injusta y obra como un azote en los mejores elementos de un pueblo; y éste protesta apegándose más a la tendencia espiritual perseguida. En numerosos individuos esta protesta traduce simplemente su repulsión de ver a la fuerza bruta tratar de destruir una idea,

Así, el número de partidarios convencidos aumentan en la medida misma en que se acrecienta la persecución. De modo que una concepción

filosófica no podrá ser destruida sino por el exterminio progresivo y completo de todos los individuos de verdadero valor. Pero éstos se encuentran vengados, en el caso de una depuración "interior" completa, por la impotencia general a que se ve entonces reducido el país. En cambio, un método semejante está de antemano condenado a la ineficacia cuando la doctrina combatida ha franqueado los límites de un pequeño círculo.

Por eso, cuando se trata de la vida de las doctrinas, como en todos los crecimientos, la infancia está expuesta a la posibilidad de una destrucción rápida; mientras que con los años la fuerza de resistencia aumenta para ceder el lugar, cuando se acerca la debilidad senil, a una nueva juventud. La experiencia prueba que casi todas las tentativas que se han hecho para destruir, sin la ayuda de un fundamento espiritual, una doctrina y las diversas organizaciones que de ella han nacido, han llegado a un fracaso, y muchas veces han terminado de una manera enteramente contraria a la que se deseaba, y por la razón siguiente: la primera de todas las condiciones, cuando se adopta la sola fuerza como arma de combate, es siempre la perseverancia. El triunfo está únicamente condicionado por la aplicación prolongada y constante de los métodos de ahogamiento de una doctrina. Pero, si la fuerza llega a alternar con la indulgencia, la doctrina que se quiere aplastar no sólo recobrará constantemente su vigor, sino que además podrá obtener nuevas ventajas de cada persecución, cuando, después de pasada semejante ola de opresión, la rebelión contra los sufrimientos experimentados de nuevos adeptos a la vieja doctrina, convenza a los antiguos a adherirse a ella con una obstinación mayor y un odio más profundo, y por último, una vez alejado el peligro, haga volver a los tránsfugas a sus primeras convicciones. Únicamente en la aplicación perpetua y uniforme de la violencia es donde reside la condición primera del triunfo. Pero esta obstinación no puede ser sino la consecuencia de una convicción espiritual precisa. Una violencia que no ha nacido de una sólida creencia espiritual será vacilante y poco segura. Le falta la estabilidad que sólo puede reposar en concepciones filosóficas marcadas de fanatismo. En ella se expresa la perseverancia enérgica y la resolución brutal de un solo individuo; pero depende, por otra parte, del cambio de las personalidades, de su naturaleza y de su potencia.

Fracaso de los movimientos antimarxistas puramente negativos

Toda doctrina filosófica, sea religiosa o política —a menudo es difícil trazar una frontera entre ambas—, combate menos por destruir las teorías adversas —lo cual es únicamente negativo— que por imponer de una manera positiva las suyas propias. Así su lucha es menos una defensa que un ataque. Le es, pues, conveniente perseguir un fin bien determinado, que no es otro que la victoria de sus propias ideas, antes que buscar un fin negativo, en este caso la destrucción de la doctrina enemiga, lo cual es bien difícil decidir cuando se ha logrado. Por esta sola razón, el ataque fundado en una doctrina filosófica será más racional, y también más poderoso que la acción defensiva de esta última pues, en suma, aquí también, es el ataque el que decide, y no la defensa. Y la lucha por la fuerza contra una potencia espiritual presenta un carácter defensivo mientras la espada misma no se presente como portadora, anunciadora y preparadora de una nueva doctrina espiritual.

En resumen comprobamos esto:

Toda tentativa de combatir con la fuerza material un sistema de orden moral termina por fracasar, a menos que la lucha tome la forma de un ataque en favor de una nueva concepción espiritual. Solamente cuando se enfrentan dos doctrinas filosóficas es cuando la fuerza bruta, empleada con obstinación y de una manera implacable, puede inclinar la decisión en favor del partido que ella apoya.

Por eso, la lucha contra el marxismo ha fracasado siempre.

Esta fue también la razón por la cual la legislación de Bismarck contra los socialistas terminó siempre, a pesar de todo, por ser ineficaz —tenía que ser así—. Lo que faltaba era el trampolín de una nueva doctrina filosófica para cuyo triunfo debiera haberse dirigido la lucha. Pues, para imaginarse que las charlatanerías sobre "la autoridad del Estado" o "la tranquilidad y el orden" pudieran dar a los espíritus el impulso necesario para una lucha por la vida y la muerte, se necesitaba la legendaria sabiduría de los altos funcionarios ministeriales...

¿Qué se iba a dar como alimento a las masas, en el supuesto de que el marxismo pudiera ser destruido? No existía ningún movimiento de opinión del cual se pudiera esperar que lograra enrolar entre sus partidarios a los numerosos grupos de obreros que más o menos habían perdido a sus jefes. Es una locura y una estupidez imaginarse que un internacionalista fanático, después de haber abandonado el partido de la lucha de clases, iría a enrolarse inmediatamente en un partido burgués, es decir, en una nueva

organización de clase. Por desagradable que esto pueda parecer a las diversas organizaciones, no se puede, sin embargo, negar que, para un gran número de politiqueros burgueses, la distancia que separa a las clases, les parecerá muy natural mientras no comience a perjudicarlos...

Es muy posible que en 1914 se pensara en una lucha contra el marxismo; pero se puede dudar que esa actitud hubiera tenido alguna probabilidad de durar a causa de la falta de lo que podía prácticamente reemplazarlo.

CAPÍTULO SEGUNDO

LA CONQUISTA DEL PUEBLO

Un partido nacional debe primeramente conquistar a los trabajadores

Para nacionalizar a las masas, es menester seguir una serie de obligaciones.

Para hacer que la masa se adhiera a un programa de restablecimiento nacional, ningún sacrificio es demasiado grande.

Cualesquiera que sean las concesiones de orden económico que se hagan incesantemente a los obreros, ¿se puede verdaderamente compararlas con el beneficio obtenido por la nación entera, si ellas sirvieran para reintegrar las grandes capas populares a la sociedad de que forman parte? Solamente los espíritus miopes y limitados pueden desconocer que, a la larga, ningún desarrollo económico será posible ni provechoso mientras no se haya restablecido una profunda solidaridad entre el pueblo y la nación.

Si, durante la guerra, los sindicatos hubieran protegido con ardor los intereses de los trabajadores; si, aunque se estaba en guerra, ellos mismos hubieran impuesto mil veces, mediante la huelga, a los empresarios ávidos de dividendos, la aceptación de todas las reivindicaciones de los obreros a quienes oprimían; si hubiesen proclamado con el mismo fanatismo su culto por la idea alemana y proseguido la obra de defensa nacional; si hubiesen, con un ardor llevado hasta el paroxismo, dado a la patria lo que necesitaba, la guerra no se habría perdido. ¡Qué insignificantes habrían sido entonces las concesiones económicas, incluso las mayores, en comparación

con la importancia de la victoria!...

La educación nacional de la masa no se puede realizar sino indirectamente, gracias al restablecimiento social; en efecto, no hay más que este medio para obtener una base económica que permita a cada cual aprovechar los bienes culturales de la nación.

La nacionalización de la masa no puede, en ningún caso, lograrse con medidas insuficientes o un apostolado tímido. Hay que concentrar sus esfuerzos y llevarlos con fanatismo hasta el fin que se ha decidido conseguir...

El veneno no es vencido sino por el contraveneno, y sólo los insulsos burgueses puede imaginarse qué procedimientos de justo medio los conducirán al reino de los cielos...

La gran masa de un pueblo no está formada de profesores ni de diplomáticos. No comprende mucho las ideas abstractas. En cambio, se la cogerá más fácilmente apelando a los sentimientos que dominan los resortes secretos de sus reacciones, ya sean positivas, o negativas. Por lo demás, no reacciona bien sino cuando se trata de una fuerza orientada claramente en una dirección o en la dirección opuesta, jamás si se trata de una medida tomada a medias y vacilante.

Sólo se puede conquistar el alma del pueblo si, junto con luchar por alcanzar el fin que nos hemos propuesto, velamos por destruir todo enemigo que trate de obstruirnos el camino. En todo tiempo, el pueblo ha pensado que aquél que atacaba sin piedad a sus adversarios daba pruebas de su buen derecho; para él, renunciar a destruir a sus enemigos es dudar de este buen derecho, y aun negar su existencia.

Todos los grandes problemas de nuestro tiempo son problemas de actualidad son las consecuencias de causas determinadas.

Entre todas estas causas, hay una que ofrece, sin embargo importancia primordial: la del mantenimiento de la integridad de la raza en el organismo social. Sólo en la sangre reside la fuerza o la debilidad del hombre...

Hacer entrar en una comunidad nacional la gran masa de nuestro pueblo que está hoy en el campo del internacionalismo no obliga a renunciar a la idea de que cada cual defienda los legítimos intereses de la gente de su condición. Todos estos intereses particulares a las diferentes condiciones o profesiones no necesitan en modo alguno una separación de las clases: no hay que ver en estos fenómenos sino las consecuencias normales de las diferentes formas de nuestra vida económica.

La incorporación de una categoría social que ha llegado a convertirse en una clase, en la comunidad popular, no debe obtenerse rebajando las clases superiores, sino elevando el nivel de las clases inferiores.

Un movimiento que se propone semejante fin deberá buscar sus adherentes primeramente en el campo de los trabajadores. No debe dirigirse

a la clase de los intelectuales sino cuando verdaderamente ésta haya comprendido bien el objeto que se persigue. La amplitud de este movimiento de transformaciones y acercamiento de las clases no es una cuestión de diez o veinte años; la experiencia hace pensar que abarcará numerosas generaciones...

Un movimiento que tiene por objeto volver por medios honorables al obrero alemán al seno de su pueblo y arrancarlo a la utopía internacionalista, debe atacar ante todo, con la mayor energía, ciertas concepciones que circulan en los medios patronales. Primeramente ésta: una vez entrado en la comunidad nacional, el obrero perdería, desde el punto de vista económico, sus medios de defensa contra su empleador; en segunda, que la más leve tentativa de defensa de los intereses económicos vitales —incluso los más legítimos— de los obreros es un ataque contra los intereses de la colectividad.

Sin duda un obrero falta al espíritu de una colectividad popular digna de este nombre cuando, sin preocuparse del bien público y del mantenimiento de la fuerza económica nacional, se dedica a reivindicaciones excesivas. Pero un empresario no lesiona menos esta comunidad si, por una explotación inhumana y verdaderas extorsiones, hace uso pernicioso de la fuerza de trabajo de la nación y, sin más conciencia que un usurero, se atribuye millones ganados por el sudor de sus obreros.

El depósito en que nuestro movimiento deberá alimentarse primeramente será, pues, la masa de nuestros obreros. Esta masa, hay que sustraerla a la utopía internacionalista, a su miseria social, sacarla de su pobreza intelectual para hacer de ella una parte integrante de nuestra comunidad nacional, parte decidida, valerosa, animada de sentimientos nacionales.

Es inútil atraer hacia sí el rebaño electoral burgués

Si en los medios nacionales ilustrados se encuentran hombres apasionadamente adictos a su pueblo y a su porvenir, si han adquirido conciencia de la importancia de la lucha cuyo objeto es el alma de esa masa, esos hombres serán bienvenidos a nuestras filas. Nos serán útiles para constituir la armazón espiritual de nuestro movimiento. Dicho esto, no tratamos de atraer a. rebaño electoral burgués; pues tomaríamos nuestro cargo una masa que más bien apartaría de nosotros capas sociales mucho más vastas.

Ciertamente, es muy hermoso en teoría querer reunir en el seno de un mismo movimiento el mayor número posible de individuos tanto de arriba como de abajo. Pero no hay que olvidar esto: quizás es posible ejercer sobre la clase burguesa una influencia intelectual suficiente para inculcarle opiniones nuevas y aun una sana comprensión de las cosas; pero no se puede esperar hacer desaparecer características o, por decir mejor, imperfecciones cuyo origen y cuyo desarrollo datan de varios siglos. Por último, no tratamos de cambiar los espíritus en un campo ya nacional; queremos atraer a nosotros al campo de los antinacionales.

Este punto de vista debe orientar toda la táctica del movimiento.

Esta posición unilateral, por esto mismo muy clara, debe encontrarse en nuestra propaganda y, recíprocamente nuestra propaganda debe tratar de desarrollarse a su vez. En efecto, para que la propaganda de nuestro movimiento sea eficaz, no debe ejercerse sino en una sola dirección. De lo contrario, en razón de la diferencia de formación intelectual de los dos campos en presencia, esta propaganda no sería comprendida por uno, en tanto que el otro la rechazaría por no encontrar en ella más que verdades evidentes y, por consiguiente, sin interés...

Si la propaganda renuncia a cierta ingenuidad de expresión, no llegará a impresionar la sensibilidad popular. Si, por el contrario, refleja en sus palabras y en sus ademanes toda la rudeza de los sentimientos populares, no hará efecto en los medios llamados "intelectuales"...

El secreto del triunfo para un movimiento de reforma política no es ilustrar ni influir en las fuerzas dirigentes: su único objeto será conquistar el poder político. Una idea que debe transformar el mundo, no solamente tiene el derecho sino también el deber de asegurarse los medios que hagan posible su advenimiento. El triunfo es aquí en la tierra el único juez para decidir de la justicia o de la injusticia de una determinada empresa, y por la palabra triunfo no entiendo, como pasó en 1918, la conquista del poder, sino la acción bienhechora sobre el pueblo entero...

El movimiento nuevo es, en su esencia y en su organización profunda, antiparlamentario. Esto significa que rechaza, de una manera general como en su propia organización interna, el principio de una soberanía de la mayoría, en virtud de la cual el jefe del gobierno es rebajado al rango de simple ejecutor de la voluntad ajena. El movimiento sienta como principio que, ya se trate de grandes o de pequeños problemas, el jefe tiene una autoridad indiscutida, comprometiendo totalmente su responsabilidad.

CAPÍTULO TERCERO

LA PROPAGANDA

La propaganda es un arte. Debe dirigirse siempre y únicamente a la masa

Siguiendo con atención todos los acontecimientos políticos, me interesé siempre muy vivamente por la actividad de la propaganda. Veía en ella un instrumento que las organizaciones socialmarxistas, precisamente, poseían a fondo y sabían emplear magistralmente. Por ellas, aprendí muy pronto que el empleo sagaz de la propaganda constituye un arte que los partidos burgueses ignoraban casi completamente.

La primera cuestión que hay que plantear es esta: ¿Es la propaganda un medio o un fin? Es un medio, y por consiguiente debe ser juzgada con relación a su fin. Por eso, su forma debe ser juiciosamente escogida para que sirva de apoyo al fin que persigue.

La segunda cuestión, de capital importancia, es esta: ¿A quién debe dirigirse la propaganda? ¿A los intelectuales o a la masa menos instruida?

Debe dirigirse siempre y únicamente a la masa. A los intelectuales, o al menos a los que se llama así, está destinada, no la propaganda, sino la explicación científica. En cuanto a la propaganda, no contiene más ciencia que arte contiene un *affiche* en la forma en que se presenta. El arte del *affiche* consiste en el talento del dibujante para atraer la atención de la multitud, por la forma y los colores. El *affiche* de una exposición de arte no tiene otro objeto que hacer aparecer el arte de esta exposición; cuanto mejor éxito tiene ésta, tanto mayor es el arte del *affiche* mismo. Además, el *affiche*, está destinado a dar a las masas una idea del sentido de la exposición; pero no puede reemplazar en esta exposición al gran arte, que es muy diferente. Por eso, el que quiere estudiar por sí mismo el arte no debe extraviarse en el estudio del *affiche*; y además, no le basta recorrer simplemente la exposición. Es preciso que se entregue a un examen profundo de cada uno de los objetos considerados separadamente, y que en

seguida se forme, lenta y juiciosamente, una opinión. La situación es la misma en lo que concierne al hecho que acostumbramos designar hoy con la palabra propaganda. La tarea de la propaganda no es instruir científicamente a cada individuo considerado en particular, sino atraer la atención de las masas sobre hechos, acontecimientos, necesidades, etc..., determinados, y cuya importancia no se puede explicar a las masas sino por este medio.

Aquí el arte consiste únicamente en tratar el tema de una manera tan superior, que la convicción de la masa sobre la realidad de un hecho, la necesidad de un acontecimiento, la justicia de una necesidad, sea creada. El arte de la propaganda no tiene en sí mismo un carácter de necesidad, sino que su objeto consiste —exactamente como en el *affiche* tomado por ejemplo—, en atraer la atención de la multitud, y no en instruir a los que tienen conocimientos científicos o que quieren aprender y cultivarse. Su acción debe, pues, apoyarse en el sentimiento, muy poco en la razón.

Toda propaganda debe ser popular y bajar su nivel intelectual hasta el límite de las facultades de asimilación del menos inteligente de aquéllos a quienes debe dirigirse. En estas condiciones, su nivel intelectual debe ser tanto más bajo cuanto más numerosa sea la masa de hombres que debe impresionar...

Cuanto más modesto es su tenor científico, cuanto más exclusivamente se dirija a los sentidos de la masa, tanto más decisivo será su buen éxito. Y el buen éxito es la mejor prueba del valor de una propaganda, mucho más de lo que lo sería la aprobación de algunos cerebros cultivados o de algunos jóvenes estetas...

Psicología de la propaganda

Si la facultad de asimilación de la gran masa es muy escasa, y su entendimiento pequeño, su falta de memoria es en cambio muy grande. Toda propaganda efectiva debe, pues, limitarse a datos poco numerosos y hacerlos resaltar por medio de fórmulas hechas, y por tanto tiempo como sea necesario a fin de que el último de los auditores pueda comprender su alcance. No saber limitarse a este principio y tratar de ser universal, es disimular la acción de la propaganda, pues la multitud no podrá digerir ni retener lo que se le presente. El buen resultado será así aminorado y, al fin de cuentas, destruido. Así, pues, cuanto más vasto debe ser el contenido de

la exposición, tanto más necesario es determinar con precisión la táctica que se debe emplear.

Durante la guerra, por ejemplo, era completamente estúpido ridiculizar al adversario como lo hacían los diarios satíricos austríacos y alemanes que hacían de ello su principal objeto. Completamente estúpido, pues el lector que se encontraba con el adversario, en el frente, debía inmediatamente formarse de él una opinión muy distinta; y el soldado alemán que conocía inmediatamente la resistencia del enemigo, se sentía engañado por los que hasta entonces habían tenido la misión de informarlo, y en lugar de aumentar su deseo de combatir o simplemente su resistencia, se llegaba al resultado contrario: el hombre se dejaba ir al desaliento.

Por el contrario, la propaganda de guerra de los ingleses y americanos era psicológica y racional. Al representar ante su pueblo a los alemanes como bárbaros y hunos, esa propaganda preparaba a cada soldado para resistir los horrores de la guerra y le impedía así conocer la desilusión. En el arma terrorífica empleada contra él, veía la confirmación de lo que le habían enseñado, y esto reforzaba en él, con la creencia en la exactitud de las afirmaciones de su gobierno, su rabia y su odio contra el infame enemigo. Pues la fuerza terrorífica de las armas enemigas, que ahora aprendía a conocer por sí mismo, le probaba la existencia de esa brutalidad de "huno", del enemigo bárbaro, brutalidad que ya le habían dado a conocer, y no pensaba, ni por un instante, que sus propias armas pudieran tener efectos aun más terroríficos.

La cosa peor comprendida representaba la primera de todas las condiciones necesarias a cualquiera propaganda en general: es decir, la posición sistemáticamente unilateral con respecto a toda cuestión tratada. En este terreno, se cometieron tantos errores, y esto desde el comienzo de la guerra, que cabe preguntarse si tales absurdos deben ser realmente atribuidos sólo a la necedad.

¿Qué se diría, por ejemplo, si un *affiche* destinado a elogiar un jabón indicara al mismo tiempo que otros jabones son "buenos"?...

Nos contentaríamos con encogernos de hombros. Y sin embargo, sucedió exactamente lo mismo con nuestra propaganda política.

Nuestra propaganda no tiene por objeto, por ejemplo, medir el buen derecho de los diversos partidos, sino exclusivamente poner de relieve el del partido que se representa. Tampoco tiene que investigar objetivamente

la verdad, si ésta es favorable a los demás, ni exponerla a las masas so pretexto de justicia teórica, sino únicamente buscar la que le es favorable.

¡Qué falta primordial la de discutir la cuestión de la culpabilidad de la guerra, decir que no se podía atribuir solamente a Alemania la responsabilidad de esta catástrofe! Era preciso atribuir sin cesar esa culpabilidad al adversario.

¿Cuál ha sido la consecuencia de esa medida insuficiente? La gran masa de un pueblo no se compone de diplomáticos o de profesores de derecho público, ni siquiera de gente capaz de enunciar un juicio razonable, sino de seres humanos indecisos y dispuestos a la duda y a la vacilación. En cuanto nuestra propaganda concede al adversario una ligera apariencia de buen derecho, abre la pueda a la duda con respecto al nuestro propio. La masa no está ya en condiciones de discernir dónde terminar el error del adversario y dónde comienza el nuestro. Vuélvese entonces inquieta y desconfiada, sobre todo si el adversario se guarda de cometer semejantes extravagancias y, por el contrario carga al enemigo todos los errores sin excepción. La demostración más evidente de todo esto es que finalmente nuestro pueblo creyó más en la propaganda enemiga que en la nuestra, porque aquélla era dirigida con mayor rigor y continuidad. ¡Y esto en un pueblo que tiene la manía de la objetividad! Pues cada cual se esforzaba en ella por no cometer injusticia para con el enemigo, aun cuando el Estado y el pueblo alemanes eran amenazados de destrucción.

El pueblo es, en su gran mayoría, de disposiciones hasta tal punto femeninas, que sus opiniones y sus actos son dirigidos mucho más por la impresión que reciben sus sentidos que por la reflexión pura. Esta impresión no es alambicada, sino muy sencilla y limitada. No comporta matices sino solamente las nociones positivas o negativas de amor o de odio, de derecho o de injusticia, de verdad o de mentira; los medios sentimientos no existen. La propaganda inglesa en particular comprendió todo esto de una manera verdaderamente genial. No era ella la que comportaba medidas a medias que, llegado el caso, pudieran haber provocado la duda...

Repetir constantemente un pequeño numero de ideas

Todo el genio desplegado en la organización de una propaganda sería inútil si no se apoyase de una manera absolutamente rigurosa en un principio fundamental. Hay que limitarse a un pequeño número de ideas y

repetirlas constantemente. La perseverancia, aquí corno en muchas otras cosas de este mundo, es la primera y la más importante condición del triunfo.

En el terreno de la propaganda, no se debe, pues, dejarse dirigir jamás por los estetas o las personas de gusto demasiado exigente.

No se debe dejarse dirigir por los estetas; de lo contrario, el texto, la forma y la expresión de la propaganda no ejercerán atracción sino en los salones literarios, en lugar de llegar a la masa. En cuanto a los de gusto demasiado exigente, hay que guardarse de ellos como de la peste pues, incapaces de experimentar sensaciones sanas, buscan siempre nuevos excitantes.

Estos seres se hastían rápidamente de todo, desean el cambio y nunca saben ponerse al nivel de las necesidades de sus contemporáneos que han permanecido sanos; ni siquiera pueden comprenderlos. Son siempre los primeros en criticar la propaganda, o más bien su texto, que les parece demasiado trillado, demasiado vulgar, ya fuera de uso, etc. Piden siempre algo nuevo, buscan la variedad y así llegan a ser los más mortales enemigos del triunfo político ante las masas. Pues en cuanto la propaganda, en su contenido y su organización, comienza a seguir la pendiente de sus deseos, pierde toda cohesión y, por el contrario, se dispersa.

La propaganda no está hecha para distraer agradablemente a pequeños señores refinados, sino para convencer; y es a la masa a la que se debe convencer. Y ésta, en su pesadez, demora siempre cierto tiempo antes de encontrarse dispuesta a tomar conocimiento de una idea, y su memoria no se abrirá sino después de la repetición mil veces renovada de las nociones más simples.

La consigna puede ser ilustrada de diversas maneras, pero el fin de toda exposición debe siempre llegar a la misma fórmula. Sólo de este modo puede la propaganda obrar con cohesión y espíritu de perseverancia.

La palabra es un medio de propaganda superior. Mediante la palabra es como se desencadenan las revoluciones

Que los *snobs*, que los caballeros del tintero contemporáneos se convenzan de que jamás las grandes revoluciones se han hecho por milagro de la pluma de ganso. ¡No! La pluma ha podido dar cada vez sus causas teóricas. La fuerza que ha desencadenado las grandes avalanchas históricas,

en el dominio político o religioso, fue solamente, desde tiempo inmemorial, el poder mágico del Verbo.

La gran masa de un pueblo obedece siempre al poder de la palabra. Todos los movimientos de la Historia, son movimientos populares, erupciones volcánicas de las pasiones humanas, provocadas por la cruel diosa de la miseria o por las antorchas de la palabra lanzadas al seno de las masas, —nunca por chorros de limonada de estetas literarios y de héroes de salón—.

Sólo un huracán de pasión devoradora puede cambiar el destino de los pueblos; pero sólo el que lleva en sí mismo la pasión puede provocarla. Sólo ella es la que inspira a sus elegidos las palabras que abren, como a martillazos, las puertas del corazón de un pueblo. El que ignora la pasión, aquel cuya boca es muda, no es un elegido del cielo para imponer su voluntad.

Que todo escritorzuelo se quede, pues, delante de su tintero, y se ocupe de "teorías", si el saber y el talento bastan para ello; no ha nacido, no es elegido para ser un jefe.

Un movimiento que persigue grandes fines debe velar cuidadosamente por no perder el contacto con la masa. Debe ante todo examinar cada cuestión desde este punto de vista y orientar en este sentido sus decisiones. Debe en seguida guardarse de todo lo que pudiera disminuir o debilitar sus posibilidades de acción sobre las masas, no por demagogia, sino simplemente porque ninguna gran idea, por muy sagrada y elevada que parezca, puede realizarse sin la fuerza y el poder de las masas populares. Sólo la dura realidad es la que debe indicar el camino que conduce al fin perseguido. Si querernos evitar los caminos difíciles, muy a menudo renunciamos a nuestro propósito, lo queramos o no.

La masa misma es la que, a cada instante, dicta al orador, en el curso de su arenga, las rectificaciones necesarias: pues, en la expresión de sus auditores, éste adivina hasta qué punto pueden ellos seguirlo y comprenderlo y si sus palabras impresionan y actúan en favor del fin perseguido. El escritor, por el contrario, no conoce en absoluto a sus lectores. De esto se sigue, que, como no puede orientarse según un auditorio vivo, según una muchedumbre que esté precisamente allí delante de sus ojos, debe dar a su exposición un carácter más general.

Hasta cierto punto, se empobrece en agudeza psicológica y, por consiguiente, en adaptabilidad. Un brillante orador podrá, pues, en general,

escribir mejor que un brillante escritor podrá hablar, a menos que este último se ejercite mucho tiempo en este arte. A esto hay que agregar que el hombre de la masa es generalmente perezoso, que permanece sumido en la huella de sus viejas costumbres, y que no le gusta tomar en sus manos los escritos que no corresponden a sus creencias o no le traen lo que de ellos espera.

Un escrito de una tendencia determinada no tiene muchas probabilidades de ser leído sino por aquéllos que ya han adoptado la misma tendencia. Una proclamación o un *affiche* aislados tienen, en razón de su brevedad, algunas probabilidades más de atraer la atención pasajera de un adversario. La imagen, en todas sus formas, incluso el *film*, tiene aún mayor poder.

En efecto, en este caso el hombre tiene aun menos necesidad de recurrir a su razón; le basta con mirar y a lo sumo leer los textos más cortos. Numerosos son los que se prestan a seguir y adoptar una demostración por la imagen, más gustosamente que a leer un escrito más o menos largo. La imagen proporciona al hombre en un tiempo muy corto —diría casi de un solo golpe— la demostración que un escrito no le haría aparecer sino después de una fatigosa lectura. Pero la objeción esencial es que siempre se ignora en qué manos va a caer un escrito; sin embargo, debe conservar siempre la misma forma. Generalmente, su acción será más o menos considerable según que su redacción corresponda más o menos al nivel intelectual y a las particularidades del medio de aquéllos que serán sus lectores. Un libro destinado a las grandes masas debe, desde las primeras páginas, utilizar medios de acción —estilo, nivel general— diferentes de los de una obra destinada a las capas intelectuales superiores.

Sólo mediante tal adaptación puede el escrito acercarse a la palabra. El orador puede, si lo quiere, tratar un tema idéntico al del libro; si es un gran orador popular, orador de genio, no se servirá de un plan o de un tema dos veces de la misma manera. Siempre se dejará llevar por la masa, de modo que encontrará instintivamente las palabras necesarias para llegar directamente al corazón de sus auditores presentes. Si comete el más leve error, encontrará la corrección viviente delante de él. Como he dicho, puede leer en el rostro de sus oyentes: *en primer lugar*, si ellos comprenden lo que dice; *en segundo lugar*, si pueden seguir el conjunto de su exposición; *en tercer lugar*, hasta qué punto los ha convencido de que tiene razón. Si advierte: *en primer lugar*, que ellos no comprenden, se expresa de una

manera tan sencilla y tan clara que hasta el último de sus auditores le comprenderá; si se da cuenta, *en segundo lugar*, de que no pueden seguirlo, establecerá una gradación tan lenta y tan progresiva de su exposición, que ni el más débil de ellos se quedará atrás; y si ve, *en tercer lugar*, que todavía no parecen convencidos de la exactitud de sus aseveraciones, las repetirá una y otra vez con nuevos ejemplos en su apoyo, él mismo expondrá las objeciones expresadas que adivina de ellos, las refutará y las examinará hasta que los últimos grupos de opositores terminen por confesar —por su actitud y la expresión de su rostro— que rinden las armas ante su argumentación.

Lo más a menudo, se trata de vencer, en los hombres, prevenciones que no están fundadas en la razón, sino que casi siempre son inconscientes y reposan únicamente en el sentimiento. Derribar esta barrera de antipatía instintiva, de odio apasionado, de *parti pris* hostil, es mil veces más difícil que corregir una opinión científica defectuosa o falsa. Es posible eliminar las falsas concepciones y atenuar la insuficiencia del saber por medio de la instrucción: pero el instruir no puede ayudar a vencer la resistencia del sentimiento. Sólo un llamado a esas fuerzas misteriosas tendrá algún efecto; y casi nunca es el escritor, sino casi únicamente el orador quien es capaz de hacerlo...

Por medio de la propaganda hablada y las grandes reuniones populares es como millones de obreros han sido conducidos al marxismo

Si millones de obreros han sido llevados al marxismo, esto se debió menos a los escritos de los Padres de la Iglesia marxista que a la propaganda incansable y verdaderamente prodigiosa de decenas de millares de agitadores infatigables, desde el gran apóstol del odio hasta el pequeño funcionario sindical, al hombre de confianza y al orador encargado de interrumpir las discusiones. Fueron centenares de millares de reuniones en que los oradores populares, de pie sobre una mesa, en una sala de cervecería ahumada, inculcaban, como a martillazos, sus ideas a las masas. Alcanzaban así un perfecto conocimiento del material humano, lo cual les permitió escoger las armas apropiadas para el asalto de la ciudadela de la opinión pública. Vinieron en seguida esas demostraciones gigantescas, esos desfiles de centenares de millares de hombres, que daban a la gente humilde y miserable la orgullosa convicción de que, por muy pequeños gusanillos

que fuesen, eran también los miembros de un gran dragón cuyo aliento inflamado incendiaría un día ese mundo burgués tan execrado, y que la dictadura del proletariado celebraría un buen día su victoria final.

La gran reunión popular es necesaria por una primera razón: el hombre que, principiante en su papel de partidario de un movimiento joven, se sentía aislado y corría el riesgo de ceder al temor de estar solo, encuentra por primera vez en esta reunión la imagen de una comunidad más amplia, lo que es para la mayoría de los hombres un aliento y un reconfortamiento.

Ese mismo hombre habría marchado al ataque en el cuadro de su compañía o de su batallón, en medio de sus camaradas, con el corazón más alegre que si lo hubiesen abandonado a sus propias fuerzas. Rodeado de los demás, se siente siempre un poco más seguro, aunque en realidad mil razones prueben lo contrario.

La comunidad de una manifestación no solamente reconforta al aislado; crea también la unión, ayuda a formar el espíritu de cuerpo. El que, en su empresa o en su taller, es el primer representante de una doctrina nueva y experimenta, por este hecho, grandes dificultades, se apresura a encontrar un apoyo en la convicción de que es un miembro, un militante de una grande y vasta corporación. La impresión de que pertenece a esta corporación la recibe por primera vez en la gran reunión popular común.

Cuando, viniendo de su pequeño taller, o de la gran usina donde se siente tan pequeño, entra por primera vez en una gran reunión popular; cuando ve que millares de hombres que comparten la misma fe lo rodean; cuando, si se trata de alguien que todavía se busca a sí mismo, se siente arrastrado por el poder de la sugestión colectiva y del entusiasmo de tres o cuatro mil hombres; cuando el triunfo visible y millares de aprobaciones le confirman la justicia de la nueva doctrina y, por primera vez, lo hacen dudar de la verdad de sus antiguas creencias, entonces sufre esa influencia milagrosa que llamarnos la sugestión de la masa. La voluntad, las aspiraciones, pero también la fuerza de millares de hombres se acumulan en cada uno de ellos. El hombre que entra todavía vacilante a esa reunión, la abandona completamente reconfortado; ha llegado a ser miembro de una comunidad.

Psicología de la organización de las reuniones públicas

Estábamos obligados a formar nosotros mismos la policía de nuestras reuniones; nunca se podía contar con la protección de las autoridades. Por el contrario, la experiencia prueba que ellas no protegen sino a los perturbadores. El único resultado verdadero de la intervención de las autoridades, es decir, de la policía es, en efecto, la dispersión de una reunión, lo que significa su clausura. Y ésa era el único objeto y la única intención de los promotores de disturbios enemigos.

Por lo demás, en esta materia, se ha establecido una costumbre en la policía, y es la más monstruosa y la más alejada de toda noción de derecho que se pueda imaginar. Cuando las autoridades saben, de una manera cualquiera, que en una reunión es de temer una tentativa de sabotaje no sólo no hacen nada por detener a los perturbadores, sino que aún prohiben a los otros, a los que son inocentes de esas perturbaciones, celebrar su reunión; y un espíritu normal de policía considera todavía que con esto da pruebas de una gran cordura. Esto lleva el nombre de "medida destinada a impedir una infracción a las leyes".

Un bandido decidido puede, pues, impedir siempre plenamente que un hombre honrado ejerza una acción o una actividad política cualquiera.

En el nombre de la seguridad y del orden, la autoridad del Estado se inclina ante el bandido y ordena al inocente que no lo provoque de ese modo.

Es así como, cuando los nacionalsocialistas daban a conocer su intención de celebrar reuniones en tal o cual sitio, los sindicatos declaraban que sus miembros se verían obligados a oponerse a ello por medio de la violencia. Y la policía no solamente no metía a la cárcel a esos señores maestros-cantores, sino que además prohibía nuestra reunión. Estos representantes de la ley tuvieron aún la increíble insolencia de escribirnos eso innumerables veces.

La técnica de las reuniones marxistas

Los marxistas se sometieron siempre a una ciega disciplina, a tal punto que la sola idea de tratar de sabotear una reunión marxistas no podía ocurrírsele a nadie, o al menos a ningún burgués. Los rojos, por el contrario, se preparaban cada vez más para el *sabotaje*. En esta materia, no solamente habían alcanzado una gran virtuosidad, sino que, en numerosas provincias, habían llegado a hacer creer que el solo hecho de organizar una reunión no marxista era una *provocación al proletariado*; sobre todo si, entre los rojos,

los que movían los hilos temían que en esa reunión se formara la lista de sus crímenes o se revelase la bajeza de sus mentiras empeñadas en engañar al pueblo. Cuando se anunciaba semejante reunión, producíase en la prensa roja un *tole* general y lleno de cólera. Muy a menudo, esos defraudadores sistemáticos de las leyes se dirigían, en primer lugar, a las autoridades, suplicándoles, de una manera a la vez apremiante y amenazante, que prohibieran inmediatamente esa *provocación al proletariado*, a fin de "evitar" lo peor. Empleaban un lenguaje de acuerdo con la estupidez de la administración, y obtenían así el buen éxito deseado. Pero si, por casualidad, encontraban frente a ellos, no un ser lamentable e indigno de sus funciones, sino un verdadero funcionario alemán que rechazaba su desvergonzado *chantaje*, entonces lanzaban el conocido llamado: no tolerar semejante "provocación al proletariado’ y encontrarse en masa, en tal fecha, en esa reunión, para "cerrar la boca a los miserables burgueses con los robustos puños del proletariado".

El servicio de orden entre los nacionalsocialistas

Entre nosotros, no se mendigaba la atención del público; no se prometía una discusión sin fin; decretábamos desde el principio que éramos los dueños de la reunión, que cualquiera que se permitiese interrumpirnos, aunque fuera una sola vez, sería irremediablemente arrojado afuera. De antemano, declinábamos toda responsabilidad a su respecto. Si el tiempo no nos urgía, si nos placía, podríamos quizá admitir una disensión; si no, no la habría, y eso era todo. Por el momento el Señor Conferencista Tal tiene la palabra. Y ya eso los dejaba quietos.

En segundo lugar, poseíamos una policía de sala bien organizada. En los partidos burgueses, el servicio de orden estaba confiado generalmente a personajes que creían que su edad imponía cierta obediencia y cierto respeto. Pero las masas regimentadas de los marxistas, hacían poco caso de la edad, de la autoridad y del respeto, lo cual equivale a decir que ese servicio de orden burgués no existía. Desde el comienzo de nuestra campaña, organicé las bases de nuestro servicio de protección que sería un *servicio de orden*, reclutado exclusivamente entre jóvenes. Casi todos eran camaradas de regimiento, otros eran jóvenes camaradas de partido, inscriptos desde hacía poco tiempo. A éstos había que enseñarles primeramente lo que sigue: que el terror no podía ser quebrantado sino por el terror; que en este mundo, sólo el hombre audaz y resucito ha triunfado

siempre; que luchábamos por una idea tan poderosa, tan noble, tan grande, que merecía que se la protegiese hasta derramar la última gota de su sangre. Estaban profundamente convencidos de que, cuando la razón calla, la última palabra pertenece a la violencia y que la mejor de las armas defensivas es el ataque; en nuestro servicio de orden debían hacerse preceder, en todas partes, de la reputación de no ser un club de retóricos, sino una asociación de combate extremadamente enérgica. ¡Cuán sedienta de semejante consigna estaba esa juventud!

La prensa

Es costumbre, en los círculos periodísticos, designar la prensa como un gran poder en el Estado. En realidad, su importancia es verdaderamente inmensa, y no se debe subestimarla; pues, en efecto, es el periodismo el que continúa realizando la educación de los adultos.

Se puede, *a grosso modo*, dividir los lectores de diarios en tres categorías:

1º Los que creen todo lo que leen;

2º Los que ya no creen nada;

3º Los cerebros que examinan con espíritu crítico lo que han leído antes de juzgar.

El primer grupo es numéricamente el mayor. Comprende la gran masa del pueblo y representa, pues, desde el punto de vista intelectual, la parte más sencilla de la nación. Con este grupo, no se puede relacionar tal o cual profesión particular; a lo sumo se puede, a grandes rasgos, trazar en él divisiones según los grados de inteligencia. Pero comprende a todos los que no han recibido, por su nacimiento o su educación, el don de pensar por sí mismos y que, sea por incapacidad o por imposibilidad de criticar, creen todo lo que se les presenta, con tal que esté impreso.

Con este grupo se relaciona esa categoría de holgazanes, que podrían pensar por sí mismos pero que, por pereza espiritual, aceptan con reconocimiento todo lo que otro ha pensado ya, suponiendo modestamente que el que ha hecho esfuerzo por pensar, habrá pensado bien.

Sobre todos aquellos que representan la gran masa, la influencia de la prensa será extremadamente importante. No están en disposición ni en situación de examinar por sí mismos lo que se les presenta... Esto puede constituir una ventaja si tienen por guía a autores serios que investigan la

verdad. Pero si los que los informan son canallas o embusteros, esto constituye evidentemente una desventaja.

El segundo grupo tiene una importancia numérica muy inferior. Está formado, en parte, por elementos que habían pertenecido antes al primer grupo, puesto que, después de largas y amargas desilusiones, han pasado a la actitud contraria, y ya no creen en nada... en cuanto se les habla por intermedio de un texto impreso. Detestan todos los diarios, no leen ninguno, o bien desaprueban sistemáticamente todo su contenido que no es, según ellos, más que un tropel de inexactitudes y de mentiras. Estos hombres son de difícil manejo; pues, aun en presencia de la verdad, conservan siempre su desconfianza. Son, por consiguiente, nulos para todo trabajo positivo.

Por último, el tercer grupo es con mucho el más escaso. Está formado de espíritus verdaderamente inteligentes y de gusto afinado, a los cuales dotes naturales unidas a la educación han enseñado a pensar, que tratan de juzgar cada asunto por si mismos, que someten todo lo que han leído a meditaciones y exámenes profundos y frecuentes. No leerán un diario sin colaborar largamente por medio del pensamiento con el autor, cuya labor es entonces difícil. Se comprende que los periodistas no estiman a estos lectores sino con cierta reserva. Para los que pertenecen a este tercer grupo, las estupideces con que un diario puede adornar sus textos son poco peligrosas, o al menos poco importantes. En el curso de su vida, han adquirido la costumbre de ver en el periodista un personaje poco serio, que no dice la verdad sino de vez en cuando. Es triste que la importancia de estos hombres superiores resida en su inteligencia y no en su número, lo cual es de lamentar en nuestra época en que la sabiduría no es nada y en que la mayoría lo es todo. En nuestros días, como la cédula de voto de la masa prevalece, el grupo más nutrido es el que tiene forzosamente mayor importancia, es decir el tropel de sencillos y de crédulos.

Es un deber de Estado y un deber social de primordial importancia el proceder de manera que estos hombres no caigan en las manos de educadores perversos, ignorantes o aun mal intencionados. Por eso, el Estado tiene el deber de encargarse de su educación y de impedir todo artículo escandaloso. Por eso debe vigilar severamente la prensa, pues su influencia sobre tales hombres es la más poderosa y la más durable que hay, ya que su acción no es efímera sino continua.

La importancia preeminente de su enseñanza reside enteramente en la repetición igual y constante de esta enseñanza. Aquí, como en otras cosas,

el Estado no debe olvidar que todos los medios deben concurrir a un mismo fin. No debe dejarse engañar o engatusar por las fanfarronadas de lo que se llama "libertad de prensa", que lo conducirían a faltar a su deber y a privar a la nación de ese alimento que le es necesario y la fortalece. Debe, con decisión y sin dejarse detener por un obstáculo cualquiera, poner este medio de educación al servicio del Estado y de la nación.

CAPÍTULO CUARTO

LA ORGANIZACIÓN

Redacción del dogma

Jamás debemos perder de vista que el programa del partido, de una perfecta exactitud en sus objetivos, ha debido tomar en su redacción ciertas consideraciones cuya importancia psicológica es grande; y con el tiempo, muy bien puede parecer que cierto número de principios directivos podrían ser redactados diferentemente o en una forma más feliz. Pero toda tentativa de este género sería, en el hecho, desastrosa; es ofrecer a la discusión lo que debe permanecer inquebrantable. Y en cuanto un punto se encuentra aislado del dogma, la discusión no solamente llega a encontrar un enunciado mejor, que refuerza la infalibilidad del dogma, sino que llega, sobre todo, a interminables debates y a una confusión universal.

En un caso semejante, siempre hay que examinar cuidadosamente lo que es preferible: o una redacción nueva, causa de división en el interior del movimiento, o una forma que, por el momento, no es quizá la mejor de todas, pero que forma una organización autónoma sólida, y de una perfecta unidad interior.

De cualquier examen se desprende que esta última solución es la única que hay que retener. Como las modificaciones se refieren siempre a la forma, siempre aparecerán nuevas modificaciones deseables. Pero es necesario temer que el carácter superficial de los hombres les haga considerar esta cuestión de pura forma como la tarea esencial del movimiento. En ese momento, la voluntad de combatir por una idea y la fuerza que sostiene este combate desaparecen, y la actividad, en lugar de volverse hacia afuera, se gasta en querellas internas de programa.

Una doctrina cuyas grandes líneas son de una exactitud no puesta en discusión, tiene menos dificultad para conservar un enunciado —aun cuando éste no corresponda completamente a la realidad— que para querer mejorarlo y entregar así a la discusión general el dogma del partido, hasta

entonces tan sólido como el granito. Hay que evitar especialmente esto mientras el partido lucha todavía por asegurar su triunfo. En efecto, ¿cómo se podría llenar a los hombres de una confianza ciega en la exactitud de una doctrina, si no se cesa de modificar su forma y si con esto se propaga la duda y la incertidumbre?

Luego, lo esencial no debe buscarse nunca en la forma sino solamente en el sentido profundo. Este es inmutable; y en su interés mismo, es deseable que el movimiento conserve la potencia necesaria para su triunfo, suprimiendo todas las causas de vacilación o de división.

Aquí también, la Iglesia católica nos da lecciones. Aunque el edificio de su doctrina —por lo demás, esto no es, a menudo, sino una apariencia— choca en más de un punto con la ciencia exacta y la observación, se niega, sin embargo, a sacrificar siquiera la más pequeña sílaba de los términos de su doctrina. Piensa, muy justamente, que su fuerza de resistencia no consiste en concordar más o menos perfectamente con los resultados científicos del momento, resultados que, por otra parte, nunca son definitivos, sino en permanecer inquebrantablemente adicta a dogmas establecidos una vez por todas, y que sólo confieren al conjunto el carácter de una fe. Por eso se mantiene hoy más firmemente que nunca. Hasta se puede profetizar que, en la medida en que los fenómenos incomprensibles desafían y seguirán desafiando a las leyes científicas corregidas, ella representará cada día más el polo de tranquilidad que atrae y une ciegamente a innumerables humanos.

Deber y obediencia

La conciencia del deber, la observancia del deber, la obediencia, no son fines que se basten a sí mismos, de igual modo que el propio Estado no es un fin en sí mismo. Deben ser solamente medios de asegurar la posibilidad y la existencia sobre esta tierra de una comunidad de seres vivientes ligados por afinidades morales y físicas.

En una hora en que, de toda evidencia, un pueblo sucumbe y es entregado a la más dura opresión por efecto de los actos de algunos holgazanes, la obediencia y la observancia del deber con respecto a estos últimos dependen de un formalismo teórico, y no son más que pura locura, si, por otra parte, la negativa de obedecer y de cumplir con su deber hubieran podido librar al pueblo de la ruina...

Hay un momento en que es la responsabilidad personal ante la nación entera la que llega a ser el deber.

La lucha concreta

Lo que ha constituido el triunfo de las concepciones internacionalistas, es su defensa por un partido organizado en secciones de asalto. Si las concepciones adversas han sucumbido, es por falta de un frente único de defensa. No es desarrollando hasta lo infinito ideas generales como puede combatir y triunfar una concepción filosófica, sino copiando la forma limitada de una organización política.

Adherentes y militantes

La propaganda tiene el deber de reclutar partidarios; la organización tiene el de ganar miembros.

El partidario es el que se declara de acuerdo con los fines de un movimiento; el miembro, el que combate por él.

Es la propaganda la que traerá el partidario al movimiento. La organización obligará al miembro a tratar por sí mismo de reclutar nuevos partidarios, de cuyo seno podrán. salir en seguida nuevos miembros. "Ser partidario" exige solamente, que uno se adhiera pasivamente a una idea "ser miembro" exige que se la propague activamente y que se la defienda. De diez partidarios, habrá apenas dos miembros. Ser partidario demanda un simple esfuerzo de conocimiento; para ser miembro, hay que tener el valor de propagar la idea reconocida como verdadera y de difundirla ampliamente.

Limitaciones de la admisión de miembros

El mayor peligro que pueda amenazar a un movimiento es el crecimiento anormal del número de sus miembros después de un triunfo demasiado rápido. Un movimiento es rehuido por todos los seres cobardes y esencialmente egoístas por todo el tiempo que deba soportar un rudo combate; éstos tratan pronto de obtener el título de miembros si el partido, desarrollándose, afirma su triunfo.

He ahí lo que explica cómo muchos movimientos victoriosos retroceden súbitamente ante el triunfo definitivo, ante la realización última de sus fines, y, víctimas de una debilidad interna, cesan el combate y se marchitan. Llegados después de la primera victoria, elementos malos,

indignos y especialmente cobardes se han introducido en tan gran número en su organización que han terminado por obtener la mayoría y ahogan a los combativos. Hacen servir el movimiento a la satisfacción de sus intereses, rebajándolo al nivel de su mezquino egoísmo y no hacen nada por llevar hasta el fin la victoria de la idea primitiva.

El mal necesario de la organización

La organización interna del movimiento es una cuestión no de principio sino de adaptación eficaz al fin perseguido.

Poner entre el jefe de un movimiento y sus partidarios un importante conjunto de intermediarios no implica una buena organización; la mejor es la que crea el menor número posible de intermediarios. Pues organizar es transmitir a un gran número de hombres una idea definida nacida siempre del cerebro de uno solo y asegurar en seguida la transformación de esta idea en realidades.

Transmitir directa y personalmente sus ideas a sus semejantes es, para un hombre, el procedimiento ideal, así como el más natural. A medida que se aumenta el número de adeptos se le hace cada vez más difícil al propagador de la idea continuar obrando de manera directa y personal sobre sus innumerables partidarios, mandarlos y guiarlos a todos. Así como a medida que una comuna crece, la circulación muy sencilla de un punto a otro debe ser objeto de una reglamentación, así también aquí hay que resolverse a crear rodajes molestos. El Estado ideal ha vivido: va a conocer el mal necesario de la organización.

Sin embargo..., es preciso conceder una gran importancia a la existencia de un centro político y geográfico que sea el corazón del movimiento. Los velos negros de La Meca o el atractivo mágico de Roma terminan por dar a los movimientos de que ellas son el centro una fuerza cuyas fuentes son la unidad interna y la sumisión al hombre que encarna esta unidad.

TERCERA PARTE

LA RAZA, EL SUELO Y LA SANGRE

CAPÍTULO PRIMERO

LA CUESTIÓN DE LA RAZA ESLA CLAVE DELA HISTORIA DEL MUNDO

Leyes que rigen el desenvolvimiento de las razas

Hay verdades que son tan conocidas que, precisamente a causa de eso, el vulgo no las ve o más bien no las reconoce.

La observación más superficial basta para mostrar cómo las innumerables formas que toma el querer vivir de la naturaleza son regidas por una ley esencial y, por decirlo así, inviolable que les impone las modalidades estrechamente limitadas de la reproducción y de la multiplicación. Todo animal se acopla sólo con un congénere de su propia especie; el paro con el paro, el pinzón con el pinzón, la cigüeña con la cigüeña, el campañol con el campañol, el ratón con la rata, el lobo con la loba..., etcétera.

Se necesitan circunstancias excepcionales para ocasionar derogaciones a esta ley; en primer lugar la fuerza impuesta por la cautividad o también algún obstáculo que impida el ayuntamiento de individuos pertenecientes a la misma especie. Pero la naturaleza emplea entonces todos los medios para combatir estas derogaciones y su protesta se manifiesta de la manera más clara, ora rehusando a las especies bastardas la posibilidad de reproducirse, ora limitando con parsimonia la fecundidad de los descendientes; casi siempre los priva de la facultad de resistencia a las enfermedades o a los ataques de los enemigos.

No hay en eso nada que no sea muy natural, Todo cruzamiento de dos individuos de valor desigual tiene por fruto un ser que es un término medio entre el valor de los padres. Esto quiere decir que el descendiente está colocado en la escala de los seres más arriba que aquél de los padres que pertenecía a una raza inferior, pero más abajo que el que pertenecía a una raza superior. Sucumbirá, pues, más tarde, en la lucha que deberá sostener

contra esa raza superior. La voluntad de la naturaleza, que trata de elevar el nivel de los seres, va contra tal acoplamiento. Este fin no puede ser realizado por la unión de individuos de valor diferente sino sólo por la victoria total y definitiva de los que representan el valor más alto. El papel del más fuerte es dominar, y no fundirse con el más débil inmolando así su propia grandeza. Sólo el que es débil de nacimiento puede calificar de cruel esta ley; su debilidad y su estupidez natural lo obligan a ello. Sin embargo, si esta ley no debiera triunfar, la evolución de todos los seres organizados no sería concebible.

Supongamos otra modalidad: el progreso ulterior se interrumpiría y habría más bien regresión. En efecto, como los individuos inferiores serían siempre más numerosos que los mejores, teniendo todos los individuos la misma posibilidad de sobrevivir y de reproducirse, los menos buenos se reproducirían tan rápidamente que los mejores quedarían, en resumidas cuentas, relegados a segundo término. Es necesario, pues, que una medida correctiva favorezca a los mejores.

La naturaleza se encarga de esto sometiendo a los débiles a severas condiciones de existencia que limitan su numero; no permite la reproducción sino a sobrevivientes seleccionados; procede entonces a una nueva y rigurosa selección tomando por base la fuerza y la salud.

La existencia de razas superiores

Todo lo que hoy causa nuestra admiración en esta tierra, ciencia y arte, técnica e invención, es debido a la actividad creadora de pueblos poco numerosos y quizá, en su origen, de una sola raza. De ellos depende la continuidad de toda civilización. Si sucumben, lo que adorna de belleza esta tierra los seguirá a su tumba.

Por grande que sea la influencia del suelo sobre los hombres por ejemplo, los resultados de esta influencia diferirán siempre, según las razas que la sufran. Un suelo poco fértil puede ser, para una raza, un poderoso estimulante que la impulse a realizar grandes cosas; para otras, un terreno estéril será una causa de miseria, y por ende de subalimentación con todas sus consecuencias. Las disposiciones internas de los pueblos son las que determinan siempre la manera como las influencias externas obrarán sobre ellos. Lo que reduce a unas a morir de hambre templa a otras para duros trabajos.

Todas las grandes civilizaciones pasadas cayeron en la decadencia simplemente porque la raza originariamente creadora se extinguió por envenenamiento de su sangre.

El ario, fundador de la civilización

Vano sería discutir por saber qué raza o qué razas han sido, en un principio, las depositarias de la civilización humana y, por esto mismo, han fundado realmente lo que entendemos por humanidad. Es más sencillo interrogarse respecto al presente y, sobre este punto, la respuesta es fácil y clara. Todo lo que hoy vemos de civilización humana, de productos del arte, de la ciencia, de la técnica es casi exclusivamente el fruto de la actividad creadora de los arios. De esto se puede inferir, no sin razón, que, recíprocamente, han sido los únicos fundadores de una humanidad superior y que representan, pues, el tipo primitivo de lo que comprendemos bajo el nombre de "hombre". El ario es el Prometeo de la humanidad; la chispa divina del Genio ha brotado constantemente de su frente luminosa; él es quien ha encendido siempre ese fuego que, bajo la forma del conocimiento, esclarecía los misterios enteramente mudos y cubiertos de sombra, mostrando así al hombre el camino que debía ascender para dominar a los demás seres vivientes sobre esta tierra. Si se le suprimiese, una profunda obscuridad bajaría a la tierra; en algunos siglos, la civilización humana se desvanecería y el mundo se convertiría en un desierto...

Si se clasificara a la humanidad en tres especies: la que ha creado la civilización, la que la ha conservado y la que la ha destruido, sólo el ario sería citado como representante de la primera. Él ha establecido los cimientos y la obra gruesa de todas las creaciones humanas, y los caracteres especiales de los diferentes puebles no han dado sino coloraciones o aspectos diversos.

Si, a partir de hoy, la influencia aria cesara (por ejemplo) de ejercerse en el Japón, suponiendo que Europa y América desaparezcan, los progresos realizados por el Japón en la ciencia y la técnica podrían durar todavía algún tiempo; pero se necesitarían pocos años para agotar la fuente, los caracteres específicamente japoneses volverían a ganar terreno y su civilización actual se petrificaría, volvería a caer en el sueño de donde la sacó hace setenta años, la marca de civilización aria.

De esto se puede concluir que, así como el desarrollo actual del Japón es imputable a la influencia aria, asimismo, en una época muy remota, una

influencia extranjera y un genio extranjero suscitaron la civilización japonesa de esa época lejana. La mejor prueba que se pueda dar en apoyo de esta opinión es el hecho de que, más tarde, esa civilización se anquilosó y se petrificó enteramente. Este fenómeno no puede producirse en un pueblo sino cuando la célula creadora original ha desaparecido completamente, o cuando la influencia exterior que había proporcionado el impulso y a la vez los materiales necesarios para el primer desarrollo de la civilización ha terminado por faltar.

Probar que un pueblo ha recibido de razas extranjeras los elementos primordiales de su civilización, se los ha asimilado y los ha utilizado, pero más tarde se ha embotado cuando ya no se ha ejercido sobre él la influencia extranjera, es decir que esta raza ha sido *depositaria de la civilización*, pero *no ha creado la civilización*.

Si, desde este punto de vista, se examinan los diferentes pueblos, se comprueba que, en realidad, casi en todas partes, se encuentran no pueblos que han primitivamente fundado la civilización, sino casi siempre pueblos que la han recibido en depósito. Podemos hacemos de su evolución la imagen siguiente:

Pueblos arios —cuyo valor numérico es de una escasez verdaderamente ridícula— someten a pueblos extraños y, atraídos por las condiciones de vida que les ofrece el nuevo país (fertilidad, calidad del clima, etc.), aprovechando también la abundancia de la mano de obra proporcionada por los hombres de razas inferiores, desarrollan entonces las facultades intelectuales y organizadoras que dormitaban en ellos. En algunos milenios, o aun en algunos siglos, levantan civilizaciones que, al principio, convienen perfectamente a su naturaleza y son adaptadas a las propiedades del suelo que hemos citado más arriba y al espíritu de los hombres que han sometido. Pero los conquistadores terminan por llegar a ser infieles a la ley observada en un principio, y que les permitía conservar la pureza de su sangre; comienza a unirse a los indígenas, sus súbditos, poniendo ellos mismos fin a su existencia, pues el pecado original cometido en el Paraíso tiene siempre por consecuencia la expulsión de los culpables.

Cuando han pasado mil años y más, la última huella aparente del antiguo pueblo de amos se reconoce a menudo en la tez más clara que su sangre ha legado a la raza sometida, y en una civilización petrificada que antaño había creado.

Este esquema de la evolución de los pueblos depositarios de la civilización hace ya aparecer el cuadro del desenvolvimiento, de la acción y de la desaparición de los que verdaderamente han fundado la civilización sobre está tierra, es decir, de los arios. Puesto que, en el curso de la vida, lo que se llama el genio necesita una ocasión especialmente favorable y, muchas veces, un verdadero impulso pan hacerse notar, lo propio acontece con la raza dotada de genio.

En cuanto al destino pone a los arios en presencia de circunstancias favorables, comienzan a desarrollar en un ritmo cada vez más rápido las facultades que había en ellos y a vaciarlas en moldes que les dan formas sensibles...

La presencia de hombres de raza inferior fue una condición esencial de creación de las civilizaciones superiores: eran una compensación a la falta de recursos materiales sin los cuales es imposible concebir un progreso cualquiera. Es cierto que la primera civilización humana utilizó menos al animal doméstico que a los hombres de raza inferior...

En consecuencia, el camino que debía seguir el no estaba claramente trazado. Conquistó y sometió a los pueblos inferiores y regló su actividad práctica bajo su autoridad, imponiéndoles su voluntad y obligándolos a perseguir sus fines de él. Pero, al obligarlos a una actividad útil, aunque penosa, no solamente escatimó la vida de sus súbditos; también les hizo una suerte más envidiable de lo que era la suya cuando gozaban de lo que se llama su "libertad" primera. Mientas mantuvo con vigor su situación moral de amo, no solamente fue el amo, sino que también conservó y desarrolló la civilización. En efecto, esta tenía por única fuente las capacidades del ario y la pureza de su raza. En el momento en que los súbditos comenzaron a elevarse y, como es verosímil, a asimilarse en parte la lengua del conquistador, la barrera que separaba ano y criado desapareció. El ario renunció a la pureza de su sangre y perdió entonces el derecho de vivir en el paraíso que había creado. Degeneró por la mezcla de las razas, perdió cada vez más sus facultades civilizadoras, y finalmente, no sólo por su inteligencia sino también por su físico, llegó a ser semejante a sus súbditos y a los autóctonos, perdiendo así la superioridad que había hecho la fuerza de sus antepasados.

Por algún tiempo más, vivió todavía de las reservas acumuladas por la civilización; en seguida la petrificación se realizó y esa civilización cayó en el olvido.

Así se derrumban civilizaciones e imperios cediendo el lugar a nuevas formaciones.

El idealismo, facultad maestra que explica el predominio del ario

Si uno se pregunta cuáles son las causas profundas del predominio del ario, se puede responder que esta importancia proviene menos del vigor del instinto de la raza que de la manera particular como se manifiesta... En la vida más primitiva, el instinto de conservación no va más allá de la preocupación que el individuo tiene por su yo... Pero como la vida en común de los machos y las hembras excede del simple acoplamiento, reclama un ensanchamiento del instinto de conservación, puesto que el individuo debe sobrepasar la preocupación que tenía por su yo y los combates que libraba para defenderlo, y tomar en cuenta ahora el segundo elemento de la pareja; el macho busca también a, veces alimento para su hembra; casi siempre, ambos lo buscan para su pequeñuelos. El uno se ocupa generalmente de proteger al otro, de modo que aparecen aquí, aunque de una manera muy rudimentaria las primeras manifestaciones del espíritu de sacrificio. Desde el momento en que este espíritu sobrepasa los estrechos límites de la familia, da nacimiento a la condición esencial que permitirá la formación de asociaciones más extensas y por fin de verdaderos Estados...

Esta disposición para el sacrificio que lleva al hombre a consagrar su trabajo personal y, si es necesario, su propia vida a sus semejantes, está particularmente desarrollada en los arios. Se explica la grandeza del ario, no por la riqueza de sus facultades intelectuales, sino por su facilidad para consagrar sus capacidades al servicio de la comunidad. El instinto de conservación ha tomado en él la forma más noble: subordina voluntariamente su propio yo a la vida de la comunidad, y sabe sacrificarlo si las circunstancias lo exigen.

Los potencias civilizadoras y constructivas del ario no pueden nacer de sus dones intelectuales. Si no poseyera más que estos últimos, su acción sería destructora y no organizadora. Pues, para hacer vivir una organización, primeramente es preciso que el individuo renuncie a hacer predominar su opinión personal lo mismo que sus intereses particulares, y los sacrifique en provecho de la comunidad. Y de este modo, sacrificándose al bien de los demás, recibe él también su parte. Por ejemplo, no trabaja directamente para él mismo, pero su acción se agrega a la organización general: no sirve a sus fines personales, sino al bien de todos. Su expresión favorita: el

"trabajo" demuestra admirablemente esta disposición de espíritu: esta palabra no significa para él una actividad que sirva únicamente para conservar su vida, sino una actividad que reúne los intereses de la comunidad de los hombres.

En cambio, da a la actividad humana egoísta, expresión del instinto de conservación que no se preocupa del resto del mundo, el nombre de robo, usura, bandidaje y expoliación.

Se puede decir que esta aptitud que pone en segundo plano el interés del individuo en beneficio del mantenimiento de la comunidad es la condición primordial y previa de toda verdadera civilización humana. Gracias a ella, y solamente a ella, pueden nacer las grandes obras humanas cuyos creadores son rara vez recompensados pero en las cuales los descendientes encuentran abundantes bienes. ¿Cómo explicar sin ella el hecho de que tantos hombres puedan soportar sin dejar de ser honrados, una vida miserable que los condena a ellos mismos a la pobreza y a la mediocridad, pero que asegura a la comunidad las bases de su existencia?...

Pero si esto es verdad cuando se habla del trabajo considerado como la base fundamental de la vida y del progreso de la humanidad, lo es aún más cuando se trata de la protección del hombre y de su civilización. Dar su vida por preservar la de la comunidad es la coronación del espíritu de sacrificio. Este don es la única manera de oponerse a que el edificio construido por la mano de los hombres sea demolido por otras manos humanas o por la naturaleza.

La disposición de espíritu fundamental que permite el nacimiento de esta actividad, llamémosla, para distinguirla del egoísmo; idealismo. Por esta palabra entendemos únicamente la capacidad que tiene el individuo para sacrificarse por la comunidad, por sus semejantes.

Pero como el idealismo no es otra cosa que la subordinación de los intereses de la vida del individuo a los de la comunidad, la cual forma, a su vez, la condición previa del nacimiento de las formaciones organizadas de toda especie, en último análisis el idealismo corresponde perfectamente a los fines queridos por la naturaleza. Sólo él es el que lleva al hombre a reconocer voluntariamente los privilegios de la fuerza y de la energía, y hace de él uno de los íntimos elementos del orden que da al universo entero su forma y su aspecto.

El judío egoísta forma el contraste más notorio con el ario

El judío forma el contraste más notorio con el ario. Acaso no haya en el mundo un pueblo que posea un instinto de conservación tan desarrollado como el que se llama el pueblo elegido. La mejor prueba que de ello se puede dar es el simple hecho de que esta raza se ha perpetuado hasta nuestros días.

¿Dónde está el pueblo que, en los últimos dos mil años, ha cambiado menos —va sea en sus disposiciones profundas, o en su carácter, etc.— que el pueblo judío? ¿Qué pueblo, en fin, se ha visto mezclado en mayores revoluciones que el pueblo judío? Y sin embargo, han permanecido incólumes al salir de gigantescas revoluciones que han trastornado a la humanidad. ¡Qué voluntad de vivir infinitamente tenaz, qué constancia en salvar la especie expresan semejantes hechos!

Aunque el instinto de conservación es en el judío, no más débil, sino más fuerte que en los demás pueblos, aunque sus facultades intelectuales pueden fácilmente hacer creer que no le ceden en modo alguno a los dones espirituales de las demás razas, le falta la condición previa más importante para ser un pueblo civilizador: no tiene idealismo.

En el judío la voluntad de sacrificio no sobrepasa el simple instinto de conservación del individuo. El sentido de la solidaridad nacional que parece tan profundo en él, no es sino un instinto gregario muy primitivo que se encuentra en muchos otros seres en este mundo.

Su espíritu de sacrificio es sólo aparente. No se manifiesta sino en la medida en que la existencia de cada individuo hace de él una necesidad absoluta. Pero en cuanto el enemigo común es vencido, en cuanto el peligro que se cernía sobre todos ha desaparecido, en cuanto la presa está segura, el acuerdo aparente desaparece para dejar su lugar a las disposiciones naturales. Los judíos no están unidos sino cuando son obligados por un peligro común o atraídos por una presa común. Si estas dos razones desaparecen, el egoísmo más brutal reaparece y este pueblo antes tan unido. no es ya, al cabo de un corto tiempo, más que un tropel de ratas librándose combates sanguinarios.

Nada es, pues, más falso que ver en el hecho de que los judíos se unan para combatir, o más exactamente para saquear a sus semejantes, la prueba de que existe en ellos cierto espíritu idealista de sacrificio. Aquí también el móvil del judío no es sino su propio egoísmo.

He ahí por qué el Estado judío —es decir el organismo viviente cuya función es conservar y acrecentar una raza— no posee, desde el punto de

vista territorial, ninguna frontera. Pues la delimitación del territorio de un Estado supone siempre una mentalidad idealista en la raza que lo constituye, y, en particular, una concepción exacta de lo que significa el trabajo. En la medida en que esta concepción está ausente, todo esfuerzo por constituir o por hacer vivir un Estado delimitado en el espacio debe más o menos fracasar. Por consiguiente, ese Estado no posee la base sobre la cual puede levantarse una civilización.

Para comprender bien cuál es la posición del pueblo judío con respecto a la civilización humana, no hay que olvidar un hecho esencial: el arte judío nunca ha existido y, por consiguiente, no existe hoy día. En particular, las dos soberanas del arte, la arquitectura y la música, no deben nada original a los judíos. En el dominio del arte, las producciones judías no son sino copia o robo intelectual. El judío no posee las facultades que distinguen a las razas creadoras que han recibido el don de fundar las civilizaciones.

La mejor prueba de que el judío se asimila a las civilizaciones extranjeras como un copista que, por lo demás, deforma su modelo, es que cultiva sobre todo el arte que demanda menos invención personal, quiero decir, el arte dramático. Aún aquí le falta el impulso que arrastra hacia la verdadera grandeza; aun aquí, no es creador de genio sino vulgar imitador, y sus recetas y sus trucos no llegan a disimular la nulidad de sus dones de creador...

Ciertamente, el judío no posee la menor capacidad para crear una civilización, puesto que el idealismo, sin el cual el hombre no puede evolucionar ni elevarse, le es y le ha sido siempre desconocido. Su inteligencia no le servirá jamás para construir, sino para destruir. Muy rara vez podrá, a lo sumo, servirle de aguijón, pero entonces será "la fuerza que quiere siempre el mal y crea siempre el bien". Todo progreso de la humanidad se realiza, no gracias a él, sino a pesar de él.

Los judíos no son nómadas, sino parásitos

Es posible pensar que el ario fue en un principio nómada y no se hizo sedentario sino en el curso de las edades, pero porque no era judío. No; el judío no es un nómade, pues el nómada se hace del "trabajo" una representación que puede hacer nacer una evolución futura si las condiciones intelectuales previas se cumplen. Posee un fondo de idealismo aunque bastante escaso; por eso su naturaleza puede desconcertar a los pueblos arios sin serles, no obstante, antipático. Los judíos no conocen

semejante estado de espíritu; ellos nunca fueron nómadas, sino siempre parásitos que vivían en el cuerpo de los demás pueblos. Si a veces abandonaron las regiones donde hasta entonces habían vivido, no fue por su propio gusto, sino porque en diversas ocasiones, los pueblos cansados de verlos abusar de la hospitalidad que se les había concedido, los expulsaron. La costumbre que tiene el pueblo judío de extenderse siempre más lejos es una característica especial de los parásitos; siempre busca para su raza un nuevo suelo nutricio.

Pero esto es completamente diferente del nomadismo, pues el judío no piensa en absoluto abandonar el país en que se encuentra; permanece en el sitio en que se ha establecido y se aferra a él de tal modo que no es posible expulsarlo de él sino con gran dificultad, aun cuando se emplee la violencia... Es y sigue siendo el parásito por excelencia, el gorrón que, semejante a un bacilo perjudicial, se extiende cada vez más lejos en cuanto se siente atraído a ello por un suelo nutricio favorable.

Su presencia ha producido las mismas consecuencias que la presencia de las plantas parásitas: allí donde él se establece, el pueblo que lo recibe se extingue al cabo de un tiempo más o menos largo. Así es como, en toda época, el judío ha vivido en el territorio de otros pueblos; constituía su propio Estado, disimulado bajo la máscara de "comunidad religiosa", mientras las circunstancias lo obligaban a ocultar en parte su verdadera naturaleza. Pero si un día se creía lo bastante fuerte para poder suprimir este disfraz, dejaba caer el velo y se mostraba súbitamente como aquél que muchos no habían querido antes ver ni reconocer: el judío.

La conservación de la raza objeto supremo de la existencia

No hay que olvidar que el objeto supremo de la existencia humana no es la conservación de un Estado, sino la conservación de una raza. Cuando la raza está en peligro de ser oprimida, o aun suprimida, la cuestión de la legalidad no desempeña sino un papel secundario. Entonces, no importa mucho que el poder existente, aplique medios estrictamente legales; el instinto de conservación de los oprimidos justificará siempre en el más alto grado su lucha por todos los medios. Todas las luchas por librarse de una esclavitud, tanto interna como externa —y la historia nos da extraordinarios ejemplos—, han sido conducidas en virtud de este principio.

El derecho de los hombres prima sobre el derecho del Estado. Y si un pueblo sucumbe en su lucha por los derechos del hombre, es porque ha sido

pesado en la balanza de la suerte y encontrado demasiado ligero para tener derecho a la dicha de la existencia en este mundo. El que no está dispuesto a luchar por su existencia, el que no es capaz de hacerlo, está ya condenado a la muerte por la Providencia eternamente justa. El mundo no está hecho para los pueblos cobardes.

Conquistas territoriales

Es preciso aceptar con sangre fría la idea de que un pueblo no está predestinado por la voluntad divina a poseer un territorio cincuenta veces más vasto que el de otro pueblo. Las fronteras políticas no deben, en tal caso, hacer olvidar los límites del derecho eterno. Si hay realmente lugar para todos en esta tierra, que se nos dé, pues, el suelo que nos es necesario para vivir. Por cierto que no lo harán voluntariamente. Pero entonces interviene el derecho de cada cual a luchar por su existencia... Y lo que le es negado a la suavidad, al puño le corresponde conquistarlo. Si antaño nuestros antepasados hubiesen suspendido su decisión en un pacifismo balante, no poseeríamos la tercera parte de nuestro territorio actual, y el pueblo alemán no tendría que inquietarse por su porvenir en Europa...

La clase campesina, depósito de la raza

No se podría apreciar demasiado la necesidad de una clase campesina sana como fundamento de la nación. Muchos males actuales provienen del hecho de que las relaciones entre la población del campo y la de las ciudades son falseadas. Una capa robusta de pequeños campesinos y de campesinos medios fue en todo tiempo la mejor garantía contra los malestares sociales de que sufrimos hoy. Es también la única solución que pueda asegurar a una nación su pan cotidiano en el interior de una economía cerrada.

La industria y el comercio pierden entonces su lugar preeminente y malsano, y se introducen en el cuadro general de una economía nacional en la que todas las necesidades nacionales se equilibran. No son ya la base, sino simplemente los auxiliares de la vida de la nación. Cuando se contentan con ajustar nuestra producción a nuestras necesidades, nos libran de la tutela económica del extranjero; contribuyen así a asegurar la libertad del Estado y la independencia de la nación, en particular en los períodos difíciles.

Si, como nacionalsocialista y como *Führer* del pueblo y del *Reich* alemán, me siento responsable de la existencia y del porvenir de todo el pueblo alemán, me regocijo, sin embargo, en esta fiesta de la cosecha,(2) de volver a veros hoy delante de mí, a vosotros, mis queridos campesinos alemanes; pues, al lado de la lucha contra la desocupación, no ha mucho que hemos considerado y designado como una de las más importantes tareas, de las que hay que resolver ante todo, la de salvar y asegurar la vida de nuestra clase campesina. Asumir esta tarea es para el nacionalsocialista algo completamente natural, porque no lucha por doctrinas y teorías sino por el pueblo alemán, y porque, además, reflexionando fría y objetivamente, no puede divisar un porvenir para nuestro pueblo, si los cimientos no reposan sobre la clase campesina.

En ella vemos no solamente la fuente de nuestro alimento sino también la de la conservación de nuestro pueblo. Vemos también en la clase campesina el elemento sano y voluntario que hace contrapeso al intelectualismo urbano. La frente y el puño van juntos, pero desgraciado el pueblo en la cual la frente se transforma en intelectualismo oscilante, perpetuamente inseguro de sí mismo. Con este intelectualismo casi no es posible gobernar a un pueblo, y en todo caso, será un día imposible mantenerlo.

Hemos llegado muy cerca del peligro: por una sobrestimación del trabajo llamado intelectual, no sólo se ha perdido objetivamente los puntos de contacto con el trabajo manual, sino que también se ha olvidado de apreciarlo, se le ha desconocido y, en resumidas cuentas, se le ha despreciado.

Así como, a la larga, no hay dictadura del proletariado en el buen sentido, asimismo no hay dictadura de una clase superior de intelectuales, de gente enfatuada de sí misma, de espíritu falso y extraño al pueblo sobre una masa de trabajadores manuales que finalmente no tienen voluntad. El espíritu verdadero nunca es fatuo. Sólo el saber superficial ha conducido siempre a la vanidad y a la presunción. Pero cuando un régimen ha arraigado exclusivamente en semejante clase social, entonces es inepto para toda obra duradera, exactamente como una sociedad humana cuya organización está dirigida únicamente hacia la clase intelectual.

La indiferencia de los gobiernos anteriores por la clase campesina proviene, pues, de que han estimado demasiado los progresos del intelectualismo y de las ciudades, de que no han sentido de instinto la

necesidad de tener un factor de compensación, que debe ser buscado ante todo en el campesino, y en seguida en el obrero.

Nosotros los nacionalsocialistas, sabemos muy bien que el espíritu es el que da directivas, pero también sabemos que el espíritu debe renovarse y completarse constantemente alimentándose en los elementos de la tierra de un pueblo. Una nación de profesores, de funcionarios, de sabios, etc..., no puede existir; y esto primeramente porque la fuerza de decisión natural, la fuerza de la voluntad y del corazón se extinguirían poco a poco. Solamente cuando la sabiduría se une a la fuerza primitiva de autodefensa es cuando un pueblo puede, a la larga, sostener con buen éxito su lucha por la vida. Pero para esto es necesario que se extirpe y elimine el orgullo de las diversas clases, es necesario, en particular, que ninguna se imagine poder juzgar con desprecio el trabajo de la otra.

Por eso, mientras el intelectualismo judío envenene nuestra vida alemana, no hay seguridad para la existencia de la clase campesina y de la clase obrera alemanas. Por la misma razón, el porvenir de la nación, que reposa esencialmente sobre estos elementos, aparece incierto. Precisamente por esto, hemos emprendido contra este espíritu la más cruenta de las luchas.

CAPÍTULO SEGUNDO

RESUMEN HISTÓRICO DE LA INVASIÓN DE LAS NACIONES OCCIDENTALES POR LOS JUDÍOS

La mejor manera de conocer al judío es estudiar el camino que ha seguido en el curso de los siglos entre los demás pueblos. Un ejemplo bastará para ilustrarnos.

Los primeros judíos llegaron a Germania con la invasión romana y, como siempre, en calidad de comerciantes. Durante las grandes migraciones y los trastornos que éstas provocaron, los judíos desaparecieron en apariencia, de modo que la época en que los primeros Estados Germánicos se organizaron, puede ser considerada como el comienzo de la nueva y definitiva judaización de la Europa del Centro y del Norte. La evolución que siguió fue siempre idéntica cada vez que los judíos se encontraron frente a pueblos arios.

Llegada del judío, comerciante extranjero

A.— En cuanto nacen los primeros establecimientos fijos, el judío se encuentra súbitamente allí. Viene en calidad de comerciante y, en esos primeros tiempos, se preocupa muy poco de ocultar su nacionalidad. Es todavía un judío, quizá porque los signos exteriores, que distinguen de manera notoria su raza del pueblo de que es huésped, están todavía demasiado marcados; por que conoce también muy poco la lengua del país; porque los caracteres nacionales del otro pueblo son demasiado evidentes para que el judío se atreva a presentarse por otra cosa fuera de un comerciante extranjero. Como posee mucho manejo en el trato de la gente, y como el pueblo que lo recibe carece de experiencia, el conservar su carácter de judío no le origina ningún perjuicio y hasta le presenta ventajas: casi siempre se acoge gustosamente al extranjero.

El judío, intermediario y prestamista de dinero

B.— Poco a poco, se desliza en la vida económica, no como productor, sino como intermediario. Su habilidad comercial, que miles de años de ejercicio han contribuido no poco a desarrollar, le confiere una gran superioridad sobre el ario, todavía poco desenvuelto y de una honradez sin límites; de modo que en poco tiempo el comercio está en situación de convertirse en monopolio suyo. Comienza por prestar dinero y, como siempre, a intereses usurarios. El judío es el que introduce en el país el préstamo a interés. Esta innovación no parece en un principio peligrosa: hasta es acogida con agrado, pues presenta una ventaja momentánea.

El judío se establece en el Estado

C.— El judío se ha hecho completamente sedentario, es decir, habita un barrio especial de las ciudades y de las aldeas, y forma, cada vez más, un Estado dentro del Estado. Piensa que los negocios y el comercio de dinero son un privilegio que le pertenece y usa de él sin piedad.

Absorbe todas las riquezas del país

D.— Los negocios de dinero y el comercio han llegado a ser un monopolio exclusivo. Los intereses usuarios que impone terminan por provocar resistencias; su insolencia natural, acentuándose, excita la indignación; sus riquezas hacen nacer envidia. La copa está a punto de desbordarse cuando hace de la tierra y del suelo los objetos de su comercio, y los rebaja al rango de mercaderías venales y negociables. Nunca cultiva él mismo el suelo, considerándolo como una propiedad de renta, en la cual el buen campesino se queda y soporta las exacciones más descaradas de su nuevo señor; por eso, la antipatía que provoca aumenta hasta convertirse en un odio abierto. Su tiranía y su capacidad se hacen tan insoportables que sus víctimas, estrujadas hasta la sangre, llegan a ejercer sobre él vías de hecho. Se comienza a examinar cada vez más de cerca a este extranjero y se advierten en él rasgos y maneras cada vez más repugnantes hasta que por fin se abre un abismo entre sus huéspedes y él.

Con su dinero, el judío compra dignidades sociales

E.— Entonces es cuando el judío comienza a mostrar su verdadero carácter. Asedia a los gobiernos con descarados halagos; no teme desembolsar su dinero para hacerse conceder cartas de franquicias que le permitan continuar saqueando a sus víctimas. Si a veces la cólera popular se

enciende contra esta eterna sanguijuela, ello no le impide en absoluto reaparecer algunos años más tarde en el mismo lugar que había tenido que abandonar, y recomenzar su antigua manera de vivir. No hay persecución que pueda hacerle perder la costumbre de explotar a los demás hombres; no hay ninguna que llegue a expulsarlo para siempre. Después de cada una de ellas, reaparece rápidamente y no ha cambiado en absoluto.

Si se quiere al menos impedir lo peor, hay que comenzar por poner el suelo al abrigo de sus manos de usurero, prohibiéndole, por la ley, la adquisición de la tierra.

Cuanto más aumenta el poder del soberano, tanto más lo persigue el judío con sus demandas. Mendiga las "cartas de franquicia" y los "privilegios" que los señores, siempre escasos de dinero, le conceden gustosamente mediante finanzas. Por muy costosos que sean estos privilegios, le bastan pocos años para recuperar el dinero gastado con los intereses y los intereses de los intereses. Es una verdadera sanguijuela pegada al cuerpo del desdichado pueblo y que no se puede desprender de él hasta el momento en que los soberanos mismos necesitan dinero; entonces con sus augustas manos, lo hacen vomitar la sangre que había chupado.

Los últimos derechos ciudadanos adquiridos al fin por el judío, gracias al bautismo

F.— Dejándose aprisionar en las redes del judío, los príncipes han preparado su ruina. Lenta. pero fatalmente han arruinado la situación que ocupaban en medio de su pueblo a medida que dejaban de defender los intereses de sus súbditos para convertirse en sus explotadores. El judío sabe con certidumbre que el fin del reinado de estos príncipes está próximo y trata de apresurarlo. Él mismo los sume en sus eternas necesidades de dinero, apartándolos de su verdadera ocupación, importunándolos con los peores halagos, impulsándolos al desenfreno, y con estos medios, se hace cada vez más indispensable.

Toda corte posee su "Judío de la Corte "; he ahí como se llama a los monstruos verdugos del buen pueblo, los que lo llevan a la desesperación, mientras que procuran a los príncipes placeres siempre renovados. ¿Puede uno extrañarse de ver a estos ornamentos de la raza humana cubiertos de los signos exteriores de la distinción, elevados a la nobleza hereditaria, contribuyendo así no solamente a ridiculizar esta institución, sino también a contaminaría?

En ese momento es cuando el judío puede verdaderamente aprovechar su situación para elevarse aún más.

Ya no le falta más que hacerse bautizar para poseer todos los derechos y poderes de que gozan los hijos del país. Concluye el asunto, lo más a menudo con gran alegría de la Iglesia, orgullosa de haber ganado un nuevo hijo: pero también con gran alegría de Israel, encantado de haber logrado tan bien su engaño.

El judío no tiene ya mis que hacerse reconocer alemán

G.— En este momento, el judaísmo se transforma. Hasta entonces, se trataba de judíos que no intentaban parecer otra cosa, lo cual les habría sido muy difícil dada la nitidez de los caracteres que los distinguían de la otra raza.

Durante más de mil años, el judío ha estudiado tan bien la lengua del pueblo que le ha concedido la hospitalidad, que se ha hecho dueño de ella, y que cree poder arriesgarse ahora a pasar por sobre su origen para insistir en su "calidad de alemán"...

La característica de la raza no es la lengua sino la sangre, y el judío lo sabe mejor que nadie, puesto que concede tan poca importancia a la conservación de su lengua y una enorme importancia a la pureza de su sangre. Un hombre puede muy fácilmente cambiar de lengua, es decir aprender a servirse de otra; pero expresará en su nueva lengua las ideas antiguas; su naturaleza profunda no será modificada.

El judío sirve de prueba a esta teoría, pues puede hablar mil lenguas diferentes; Sin embargo, no es más que un judío. Su carácter étnico no cambia. Ha podido, hace dos mil años, hablar latín en Ostia, haciendo el comercio de granos; pero hoy día, especulador en harinas, habla el alemán de los judíos... Siempre es el mismo judío...

La causa que repentinamente lleva al judío a decidirse a hacerse "alemán" es muy comprensible. Se da cuenta de que el poder de los príncipes comienza a tambalear, y busca entonces una plataforma sobre la cual poder poner su pie. Además, la dominación financiera que ejerce sobre toda la economía política ha llegado a ser tan grande que ya no puede sostener ese enorme edificio, o que, en todo caso, no podrá ya aumentar su influencia si no posee todos los derechos "cívicos"... Tal es la razón de su salida del *ghetto*.

El judío advenedizo trata de hacer olvidar sus exacciones presentándose como benefactor de la humanidad

H. — Así, pues, del "judío de corte" sale poco a poco el "judío ciudadano".

Naturalmente, el judío sigue siendo como antes con los poderosos de este mundo; y hasta trata con mayor ardor de introducirse en su sociedad. Pero, al mismo tiempo, otros miembros de su raza hacen el papel de buenos apóstoles ante el crédulo pueblo...

El judío comienza por reparar, a los ojos del pueblo, los perjuicios importantes que le ha causado. Se transforma primero en "benefactor" de la humanidad. Como su bondad de reciente data tiene motivos muy interesados, le es imposible observar al viejo precepto de la Biblia que enseña que la mano izquierda debe ignorar lo que da la mano derecha. Debe, de grado o por fuerza, resignarse a dar o conocer hasta qué punto es sensible a los sufrimientos del pueblo, y a publicar los sacrificios que se impone personalmente para aliviarlos. Modestamente (esto le es propio) pregona sus méritos al mundo entero de una manera tan perseverante que el mundo entero comienza a creer en ellos. Cualquiera que se niega a ello pasa por ser muy injusto para con él. Pronto presenta las cosas bajo tal aspecto que parece que es él quien ha sufrido siempre los datos, cuando es precisamente lo contrario. La gente particularmente estúpida cree sus palabras y no puede menos de compadecer al pobre "desdichado"...

Aun más, el judío se vuelve súbitamente liberal y comienza a entusiasmarse por los progresos que debe realizar el género humano.

Sin embargo destruye la economía nacional sana

I.— Poco a poco, él mismo se da el titulo de campeón de los tiempos nuevos. Por otra parte, continúa destruyendo cada vez más completamente las bases de una economía política realmente útil al pueblo. Por medio de las sociedades por acciones, se introduce en el circuito de la producción nacional, que llega a ser comercio de baratillero para el cual todo es venal, o más bien negociable. De este modo despoja a las industrias de los fundamentos sobre los cuales podría edificarse una propiedad personal. Por eso, entre empleadores y empleados nace ese estado de espíritu que creará más tarde la división de la sociedad en clases.

Por último, la influencia del judío en el mercado económico y en la Bolsa crece de una manera asombrosa. Posee, o al menos controla, todas las

potencias de trabajo de la nación.

El judío, campeón de la democracia por la masonería y la prensa

J.— A fin de instalarse más completamente en el Estado, trata de derribar todas las barreras gracias a las cuales la raza y el estado civil habían impedido al principio su marcha. Para esto, pone toda la tenacidad que le es propia en combatir en favor de la tolerancia religiosa, y hace de la masonería, completamente caída en sus manos, un excelente instrumento de la lucha que le permite alcanzar hábilmente sus fines. Las clases dirigentes y las altas esferas económicas de la burguesía, cogidas en la red masónica, llegan a ser su presa inconsciente.

Pero el verdadero pueblo, o más bien la clase que comienza a despertar por sus propias fuerzas sus derechos a la libertad, escapa a esta acción en su vasta profundidad. Dominarla es, sin embargo, el objeto principal. En efecto, el judío tiene la intuición de que solamente dominará si un "entrenador" lo precede. Cree que este entrenador se encontrará en las capas más extensas de la burguesía. Pero los tejedores y los fabricantes de guantes no se cogen en la fina red de la masonería; aquí hay que recurrir a procedimientos más groseros, pero que sean igualmente eficaces. A la masonería agrega entonces la prensa, segunda arma al servicio de la judería. El judío emplea toda su tenacidad y su habilidad en subyugarla. Por medio de ella, toma entre sus garras y sus redes toda la vida pública; la dirige y la empuja delante de él; así puede crear y dirigir esa fuerza que, con el nombre de "opinión pública", hemos aprendido a conocer hoy mejor de lo que era posible hace algunas decenas de años...

Mientras tanto, vela por la conservación de su raza más que nunca. Parece rebosar de "luz" de "progreso", de ‘libertad" de "humanidad"; pero tiene gran cuidado de conservar las leyes muy particulares de su raza. Bien puede unir sus mujeres con cristianos importantes, pero tiene por regla mantener la pureza de su descendencia masculina. Mancha la sangre de los demás, pero preserva la suya de toda alteración. El judío no se casa jamás con una cristiana, en tanto que el cristiano se casa con una judía. Pero en estos mestizos, el elemento judío prevalece siempre. Una parte, de la nobleza, en particular, está completamente degenerada. El judío no lo ignora, y practica sistemáticamente este método para "desarmar" a la clase de los que deberán ser los guías espirituales de la raza adversa.

Su fin último, en este estadio de su evolución, es la victoria de la democracia o lo que él entiende por esto, es decir, la supremacía del parlamentarismo. Esta responde mejor a sus necesidades; suprime las personalidades para reemplazarla por la mayoría de los imbéciles, de los incapaces y sobre todo de los cobardes. En último término, el resultado será la caída de la monarquía, que llega más o menos pronto, pero fatalmente.

El judío dirige al obrero hacia la lucha de clases

K.— El resultado de esta enorme evolución económica es una modificación de las capas sociales que constituyen el pueblo. Los pequeños oficios desaparecen poco a poco, y los trabajadores; teniendo cada vez menos la ocasión de llegar a una existencia independiente, se convierten rápidamente en proletarios...

Mientras la burguesía, despreocupada de esta grave cuestión, deja con indiferencia que los acontecimientos sigan su curso, el judío ve las perspectivas infinitas que se abren en el porvenir. Por una parte, organiza, hasta sus consecuencias últimas, los métodos capitalistas de explotación de la especie humana; por la otra, se acerca a las víctimas de sus métodos, de sus actos, y pronto llega a ser su jefe en la lucha que ellas sostienen contra él mismo...

La burguesía le ha servido de ariete contra el mundo feudal; ahora utiliza al obrero contra el mundo burgués. Así como intrigó antaño amparándose detrás de la burguesía para obtener los derechos civiles, asimismo piensa hoy hacer del combate sostenido por los trabajadores para defender su existencia, un camino propicio que debe conducirlo a dominar el mundo.

Desde este momento, el obrero tiene por tarea combatir por el porvenir del pueblo judío. Sin saberlo, entra al servicio de la potencia que cree combatir. En apariencia, se le lanza al asalto del capital; en realidad, se le hace más cómodamente luchar por este último. Al mismo tiempo se continúa protestando contra el capital internacional, pero los ataques se dirigen a la economía nacional. Hay que destruirla, a fin de que sobre su cadáver establezca su triunfo la Bolsa Internacional.

He aquí cuáles son los procedimientos del judío: Se acerca al obrero, finge hipócritamente piedad por su suerte, y hasta indignación por la miseria y la pobreza que recibe en parte; gana así la confianza del obrero. Se esfuerza en estudiar todos los sufrimientos reales o imaginarios que son

el patrimonio de la vida del obrero, y por hacer nacer en él un vivo deseo de modificar las condiciones de su existencia. Siempre hay en el corazón del ario una necesidad de justicia social que dormita, y el judío la excita hábilmente hasta que se transforma en odio contra los que gozan de una suerte más feliz. El combate librado contra los males sociales toma, gracias a él, una apariencia filosófica precisa. Echa las bases de la doctrina marxista.

Pretendiéndola íntimamente ligada a justas reivindicaciones sociales, favorece su extensión, y en cambio provoca la oposición de la gente honorable que rehusa admitir reivindicaciones que le parecen esencialmente injustas e irrealizables en la forma en que le son presentadas y con las consecuencias que ellas entrañan.

El judío, campeón de la doctrina marxista

L.— Bajo la máscara de ideas puramente sociales se ocultan intenciones verdaderamente diabólicas; hasta se las explica públicamente con la mas desvergonzada claridad. Hay en esta doctrina una mezcla inexplicable de razón y de estupidez humana, pero dosificada de tal manera que sólo lo que tiene de loco puede ser realizado; nunca lo que tiene de razonable. Niega a la personalidad, y, por consiguiente a la nación y a la raza que ésta representa todo derecho a la existencia; destruye, pues, la primera base de toda la civilización humana, que estos factores condicionan. He aquí la substancia misma de la filosofía marxista, suponiendo que se pueda dar el nombre de "filosofía" a este fruto monstruoso de un cerebro criminal. Arruinadas la personalidad y la raza, queda suprimido el más serio obstáculo que se opone a la dominación de una raza inferior, es decir la raza judía.

El espíritu de esta doctrina aleja a los hombres verdaderamente inteligentes, en tanto que los que menos tienen el hábito de hacer trabajar sus facultades intelectuales y que están poco al corriente de las ciencias económicas se unen a ella, con la bandera al viento...

He aquí cómo nace un movimiento de trabajadores exclusivamente manuales conducido por judíos. Aparentemente, su objetivo es remediar la suerte del trabajador; en realidad, su razón de ser es reducir a la esclavitud y de ese modo aniquilar a todos los pueblos no judíos.

Cómo el judío toma la cabeza del movimiento sindical

M.— La campaña desarrollada por la masonería en los medios llamados "intelectuales", para paralizar el instinto de conservación nacional con doctrinas pacifistas, la gran prensa, siempre en manos de los judíos, lo prosigue entre las masas y sobre todo entre la burguesía. A estas dos armas disolventes, se agrega una tercera y mucho mas terrible: la organización de la violencia. El marxismo, como una tropa de asalto, debe terminar de derribar lo que las dos primeras armas han minado ya para facilitarle la tarea.

No olvida los objetivos finales perseguidos por la lucha judía, que no se contenta con querer conquistar económicamente el mundo, sino que pretende también subyugarlo políticamente, y divide su doctrina universal en dos partes que, en apariencia, son independientes una de otra, pero forman un todo indivisible: el movimiento político y el movimiento sindical.

Por medio del movimiento sindical es como se opera el reclutamiento. Ofrece a los obreros ayuda y protección en la difícil lucha por la existencia que la rapacidad o la corta vista de numerosos patrones les obliga a sostener; les promete conquistar mejores condiciones de vida. Si el trabajador no quiere confiar la defensa de los derechos que su calidad de hombre le da a la vida, al arbitraje ciego de hombres a veces poco preocupados de sus responsabilidades y a menudo sin entrañas —esto en un tiempo en que el Estado no se ocupa de él—, debe tomar él mismo esta defensa en sus manos. Todas las veces que lo que se llama la burguesía nacional, cegada por su afán de dinero, opone a esta lucha por la vida la mayor resistencia, y no solamente rehusa asociarse a todas las tentativas hechas por abreviar una duración de trabajo verdaderamente inhumana, por suprimir el trabajo de los niños, proteger a la mujer, mejorar la higiene en los talleres y en las habitaciones, sino que aun las sabotea en realidad, el judío, más astuto, toma en sus manos la causa de los oprimidos.

Toma poco a poco la cabeza del movimiento obrero, y con tanto mayor regocijo cuanto que no tiene intención seria de reformar las injusticias sociales, sino que únicamente trata de crear un cuerpo de combatientes para lanzarlos, cada vez en mayor número, en la lucha económica, seguro de que le serán ciegamente devotos y, gracias a ellos, destruir la independencia de la economía nacional. Pues si una política social sana debe tenor dos fines; por una parte el mantenimiento de la salud del pueblo, por otra la defensa de una economía nacional independiente, no solamente estas dos directivas

dejan al judío perfectamente indiferente, sino que el objetivo de su vida es limpiar de ellas su camino. No quiere mantener la independencia de la economía nacional, sino suprimirla. Va, pues, sin escrúpulos, a formular, en calidad de jefe del movimiento obrero, exigencias que no solamente sobrepasan el objetivo, sino a las cuales sería imposible responder sin arruinar la economía nacional. Quiere tener delante de él, no una generación de hombres sanos y fuertes, sino un rebaño degenerado y dispuesto a soportar el yugo, por eso propone las reivindicaciones más absurdas, que sabe imposibles de satisfacer y que no cambiarán, pues, nada del estado de cosas, sino que tendrán por efecto precisamente despertar en las masas una ola de violenta irritación. Es eso lo que busca, y no el mejoramiento real y honrado de la situación social del proletariado.

El sindicato llega a ser un instrumento de acción política

N.— Paralelamente, se desarrolla la organización política. Ella coincide con el movimiento sindical, pues el movimiento prepara a las masas para formar parte de la organización política, y aun los obliga a ingresar a ella casi a fuerza de azotes. De él provienen permanentemente los subsidios gracias a los cuales la organización política mantiene su enorme máquina. Sirve para controlar la actividad política de los individuos y desempeña el papel de batidor para todas las grandes demostraciones políticas. Termina por no luchar por las conquistas económicas, pero usa su principal medio de combate, la huelga (huelga de masa y huelga general) para sostener la idea política.

Gracias a la creación de una prensa cuyo contenido corresponde al nivel intelectual de los lectores menos instruidos, la organización sindical y política difunde un espíritu de rebelión que prepara a las clases sociales más bajas de la nación para las empresas más temerarias. No se ha dado por tarea sacar a los hombres del lodazal de sus malos instintos, sino, por el contrario, halagar sus más viles apetitos. Esta especulación produce mucho, si uno se dirige a la masa cuya presunción es tan grande como su pereza intelectual.

He ahí la prensa que denigra, en un espíritu de calumnia y de fanatismo, todo lo que se puede considerar como útil a la independencia nacional, a una cultura elevada y a la autonomía económica de la nación... Poco a poco el terror del alma marxista, en las manos de la judería, se

impone como una visión de pesadilla al espíritu y al alma de la gente honrada.

Se comienza a temblar ante este enemigo temible, y, en resumidas cuentas, se llega así a ser su víctima.

El triunfo del judío

Ñ.— La hegemonía del judío parece ahora tan bien asentada en el Estado, que se atreve no sólo a declararse de nuevo abiertamente judío, sino aun a proclamar sin reservas sus concepciones étnicas y políticas hasta en sus consecuencias últimas. Una parte de su raza se exhibe públicamente como un pueblo extranjero, lo que es, por lo demás, una nueva mentira. Pues, tratando de hacer creer al resto del mundo, con el sionismo, que la conciencia nacional de los judíos se contentaría con la creación de un Estado palestino, los judíos, una vez más, engañan admirablemente a los estúpidos.

No piensan en absoluto establecer en Palestina un Estado judío en el cual establecerse: quieren simplemente ubicar allí el organismo central de esa empresa de charlatanes que ellos llaman internacionalismo universal. Ella poseería así los derechos de soberanía pero estaría substraída a la intervención de los demás Estados; serviría de asilo a todos los bribones desenmascarados, y de escuela superior a los futuros charlatanes.

Un signo cierto de su creciente seguridad, y también del sentimiento que tienen de su confianza, es que, en el momento en que ciertos judíos imitan hipócritamente al alemán, al francés o al inglés, otros, con una franca impudicia, se dicen oficialmente de raza judía...

Políticamente, el judío comienza a substituir la idea de la democracia por la idea de la dictadura del proletariado.

Trabaja sistemáticamente en provocar una doble revolución: económica y política...

Gracias a las influencias internacionales que pone en acción, rodea a los pueblos que resisten enérgicamente a este ataque interno, de una red de enemigos; los empuja a la guerra y, si considera llegado el momento, planta la bandera de la revolución en el campo de batalla.

Económicamente, quebranta a los Estados hasta que las empresas sociales, una vez vueltas estériles, sean substraídas al Estado para ser colocadas bajo su control financiero.

Políticamente, quita al Estado los medios de subsistir, mina las bases de toda resistencia y defensa nacional, arruina la confianza que el pueblo había puesto en el gobierno, difunde la vergüenza sobre la historia y sobre el pasado, y arroja al lodo todo lo que es grande.

En cuanto a la civilización, mancilla el arte, la literatura, se burla de los sentimientos, derriba todas las nociones de belleza y de nobleza, de dignidad y de bien moral, y, en cambio, arrastra a los hombres al dominio de la villanía, que es el de su naturaleza.

Se ridiculiza la religión; la moral y las costumbres son tratadas de cosas muertas y anticuadas, hasta que los últimos apoyos de un pueblo en su lucha por su existencia en este mundo hayan caído.

La última revolución

O.— Comienza entonces la grande y última revolución. Al mismo tiempo que el judío conquista el poder político, arroja los últimos velos que lo ocultaban todavía. El judío demócrata y amigo del pueblo se transforma en judío sanguinario y tirano de los pueblos. Al cabo de pocos años, trata de exterminar a los representantes de la inteligencia y, privando al pueblo de los que eran naturalmente sus jefes, lo prepara a aceptar el papel de esclavo para siempre subyugado.

Un ejemplo admirable de esta esclavitud lo presenta Rusia, donde el judío, con un fanatismo verdaderamente salvaje, hizo perecer en medio de feroces torturas o condenó a morir de hambre a cerca de treinta millones de hombres, a fin de permitir a una banda de escritores judíos y de ladrones de la Bolsa dominar a un gran pueblo.

Pero el desenlace no comporta solamente la pérdida de la libertad de los pueblos dominados por los judíos; comporta igualmente la muerte de estos parásitos. La víctima, al morir, arrastra a su vampiro.

CUARTA PARTE

EL ESTADO NACIONALSOCIALISTA

CAPÍTULO PRIMERO

CONCEPCIÓN DEL ESTADO

La concepción judeo-marxista y democrática del Estado ignora la. raza y la personalidad

La doctrina filosófica habitualmente aceptada en nuestros días consiste, en el dominio político, en atribuir al Estado mismo una fuerza creadora y civilizadora. Pero no se hace cuestión de las condiciones previas de raza: el Estado resultaría más bien de las necesidades económicas o, en el caso mas interesante, del juego de las fuerzas políticas. Esta concepción fundamental lleva lógicamente a desconocer las fuerzas primitivas que son el aporte de la raza y a subestimar el valor del individuo. Quienquiera que niegue que las razas tienen aptitudes diferentes para engendrar civilizaciones, se engaña también forzosamente cuando juzga a los individuos. Aceptar la igualdad de razas conduce a juzgar de la misma manera los pueblos y los hombres.

El propio marxismo internacional no es sino la transformación, por el judío Carlos Marx, de una vaga concepción filosófica ya existente, en una doctrina política precisa... La doctrina marxista es, pues, en resumen, la esencia misma del sistema filosófico generalmente admitido hoy. A causa de esto ya el mundo burgués no puede entablar contra él una lucha imposible y hasta ridícula, pues este mundo burgués está profundamente impregnado de estos venenos, y se inclina ante una concepción del mundo que en general no se distingue de la concepción marxista sino por matices o cuestiones de personas. El mundo burgués es marxista, pero cree en la dominación de ciertos grupos (la burguesía), en tanto que el marxismo mismo tiene por fin confesado poner este mundo en manos de los judíos.

Por el contrario, la concepción racista ve en el Estado el medio de conservar la superioridad de la raza aria, dispensadora de la

civilización

La concepción racista, por el contrario, establece la diferencia entre los valores de las diversas razas primitivas de la humanidad. En principio, no ve en el Estado sino un fin, que es el mantenimiento de la existencia de las razas humanas.

No cree de ningún modo en su igualdad, sino que reconoce, por el contrario, su diversidad y su valor más o menos grande. Este conocimiento la obliga, conforme a la voluntad eterna que rige el mundo, a favorecer la victoria del mejor y del más fuerte, y a exigir la subordinación de los malos y los débiles. Se inclina así ante el principio aristocrático de la naturaleza, y cree que esta ley rige hasta los últimos representantes de la especie. Reconoce no solamente la diferencia de valor de las razas, sino también los valores diversos de los individuos. Sabe distinguir, en la masa, el valor de la persona, y obra así como potencia organizadora frente al marxismo destructor. Cree que es necesario dar un ideal a la humanidad, pues esto le parece ser la condición primera de la existencia de esta humanidad. Pero no puede reconocer una ética, cualquiera que sea, si ésta presenta un peligro para la perpetuación de la raza que defiende una ética más alta; pues, en un mundo mestizado e invadido por una descendencia de negros, todas las concepciones humanas de belleza y de nobleza, así como todas las esperanzas en un porvenir ideal de nuestra humanidad estarían perdidas para siempre.

La cultura y la civilización humana, están, en este continente, indisolublemente ligadas a la existencia del ario. Desaparecido o disminuido él, los sombríos velos de una época de barbarie descenderían sobre esta tierra.

La noción fundamental es ésta: El Estado no es un fin sino un medio. Es la condición previa de la formación de una civilización humana superior, pero no es su causa directa. Esta se encuentra exclusivamente en la existencia de una raza capaz de civilización.

Aunque la tierra produjera centenares de Estados modelos, si el ario, que es el pilar de la civilización, llegase a desaparecer, no habría ya civilización que alcanzara, en el orden espiritual, el grado a que se han elevado los pueblos de raza superior. Se puede aún ir más lejos y decir que la existencia de Estados humanos no excluiría la posibilidad del aniquilamiento definitivo de la especie humana, puesto que el que

representa la raza civilizadora, arrastraría, al desaparecer, la pérdida de las facultades intelectuales superiores de resistencia y de adaptación.

La condición primera para que una humanidad superior pueda durar no es, pues, el Estado, sino la raza que posee las facultades necesarias para crear la civilización.

Es preciso saber que estas cualidades existen siempre, y que les basta ser despertadas por circunstancias exteriores para manifestarse... Es ser increíblemente injusto el presentar a los germanos que vivían en una época anterior al cristianismo como hombres "desprovistos de civilización", como bárbaros. No lo fueron jamás. Solamente que la dureza del clima de su suelo septentrional les imponía un género de vida que obstaculizaba sus fuerzas creadoras. Si hubiesen llegado (suponiendo que el mundo antiguo no hubiera existido) a las regiones clementes del Sur, y si hubiesen encontrado allí, en el material humano proporcionado por las razas inferiores, las primeras herramientas materiales, la posibilidad de crear una civilización que dormitaba en ellos habría producido una floración tan brillante como la de los helenos. Pero que no se vea en el hecho de que vivían bajo un clima septentrional la causa única de esa fuerza primitiva generadora de civilización. Un lapón transportado al Sur, aportaría al desarrollo de la civilización una contribución tan escasa como la de un esquimal. No; esta magnífica facultad de crear y de modelar es un don hecho al ario, sea que ella esté en potencia en él, o que él la ofrezca a la vida que despierta, según que las circunstancias favorables lo inciten a ello o que una naturaleza inhospitalaria se lo impida. Se puede deducir de esto la noción siguiente:

El Estado es un medio de llegar a un fin. Su fin es mantener y favorecer el desarrollo de una comunidad de seres que, en lo físico y lo moral, son de la misma especie. Su primera tarea es mantener los caracteres esenciales de la raza, condición del libre desenvolvimiento de todas las facultades latentes de esta raza. De estas facultades, una parte estará siempre destinada a la conservación de la vida física y otra parte al florecimiento de los progresos intelectuales. Pero, en realidad, lo primero es siempre la condición necesaria de lo segundo.

Los Estados que no persiguen este fin son organismos defectuosos, creaciones abortadas. El hecho de que existan no cambia la ley, del mismo modo que los triunfos obtenidos por una asociación de filibusteros no justifica la piratería.

Nosotros, los nacionalsocialistas, debemos hacer una distinción muy clara entre el Estado, que no es sino un continente, y la raza, que es su contenido. Este continente no tiene otra razón de ser que la de conservar y proteger su contenido; de lo contrario, no tiene valor.

Por consiguiente, el fin supremo del Estado racista debe ser velar por la conservación de los representantes de la raza primitiva, dispensadores de la civilización, que constituye la belleza y el valor moral de una humanidad superior. Nosotros, arios, no podemos ver un Estado sino bajo la forma de un organismo viviente constituido por un pueblo, organismo que no solamente provee a la existencia de este pueblo, sino que también, desarrollando sus facultades morales e intelectuales, le hace alcanzar el más alto grado de libertad...

Nosotros, los nacionalsocialistas, sabemos que el mundo actual dirá que esta concepción es revolucionaria y que esta palabra será una injuria. Pero nuestras opiniones y nuestros actos no deben depender del deseo de ser aprobados o desaprobados por nuestra época, sino resultar de la obligación imperiosa de servir a la verdad de que tenemos conciencia...

Lo que precede nos permite a nosotros los nacionalsocialistas, medir el valor de un Estado. Este valor sólo es relativo si nos situamos en el punto de vista de cada nación; será absoluto si nos elevamos al punto de vista de la humanidad en sí. O si se quiere:

La utilidad de un Estado no puede ser juzgada por el grado de civilización a que ha llegado, ni por la importancia que le confiere su poder en el mundo; sólo la utilidad que puede tener este organismo para cada pueblo considerado, permite juzgarlo...

Se puede, pues, calificar de malo un Estado, que habiendo alcanzado el más alto grado de civilización, condena a la ruina la integridad racial de los representantes de esta civilización.

Misión humana del Estado germánico

Si el pueblo alemán hubiera poseído a lo largo de su historia esa unidad gregaria que tanto ha servido a otros pueblos el *Reich* alemán sería hoy el amo del globo. La historia del mundo habría tomado otro curso, y nadie podría decir si la humanidad, puesta en este camino, no habría alcanzado el objeto que tantos pacifistas ciegos esperan alcanzar hoy con ayuda de gritos y de lloriqueos: *la paz, no garantizada por las ramas de olivo que agitan, con lágrimas en los ojos, plañideras pacifistas, sino*

asegurada por la espada victoriosa de un pueblo de amos que hace del mundo entero el servidor de una civilización superior.

Hablar de una misión del pueblo alemán sobre esta tierra es decir que ella consiste únicamente en crear un Estado cuyo fin supremo sería conservar y defender los más nobles elementos de nuestro pueblo, los que han permanecido puros y que son también los más nobles elementos de la humanidad entera.

El Estado conoce así, por primera vez, un fin interior elevado. Al lado de la consigna ridícula que consistía en velar por la tranquilidad y por el buen orden a fin de que los ciudadanos pudiesen engañarse unos a otros en plena tranquilidad, la tarea que consiste en conservar y en defender una especie humana superior, que el Todopoderoso ha tenido la bondad de dar a este mundo, aparece como una misión verdaderamente noble...

El Estado del Reich debe comprender a todos los alemanes, y darse por tarea, no solamente agrupar y conservar las preciosas reservas de elementos primitivos y de su raza que este pueblo posee, sino conducirlos lenta y seguramente a una situación primordial.

La concepción racista del Estado comporta la existencia del jefe y de la ELITE

Una doctrina que, rechazando la idea democrática de la masa, aspira a dar esta tierra al pueblo mejor, es decir a los individuos superiores, debe lógicamente adoptar el mismo principio aristocrático en el seno de este pueblo, y reservar a las mejores cabezas el mando y la influencia. Ella no construye sobre la idea de mayoría, sino que se funda sobre la personalidad.

No es la masa la que crea, ni la mayoría la que ordena o reflexiona; es siempre y en todas partes el individuo aislado.

La organización de una comunidad de hombres es benéfica cuando facilita al *máximum* el trabajo de estas fuerzas creadoras, y cuando las utiliza para el mejor de los intereses de la comunidad.

La condición más preciosa de una invención, ya sea material o espiritual, es en primer lugar la persona del inventor. El primero y mayor deber en la organización de una comunidad es saber utilizarla para el provecho de todos.

El que quiere ser el jefe, lleva, con la autoridad suprema, la pesada carga de una responsabilidad suprema. El que no es capaz de hacer frente a

las consecuencias de sus actos, o que no tiene el valor de hacerlo, no puede ser un jefe: sólo un héroe puede asumir esta función.

El progreso y la civilización de la humanidad no son producidos por la mayoría, sino que están fundados únicamente en el genio y la actividad de la personalidad.

Para devolver a nuestro pueblo su grandeza y su poder, primeramente es preciso exaltar la personalidad del jefe y devolverle todos sus derechos.

Por esta razón, el movimiento es antiparlamentario; si se ocupa de una institución parlamentaria, será para atacarla a fin de hacer desaparecer un rodaje político en el cual debemos ver uno de los signos, más claros de la decadencia de la humanidad.

Consejos y jefes responsables

El Estado racista, de la comuna al gobierno del *Reich*, no poseerá ningún cuerpo representativo que decida la menor cosa por vía de mayoría, sino solamente cuerpos consultivos que se encontrarán permanentemente al lado del jefe, y a los cuáles asignará sus tareas. Si es necesario, podrán, a veces, y en ciertos dominios, asumir responsabilidades completas, como lo han hecho siempre los jefes o presidentes de corporaciones.

El Estado racista no puede admitir que se pida consejo o decisión sobre problemas especiales —las cuestiones económicas, por ejemplo— a gentes que, por su educación o su género de actividad, son completamente incompententes. Por consiguiente, dividirá sus cuerpos representativos en cámaras políticas y cámaras corporativas.

Para que ellas cooperen con provecho, se colocará siempre por sobre ellas un cuerpo escogido: el Senado.

Ni las Cámaras ni el Senado tendrán que pronunciar jamás un voto cualquiera. Son organismos de trabajo; no máquinas de votar. Cada uno de sus miembros posee un voto consultivo, pero ningún derecho de decisión. El presidente posee exclusivamente este derecho y conserva su responsabilidad.

El principio que asocia sin reserva la responsabilidad absoluta con la autoridad absoluta determinará poco a poco una elite de jefes (tal, que no es posible concebirla hoy día) a nuestra época de irresponsabilidad parlamentaria.

Fundamentos históricos de la autoridad del Estado

La autoridad del Estado no tiene por fundamento las palabrerías en los Parlamentos o en los *Landtag*. ni las leyes que protegen el Estado, ni las sentencias de tribunales dictadas para aterrorizar a los que niegan descaradamente esta autoridad; ella reposa en la confianza general que debe y puede ser concedida a los que dirigen y administran una colectividad. Pero esta confianza no es una vez más, sino el resultado de una convicción profunda e inquebrantable en el desinterés, la honradez del gobierno y de la administración del país. Ella tiene su origen en el acuerdo sobre el sentido atribuido a la ley y en el acuerdo sobre los principios morales respetados por la nación entera.

La popularidad es siempre el primer fundamento de la autoridad. Sin embargo, una autoridad que descansa solamente en ella es todavía extremadamente precaria; su seguridad y su estabilidad son inciertas. Por eso todos los que deben su autoridad a la sola popularidad deben esforzarse por ensanchar su base, y para esto, organizar fuertemente el poder.

Es, pues, en el poder, en la potencia, donde descubrimos el segundo fundamento de toda autoridad.

Este es ya mucho más estable y más seguro que el primero, pero de ningún modo es más fuerte. Si la popularidad y la fuerza se unen, si ellas pueden mantener esta unión durante algún tiempo, forman entonces, sobre bases aún más seguras, una nueva autoridad, la de la tradición.

Sí, en fin, popularidad, fuerza y tradición se unen, la autoridad que soportan puede ser considerada como inquebrantable

Los habitantes del Estado racista: ciudadano, súbdito, extranjero

El Estado racista divide a su habitantes en tres clases ciudadanos, súbditos del Estado (o aún dependientes(3)) y extranjeros.

En principio, el nacimiento no confiere sino la calidad *de dependiente*. Esta calidad sola no da derecho a ejercer una función pública, ni a participar en la actividad política, por ejemplo en las elecciones. A cada dependiente le importa esencialmente establecer con exactitud su raza y su nacionalidad. Puede, en cualquier momento, renunciar a su calidad de dependiente y hacerse ciudadano en el país cuyos habitantes son de la misma nacionalidad que él. La única distinción entre un *extranjero* y un dependiente proviene de que el primero es súbdito de otro Estado.

El joven dependiente de nacionalidad alemana está sometido a todas las disciplinas de educación y de instrucción escolar impuestas a un alemán.

Recibe así la educación que hará de él un miembro de la comunidad, consciente de su raza e impregnado de espíritu nacional. Deberá en seguida cumplir todas las demás prescripciones concernientes a los ejercicios físicos, y finalmente será incorporado al ejército. La educación dada por el ejército es una educación de orden general. Debe ser dada a todos los alemanes y ejercitar a cada uno en ocupar, como es debido, el puesto del ejército para el cual puedan designarlo sus aptitudes físicas e intelectuales.

El título de ciudadano acompañado de todos los derechos que le son inherentes será concedido con la mayor solemnidad al joven de buena salud y de buena reputación cuando haya cumplido su servicio militar.

El diploma que recibirá entonces será el documento más importante de toda su existencia. Gracias a él, podrá ejercer todos los derechos ciudadanos y gozar de todos los privilegios que este título da. Pues el Estado debe establecer una profunda diferencia entre los ciudadanos que sostienen y defienden su existencia y su grandeza., y aquéllos que se han establecido entre sus fronteras para desempeñar allí un papel vago de "utilidad".

Al recibir el *diploma de ciudadano*, el nuevo ciudadano prestará un juramento solemne de fidelidad a la comunidad y al Estado. Este diploma forma el lazo que une a todos los miembros de la comunidad; destruye el foso que separa las diferentes clases sociales. *Un barrendero de calles debe sentirse más orgulloso de ser ciudadano de este Reich que rey de un Estado extranjero*.

Los derechos del ciudadano son superiores a los del extranjero. Es el amo y señor del *Reich*. Pero ocupar un rango superior impone también deberes. El hombre desprovisto de honor o de carácter, el criminal de derecho común, el traidor a su país, etc... pueden en cualquier momento ser despojados de esta dignidad. Caen entonces al rango de dependientes.

La joven alemana es "dependiente" y no toma el titulo de "ciudadana" sino al casarse. Sin embargo, el derecho de ciudadana puede también concedérsele si es alemana y se gana la vida con su trabajo.

CAPÍTULO SEGUNDO

LA PROTECCIÓN DE LA RAZA

Los pecados contra la raza: el mestizaje

Es una costumbre de la naturaleza el corregir el efecto de las mezclas que alteran la pureza de las razas humanas. No favorece a los mestizos. Los primeros frutos de estos cruzamientos son duramente castigados, a veces basta la tercera, cuarta y quinta generación. Lo que constituía el valor del elemento primitivo superior, les es rehusada; además, la falta de unidad de su sangre tiene por consecuencia el desacuerdo de las voluntades y de las energías vitales. Cuando, en los momentos críticos, el hombre de raza pura toma decisiones razonables y coherentes, el mezclado se inquieta y se atiene a medidas tímidas e insuficientes. La consecuencia es que el hombre de raza pura no tiene dificultad en dominar al mezclado y que, en la práctica, este último, fatalmente, debe desaparecer más pronto.

En casos en que la raza resiste victoriosamente, el mestizo sucumbe; se podría dar de esto innumerables ejemplos. Y he aquí lo que nos hace comprobar las correcciones aportadas por la naturaleza a la mezcla de las razas. A menudo, debe ir más lejos: limita la reproducción, castiga con la esterilidad los cruzamientos multiplicados, haciéndolos así desaparecer...

Se puede, pues, enunciar el principio siguiente:

Todo cruza miento de raza acarrea fatalmente, tarde o temprano, la desaparición de los híbridos que ha creado, por tanto tiempo como se encuentran en presencia del elemento superior que ha participado en el cruzamiento y que ha conservado la unidad que sólo da una sangre pura.

Los pecados contra la sangre: la sífilis

...Se plantea la cuestión de saber precisamente qué pueblo, por sí mismo el primero y el único, dominará esta peste; qué naciones sucumbirán a ella.

En efecto, puesto que esta cuestión concierne en primer lugar a la juventud, se relaciona con aquéllos de quienes se dice —con una horrorosa exactitud— que los pecados de sus padres se vengan en ellos hasta la décima generación, verdad cuyo alcance se detiene en estos atentados contra la sangre y contra la raza.

El pecado contra la sangre y la raza es el pecado de este mundo y firma el fin de una humanidad que se entrega a él...

Cómo combatirla: campaña moral

Obligaciones verdaderamente terribles y duras de soportar sólo pueden llegar a ser plenamente eficaces si, después de obligar a cada uno, se le lleva además a reconocer cono necesarias las medidas tomadas: pero esto requiere ser poderosamente evidenciado, habiendo sido suprimidas todas las demás cuestiones del día susceptibles de desviar la atención. En todos los casos en que hay que vencer exigencias o tareas aparentemente irrealizables, toda la atención de un pueblo debe unirse y fijarse en una misma cuestión, como si, de la respuesta a esta última, dependieran efectivamente la vida o la muerte. Sólo a este precio se dará a un pueblo la voluntad y la posibilidad de grandes acciones y de grandes esfuerzos...

Es así como, con la ayuda de todos los medios de la propaganda, la lucha contra la sífilis debería haber sido presentada como el deber de la nación, y no como un deber. Pero, para esto, se habría necesitado, por todos los medios y durante todo el tiempo que hubiera sido preciso, inculcar en la cabeza de los hombres que los estragos de la sífilis constituyen la desgracia más tremenda, hasta que la nación entera hubiera llegado a esta convicción inquebrantable de la solución de este problema depende todo, el porvenir o la ruina. Sólo después de semejante preparación, por varios años si es necesario, puede la atención —y con ella la decisión de un pueblo entero— estar lo suficientemente despierta para que sea posible recurrir a medidas muy penosas, imponiendo grandes sacrificios. Esto permite evitar que la buena voluntad de la masa del pueblo ya no nos siga y nos abandone bruscamente.

Para exterminar esta peste, es preciso, en efecto, consentir en sacrificios extraordinarios y trabajos considerables.

Hay que luchar contra la prostitución, contra prejuicios, viejas costumbres, teorías que hoy día se aceptan, opiniones corrientes y devolviéndole toda su importancia, contra la gazmoñería de ciertos medios.

Matrimonio precoz

Lo primero que hay que hacer para emprender esta lucha sobre la base de un derecho —aunque no sea más que un derecho moral— es esforzarse por hacer posible el matrimonio entre los jóvenes de las generaciones futuras.

Si alguien se cree todavía obligado a mantener una organización que —por cualquier lado que se mire la cuestión— sigue siendo una vergüenza para la humanidad que, con su habitual modestia, se complace en creerse hecha a imagen de Dios, es a causa de los matrimonios tardíos.

La prostitución es una afrenta para la humanidad; pero ni conferencias morales ni una piadosa buena voluntad la suprimirán; su limitación y su destrucción definitiva imponen la eliminación de cierto número de condiciones previas. Pero la primera de todas será crear la posibilidad de un matrimonio precoz que satisfaga la necesidad de la naturaleza humana, la del hombre en particular; pues, a este respecto, el papel de la mujer es pasivo.

¡Hasta dónde pueden llegar las divagaciones de la gente! ¡Hasta qué punto muchas personas carecen de razón! Para creerlo, basta oír frecuentemente a algunas madres de la "mejor sociedad" —como se dice— afirmar que nos estarían agradecidas de que les encontráramos para su hija un hombre que ya hubiera dejado las locuras de la juventud...

Esterilización

Sólo después de haber transformado la educación, podrá la lucha contra la epidemia misma ser dirigida con alguna probabilidad de buen éxito. Pero aquí tampoco se podría hablar de medidas tímidas: nos veremos nuevamente obligados a tomar decisiones graves y definitivas. Es una debilidad dejar a enfermos incurables la posibilidad crónica de contaminar a sus semejantes todavía sanos. Es dar prueba de un sentimiento humanitario según el cual se dejaría morir a cien hombres antes que hacer daño a un individuo.

Hacer imposible a seres sifilíticos reproducir descendientes sifilíticos, es conducirse según la más luminosa razón; es el acto más humanitario que se pueda realizar en favor de la humanidad, si se hace con método.

Este acto ahorra sufrimientos inmerecidos a millones de desdichados, y es el camino hacia una curación progresiva.

Dedicarse a marchar en esta dirección es poner atajo a la progresiva extensión de las enfermedades venéreas. Pues, en este caso, se llegará si es necesario, al implacable aislamiento de los incurables, medida cruel para el que tenga la desgracia de ser afectado por ella, pero bendición para los vivos y su descendencia.

Se puede comprar en todas las farmacias, y aun a los vendedores ambulantes, productos que permiten a los padres más sanos no tener hijos. En el Estado que actualmente hace respetar la tranquilidad y el orden —al menos en el ánimo de sus defensores los buenos nacional-burgueses—, sería criminal quitar el poder de reproducirse a los sifilíticos, tuberculosos, a los seres atacados de taras hereditarias, o enclenques, o degenerados. En cambio, quitar a millones de seres entre los más sanos el poder de procrear no es considerado como un acto reprensible y no contraría las buenas costumbres de esta sociedad hipócrita, sino que aun alienta su miopía y su pereza intelectual. Así, no tiene que torturarse el cerebro para descubrir el medio de hacer vivir y conservar a los individuos que son la salud de nuestro pueblo y que darán nacimiento a la futura generación.

La limitación de los nacimientos conduce a. salvar a cualquier precio a los enclenques

La naturaleza misma vela por que durante las épocas de escasez, durante las estaciones inclementes, o en los países de tierras áridas, el aumento de los nacimientos sea limitado para ciertos pueblos y ciertas razas. Por lo demás, con una sabiduría tan profunda como decisiva, no pone obstáculo a la facultad procreadora misma; pero se opone a la existencia del individuo procreado. Lo somete a pruebas, a privaciones tan penosas, que todo el que no es bastante fuerte, bastante sano, es obligado a volver a la nada. Sin embargo, aquéllos a quienes permite sobrevivir son de un vigor a toda prueba y aptos para engendrar a su vez, de modo que la misma selección inicial pueda renovarse. La naturaleza, obrando brutalmente con el individuo y haciéndolo volver inmediatamente a ella si no es capaz de afrontar las tempestades de la existencia, mantiene la fuerza de la raza y de la especie y realiza los objetivos mas elevados.

De este modo, cuando el número disminuye, el individuo es más fuerte, y por lo tanto lo es la especie. Diferentemente acontece cuando es el hombre el que quiere limitar su descendencia. No puede pensar rivalizar con la naturaleza, *es hombre*. ¿Lo haría mejor que ella, esa reina inflexible

de sabiduría? No se opone al desarrollo del individuo procreado, sino a la reproducción misma. Sólo ve su persona; nunca la raza. ¡Y esto le parece más humano y más justo que el método opuesto! Desgraciadamente, las consecuencias también son diferentes; mientras que la naturaleza, dejando a los hombres la libertad de procrear, somete su progenitura a una durísima prueba y escoge entre los individuos demasiado numerosos a los mejores para dejarlos vivir, conservándolos sólo a ellos y encargándolos de continuar la especie, el hombre limita la procreación, pero se obstina en conservar a toda costa un ser cuando ha nacido. Este retoque a la voluntad de Dios le parece tan sabio como humano y se jacta de haber vencido también en esto a la naturaleza, y de haber mostrado así su insuficiencia. El número es evidentemente limitado, pero al mismo tiempo el valor del individuo es disminuido. ¡ Pequeño arrendajo del Padre Eterno, no lo advertirás de buena gana!

En efecto, en cuanto la facultad procreadora se encuentra limitada y la cifra de los nacimientos disminuye, en lugar de la lucha por la vida, que no deja sobrevivir a los más fuertes y más sanos, se instaura naturalmente esa manía de salvar a toda costa a los más enfermizos, a los más débiles, cepa de una descendencia cada vez más lamentable, mientras la voluntad de la naturaleza sea burlada de esa manera. La conclusión es: que llegará un día en que la existencia sobre esta tierra será quitada a tal pueblo; pues el hombre no puede desafiar por mucho tiempo la ley eterna de la continuación de la especie, y el desquite llega tarde o temprano. Una raza fuerte desplazará a las razas débiles; pues, al fin y al cabo, el impulso vital romperá las grotescas trabas de una humanidad que se pretende individualista para dar lugar a tina humanidad más conforme a la naturaleza que destruye los débiles para substituirlos por los fuertes.

El que quisiera asegurar la existencia del pueblo alemán limitando voluntariamente el crecimiento de su población, destruiría de ese modo su porvenir.

El Estado racista y la higiene de la raza

El Estado racista deberá reparar los perjuicios causados por la negligencia que reina hoy en esta materia. Deberá colocar la raza en el centro de la vida de la comunidad; velar por conservar su pureza; proclamar que el niño es el bien más precioso de un pueblo. Deberá cuidar que sólo el individuo sano engendre hijos; declarará que sólo hay un acto

vergonzoso: el de dar al mundo hijos cuando se es débil o tarado, y que no es posible honrarse más que renunciando a ello. En cambio, enseñará que rehusar dar a la nación hijos robustos constituye una falta. El Estado tiene el deber de intervenir, pues tiene a su cargo un porvenir que se extiende sobre miles de años, ante cuyo precio los deseos y el egoísmo del individuo son absolutamente despreciables, y ante el cual deben éstos inclinarse. Debe apelar a la medicina más moderna para informarse exactamente. Debe declarar que todo individuo notoriamente enfermo o atacado de taras hereditarias, y por consiguiente transmisibles a sus descendientes, no tiene el derecho de reproducirse; debe quitarle la posibilidad, material de hacerlo. Por el contrario, velará porque la fecundidad de la mujer sana no sea limitada por la inmunda política financiera a causa de la cual este don del cielo que es una descendencia numerosa se convierte en una maldición para los padres. Debe suprimir esa pereza indiferente y hasta criminal que impide dar hoy a las familias prolíficas condiciones sociales que les permitan vivir, y sentirse el protector supremo de este bien sin igual para un pueblo. Debe su atención al niño más que al adulto.

Quienquiera que no es sano, física y moralmente y por consiguiente es una nulidad desde el punto de vista social, no debe perpetuar sus males en el cuerpo de sus hijos. La labor educadora del Estado racista es enorme, pero, más tarde, esta tarea parecerá más grande que las guerras victoriosas de nuestra época burguesa. Por medio de la educación, el Estado debe persuadir al individuo de que no es una vergüenza, sino una desgracia digna de lástima, el ser enfermizo y débil; pero que, en cambio, el que deshonra esta desgracia por su egoísmo, haciéndola recaer sobre un ser inocente, cornete un crimen; que, a la inversa, manifestará un estado de espíritu verdaderamente noble y los sentimientos humanos más admirables, si, atacado de una enfermedad de la que uno no es responsable, renuncia a tener hijos y hace gozar de su afecto a un niño pobre, de su raza, lleno de salud, y que será un día un miembro robusto de una comunidad llena de fuerza. Al realizar esta labor de educador el Estado prolonga, en el domino moral, su actividad práctica. Poco le importa que sea comprendido o no, aprobado o criticado, para obrar según estas directivas.

Bien seguro estoy de que el miserable rebaño de pequeños burgueses de hoy no comprenderá jamás esto. Se reirán o alzarán sus hombros mal formados, y lanzarán un suspiro repitiendo la excusa que siempre les sirve: «*En principio, esto es muy bello, pero es imposible*». Con ellos, es

imposible, en efecto; su mundo no está hecho para esto. Tienen una sola preocupación: su propia vida; y un solo Dios: su dinero. Por eso, no nos dirigimos a ellos, sino al gran ejército de los que son demasiado pobres para hacer de su propia vida la mayor felicidad que hay en el inundo, a los que no ven en el oro el gran maestro de su existencia, pero que tienen fe en otros dioses. Nos dirigimos, ante todo, al poderoso ejército de nuestra juventud alemana. Ella se levanta en una época que es un gran recodo de la historia, y la pereza y la indiferencia de sus padres la lanzan al combate, O los jóvenes alemanes serán un día los constructores de un nuevo Estado racista, o asistirán como últimos testigos al derrumbe total, a la muerte del mundo burgués.

CAPÍTULO TERCERO

EDUCACIÓN

Critica de la educación de preguerra: El liberalismo burgués no ha perseguido más que el desarrollo intelectual de los individuos

Antes de la guerra, la educación alemana estaba viciada por una cantidad increíble de flaquezas. Limitaba estrecha y rigurosamente su tarea a dar un puro "saber", y no trataba de enseñar lo que era "poder".

Se daba todavía mucho menos valor a la formación del carácter del individuo —en la medida en que es posible formarlo—; muy poco al desarrollo del gusto por las responsabilidades, y nada a la educación de la voluntad y de la fuerza de decisión. Los frutos de este método fueron los eruditos que pasamos por ser nosotros los alemanes, y que éramos igualmente estimados en esta calidad. Se quería al alemán, se le encontraba muy utilizable; pero se le estimaba poco, justamente a causa de la debilidad de su carácter. No hay, pues, nada de sorprendente en que, más que los representantes de la mayoría de los otros pueblos, el alemán perdiese su nacionalidad y su patria...

La educación y la instrucción deben renegar de toda una serie de faltas que no se trata mucho de corregir hoy día.(4) Ante todo, es preciso que la educación actual se haga un compromiso entre la enseñanza intelectual y el desarrollo del cuerpo. Lo que hoy lleva el nombre de *Liceo* es un desafío a su modelo antiguo. En nuestra educación, poco a poco hemos olvidado completamente que una mente sana no puede vivir sino en un cuerpo sano.

Dejando aparte algunas excepciones, considerando sobre todo la gran masa del pueblo, es como esta fórmula adquiere su entero valor.

Primera consecuencia: la inteligencia pierde su vigor

En la Alemania de preguerra, hubo una época en que todos habían olvidado completamente esta verdad Se limitaban a acusar al cuerpo de todos los pecados, y pensaban que dar al espíritu una instrucción unilateral

era una garantía segura para la nación. Era éste un error que debió expiarse más pronto de lo que se pensaba. No fue por casualidad cómo la ola bolchevique encontró un terreno más propicio que en cualquier otra parte, en una población debilitada por el hambre o por un largo período de subalimentación: en el centro de Alemania, en Sajonia o en la cuenca del Ruhr. En todos estos territorios, lo que se llama la inteligencia ya casi no ofrece resistencia seria a esa enfermedad de judíos, y esto por la sola razón de que la inteligencia misma es completamente depravada menos por la angustia material que por la educación. La formación intelectual de nuestras clases superiores las hace incapaces —en una época en que la decisión no pertenece al espíritu sino al puño— de mantenerse y menos aún de progresar. A menudo, es en las enfermedades del cuerpo donde hay que buscar la causa primera de la cobardía individual.

Segunda consecuencia: el joven no resiste a la corrupción moral

Pero la exageración de una enseñanza puramente intelectual y el abandono de la educación física provocan, en individuos demasiado jóvenes, manifestaciones sexuales. El joven que el deporte y la gimnasia han hecho tan duro como el hierro, experimenta menos que el individuo sedentario, nutrido estrictamente de alimento intelectual, la necesidad de satisfacciones sexuales. Una educación razonable debe considerar esta diferencia; no debe olvidar que las satisfacciones que un joven sano esperará de la mujer no se parecerá a las que esperará un joven enfermizo y prematuramente corrompido. Toda la educación debe, pues, tratar de emplear todos los momentos de libertad del joven en fortalecer su cuerpo de la manera más útil.

Durante sus años de juventud, no tiene derecho a holgazanear, a infestar con su presencia las calles y los cines. Terminada su jornada de trabajo debe cimentar su cuerpo de adolescente, endurecerlo a fin de que la vida, un día u otro, no lo encuentre demasiado debilitado. Los educadores de la juventud tienen la misión de preparar este trabajo, ejecutarlo, dirigirlo. Su papel no se limita a insuflar sabiduría. Deben abandonar la idea de que corresponde a cada uno ocuparse de su propio cuerpo; pues nadie es libre de pecar contra su descendencia y, por ende, contra la raza.

Al mismo tiempo que se educa el cuerpo, hay que sostener la lucha contra el envenenamiento del alma: toda nuestra vida exterior parece tener por morada un invernadero donde florecen las manifestaciones y las

excitaciones sexuales. Considerad, pues, el "menú" que nos ofrecen nuestros cines y diversos establecimientos o teatros: ¿se encuentra allí una alimentación espiritual conveniente, sobre todo para la juventud? No; esto es innegable. En los escaparates, en las columnas de publicidad, se trabaja por los medios más bajos para atraer la atención del público. Quienquiera que ha conservado la facultad de reflexionar, puede fácilmente comprender que tales prácticas deben causar el mayor daño. Esta atmósfera muelle y sensual provoca manifestaciones y excitaciones a una edad que el muchacho todavía no debería comprender. Se puede comprobar —y esto no es halagador— el resultado de este género de educación, en la juventud de hoy.

La educación en el Estado racista: necesidad de un desarrollo armonioso en el niño: el carácter, la inteligencia, la fuerza física

El Estado racista no creerá que su tarea de educador consiste solamente en hacer entrar a fuerza de bomba, la ciencia en los cerebros; tratará de obtener, por medios apropiados, cuerpos profundamente sanos. El cultivo de las facultades intelectuales no vendrá sino en segundo lugar. Y, aun en este dominio, el objeto primordial será la formación del carácter y, en particular el desarrollo de la voluntad y del espíritu de decisión; al mismo tiempo, se habituará a los jóvenes a tomar alegremente la responsabilidad de sus actos. La instrucción misma vendrá sólo en último lugar.

El Estado racista debe tener por principio que un hombre de cultura científica rudimentaria, pero de cuerpo sano, de carácter serio y firme, que ama la decisión y tiene voluntad, es un miembro más útil a la comunidad nacional que un enfermizo provisto de los mayores dones intelectuales.

Una nación de sabios físicamente degenerados, de voluntad débil, y que enseñan un pacifismo cobarde, no podrá jamás conquistar el cielo; hasta será incapaz de asegurar su existencia en este mundo. En el rudo combate establecido por el destino, es raro que el menos sabio sucumba. El vencido será el que no sabe sacar de sus conocimientos una decisión viril, que permanece lamentablemente incapaz de cumplirla.

Por último, es preciso que reine cierta armonía entre lo físico y lo moral. El brillo del espíritu no embellece en absoluto un cuerpo corrompido, y sería hasta injusto dar una cultura intelectual completa a hombres enclenques o baldados cuya falta de energía y de carácter los haría

indecisos y cobardes. Lo que da al ideal de belleza concebido por los griegos su inmortalidad, es la maravillosa alianza de la belleza más magnífica con el brillo del espíritu y la nobleza del alma.

Ejercicios físicos

En un Estado racista, la escuela consagrará un tiempo mucho mayor al ejercicio físico. No es bueno recargar los cerebros jóvenes de conocimientos inútiles. Comprobamos que no conservan sino fragmentos de ellos y, además, que lo que conservan no es lo esencial, sino detalles secundarios e inutilizables. En efecto, un joven es incapaz de hacer una elección inteligente entre las materias de que lo han hartado. Consagrar a la gimnasia, como se hace en nuestros días, dos cortas horas del programa semanal de las escuelas secundarias, y todavía admitir que la asistencia de los alumnos sea facultativa, es cometer un grave error, aunque no se considere más que la formación intelectual. No debería pasar un día sin que el joven hiciera por lo menos durante una hora cada mañana y cada tarde ejercicios variados.

...Ante todo, el muchacho de cuerpo sano debe aprender a soportar los golpes. Naturalmente, este principio parecerá el de un salvaje a nuestros defensores del espíritu. Pero el papel del Estado racista no es, precisamente, hacer la educación de una colonia de estetas pacíficos y degenerados. La imagen que se hace del hombre ideal no es la del honorable pequeño burgués o de la solterona virtuosa; concibe hombres dotados de una energía viril y orgullosa, y mujeres capaces de dar la vida a verdaderos hombres.

La educación física podrá ser, en sus líneas generales, una preparación al servicio militar. El ejército ya no estará obligado entonces a enseñar al joven, como antes, el rudimento de la maniobra; no recibirá reclutas en el sentido actual de la palabra; ya no tendrá sino que transformar en soldado un joven que ha recibido ya una preparación física completa.

En el Estado racista, el ejército no tendrá que enseñar al individuo a marchar o a manejar las armas; desempeñará el papel de una escuela superior de educación patriótica. El joven soldado recibirá en el regimiento la instrucción militar necesaria; pero, al mismo tiempo, se continuará preparándolo para saber desempeñar su papel en la vida. Sin embargo, el objeto principal debe seguir siendo lo que era ya en el antiguo ejército, y lo que constituía el mayor valor de este ejército: hacer del joven un hombre, enseñándole no solamente a obedecer, sino preparándolo para mandar un

día. Aprenderá no sólo a callar cuando recibe una censura justificada sino también a soporta la injusticia en silencio...

El Estado racista dirigirá la educación de las niñas con los mismos principios que la de los muchachos. Aquí también habrá que dar el primer lugar a la educación física; vendrá en seguida la formación del carácter y por fin, en último lugar, el desarrollo intelectual. Jamás debe olvidar que el fin de la educación de la mujer debe ser preparada para el papel de la futura madre.

Aprendizaje de la discreción

Lealtad, abnegación, discreción, son virtudes absolutamente necesarias para un gran pueblo. Desarrollarlas hasta llevarlas a su punto de perfección, gracias a la educación dada en la escuela, es de una importancia mayor que muchas materias que actualmente llenan nuestros programas. Hacer perder a los niños la costumbre de lanzar gemidos lastimeros y aullidos de dolor, es también uno de los puntos de este programa de educación. Cuando los educadores olvidan que crear en el niño, desde su primera juventud, el hábito de soportar silenciosamente sufrimientos e injusticias, ¿cómo extrañarse si más tarde, en los momentos críticos (en el frente, por ejemplo), el servicio de correos sirve únicamente para transmitir lamentaciones y lloriqueos de una y otra parte? Si las escuelas primarias hubiesen amontonado en el cerebro de nuestra juventud un poco menos de ciencia, y en cambio hubieran puesto en ella más dominio de sí mismo, habríamos recibido una amplia recompensa de esto, de 1915 a 1918.

Para cumplir con su deber de educador, el Estado racista debe, pues, conceder la mayor importancia a formar los caracteres al mismo tiempo que los cuerpos.

Mediante una educación de este género, se podrá, si no destruir, al menos atenuar en gran parte numerosos defectos que son hoy los de nuestro pueblo.

Desarrollar el espíritu de decisión

En el ejército, se tenía antaño por principio que siempre vale dar una orden cualquiera que no dar ninguna orden: hay que hacer comprender a los jóvenes que una respuesta cualquiera vale siempre más que la ausencia de respuesta. Hay más vergüenza en temer dar una respuesta falsa que en

equivocarse en la respuesta. Hay que apoyarse en este principio para habituar a los jóvenes a tener el coraje de sus acciones.

Principios para la instrucción

El Estado racista no tendrá que modificar sino ligeramente la instrucción dada por la escuela, instrucción que representa todo lo que el Estado hace actualmente por la educación del pueblo.

Primeramente, no se debe recargar el cerebro de los jóvenes con conocimientos que les son inútiles en la proporción de noventa y cinco por ciento, y que, por consiguiente, olvidan pronto.

Los programas de las escuelas primarias y secundarias son actualmente, en particular, un revoltillo ridículo; casi siempre, la abundancia de las materias enseñadas, es tan grande que el cerebro de los alumnos no puede retener sino pequeñas partes de ellas, y que sólo una escasa porción de esta masa de conocimientos alcanza quizá su objetivo. Y, además, no son suficientes para el que ejerce una profesión determinada y está obligado a ganar su pan. Interrogad, por ejemplo, a un funcionario de tipo corriente, que ha rendido con buen éxito el examen final de un liceo o de una escuela primaria superior, y que tiene ahora treinta y cinco o cuarenta años. Considerad lo que conserva de los conocimientos que la escuela le ha metido penosamente en el cráneo. ¡Qué escaso residuo de lo que antaño le enseñaron!

Cierto es que se nos podrá responder: *«Pero esta masa de conocimientos que le habían hecho adquirir no estaba solamente destinada a dar al alumno una erudición vasta y diversa; también estaba destinada a ejercitar la facultad de asimilar, de pensar, y sobre todo el espíritu de observación»*.

Respuesta justa, en un sentido; pero entonces se corre el peligro de ahogar un cerebro joven bajo una ola de impresiones de las que rara vez se adueña para triarlas y clasificarlas según sus grados de importancia, casi siempre lo esencial será sacrificado a lo accidental y sucumbirá en el olvido. No se logrará, pues, el fin primordial de esa educación maciza. En efecto, este fin no es dar al cerebro la facultad de aprender, atiborrándolo de conocimientos; debe ser, por el contrario, proporcionar a cada uno el tesoro de conocimiento que le sea útil más tarde, y del cual hará aprovechar a la comunidad. Pero esta tentativa está condenada al fracaso cuando la

superabundancia de nociones que se han hecho entrar por la fuerza en un cerebro joven, lo conducen a olvidarlo todo o a olvidar lo esencial.

La enseñanza de la historia

Sobre todo en la enseñanza de la historia es donde hay necesidad de aligerar los programas. La utilidad primera de tal estudio es aprender a distinguir las leyes que rigen el curso de los acontecimientos. Si la enseñanza se limita a esta tarea, se puede esperar que cada alumno aproveche más tarde lo que ha aprendido, y la suma de estos beneficios se inscribirá en el activo de la comunidad. Pues no se enseña la historia para saber lo que fue el pasado; se la enseña para que nos enseñe a conducirnos en el porvenir a fin de asegurar la existencia de nuestro pueblo. El fin es ese, y la historia no es más que un medio de alcanzarlo. Pero en nuestros días, el medio ha llegado, una vez más, a ser un fin, y el fin se ha olvidado completamente. Se llegará quizá a objetar que un estudio profundo de la historia exige que se determine el mayor número posible de fechas, puesto que sólo ellas permiten trazar las grandes líneas. Pero esto es cuestión de los historiadores de profesión. La historia no tiene más razón de ser que dar al individuo la inteligencia de los hechos históricos, a fin de que pueda formarse una opinión sobre las cuestiones políticas que interesan a su nación.

Las humanidades

Hay que ver una de las características de nuestra época materialista en el hecho de que la enseñanza se orienta cada día más exclusivamente hacia las disciplinas utilitarias: matemáticas, física, química, etc. Ciertamente, no se puede negar la utilidad de estos conocimientos en una época en que triunfan la técnica y la química, y en que la vida proporciona, a diario, las pruebas más evidentes de esto. No obstante, podría ser peligroso hacer descansar la vida de una nación únicamente sobre ellas. Por el contrario, es necesario que esta cultura tenga siempre en cuenta un ideal. Debe tener por base las "humanidades", y, desde el punto de vista científico, proporcionar al niño solamente los puntos de partida que más tarde le serán necesarios para una cultura profesional más extensa. Olvidar esto, es negar la importancia de las fuerzas que tendrán siempre, para la existencia de la nación, más importancia que todos los conocimientos técnicos u otros. La enseñanza de la historia, en particular, no debe sacrificar el estudio de la

antigüedad. La historia romana, si se ha sabido desprender exactamente sus grandes líneas, proporcionará siempre la mejor gula para el tiempo presente y para todos los tiempos. Debemos conservar también el ideal griego de civilización en toda su belleza. Las diferencias que separan a los pueblos no deben impedirnos ver la comunidad de raza que los liga, la cual es infinitamente más importante.

Despertar el orgullo nacional

Todo el sistema de educación y toda la cultura deben tener por objeto dar a los niños de nuestro pueblo la convicción de que son absolutamente superiores a los demás pueblos.

La fuerza y la destreza corporales deben hacerles creer nuevamente que el pueblo al que pertenecen es invencible. Lo que antaño condujo al pueblo alemán a la victoria, era la confianza que cada soldado tenía en sí mismo y que todos tenían en sus jefes. *Lo que volverá a levantar al pueblo alemán será la convicción de que nuevamente puede conquistar su libertad. Pero esta convicción no será viviente sino cuando millones de individuos posean una convicción idéntica.*

Para el Estado racista, la enseñanza debe ser también el medio de desarrollar el orgullo nacional. Debe ser ese el punto de partida de la enseñanza de la historia universal y de la historia general de la civilización. Un inventor no deberá parecer grande simplemente porque es inventor; deberá parecer más grande aún porque es el representante de su pueblo. La admiración que despierta toda acción grande debe transformarse en orgullo de pertenecer a la misma raza del dichoso individuo que la realizó. Hay que escoger, entre la multitud de los grandes nombres de la historio alemana, los más grandes, hacerlos particularmente notorios y atraer hacia ellos la atención de la juventud con tanta insistencia, que llegarán a ser las columnas de un inquebrantable orgullo nacional.

A fin de que este sentimiento nacional sea sincero desde un principio, a fin de que no sea una máscara, hay que hundir en la pasta todavía blanda de los cerebros jóvenes este principio de bronce:

El que ama a su pueblo no prueba este amor sino por los sacrificios que está dispuesto a aceptar por él. Un sentimiento nacional que no tuviera otro objeto que el interés, no existe. Un nacionalismo que comprende únicamente ciertas clases sociales, tampoco existe. Gritar ¡hurra! no

prueba nada ni da derecho al título de patriota; es necesario que haya también el deseo noble y ardiente de defender la existencia y la pureza de la raza entera. Nadie puede estar orgulloso de su pueblo sino cuando ninguna de sus clases sociales le causa vergüenza. Pero cuando la mitad de este pueblo está en la miseria, debilitada por las preocupaciones y hasta desmoralizada, ofrece tan triste espectáculo que no se podría estar orgulloso de formar parte de él...

Es preciso unir íntimamente, en los corazones jóvenes, el nacionalismo y el sentimiento de la justicia social. Así nacerá un día un pueblo de ciudadanos unidos y fortalecidos por un común amor y un común orgullo, inquebrantables e invencibles por siempre jamás.

Formación de una ELITE, que tiene por contrapartida la rehabilitación del trabajo manual

El Estado racista no tiene por misión conservar a una clase social la influencia predominante que ha poseído hasta ahora; su tarea es descubrir, entre los miembros de la comunidad, las mejores cabezas, y concederles los empleos y las dignidades.

Su papel no se limita a dar, en la escuela primaria, cierta educación a todos los niños; debe también orientar los talentos hacia el camino que será el suyo. Sobre todo, debe considerar que su misión más alta es abrir las puertas de los establecimientos de instrucción superior del Estado a todos los súbditos bien dotados, de cualquier origen que sean. Por lo demás, es esa una necesidad urgente, pues solamente de esa manera, de una clase que representa la ciencia muerta, saldrán los jefes geniales de la nación.

...Los medios intelectuales son entre nosotros tan cerrados, tan osificados, que han perdido toda unión viviente con las clases inferiores. Esta separación es doblemente desastrosa: primeramente, esos medios permanecen extraños a las ideas y a los sentimientos que agitan a la masa del pueblo. Hace demasiado tiempo que han perdido contacto con ella para poder penetrar todavía en la psicología popular. Ésta les ha llegado a ser completamente extraña. En segundo lugar, esas clases superiores no tienen la suficiente fuerza de voluntad. Pues, en esos ambientes que, a fuerza de cultivar la inteligencia, han tomado el carácter de una casta cerrada, la voluntad es siempre más débil que en la masa del pueblo que ha permanecido ignorante...

Sobre este punto, tómese como ejemplo la Iglesia Católica. El celibato de sus sacerdotes la obliga —puesto que no puede reclutar su clero entre sus propias filas— a nutrirse perpetuamente en el seno de la masa popular. Hay muchos que desconocen la importancia del celibato. A él hay que atribuir el admirable vigor de esta institución tan antigua. Pues, reclutando sin cesar el inmenso ejército de sus sacerdotes en las últimas capas del pueblo, la Iglesia no solamente se mantiene en unión instintiva con las masas populares y su atmósfera sentimental; bebe también en ella la suma de vigor y de energía que se encuentra eternamente a esa profundidad en la masa popular. De ahí toda la sorprendente juventud de este organismo gigante, su habilidad intelectual y su voluntad de acero.

El Estado racista deberá velar por que las clases cultas sean constantemente revivificadas por un aporte de sangre fresca proveniente de las clases inferiores.

Se nos objetará inmediatamente que no se podría pedir al hijo predilecto de un alto funcionario, que se hiciere obrero manual, por ejemplo, porque otro, cuyos padres son también obreros, tenga mayores dotes que el primero. Esta objeción se funda en la opinión que hoy día se tiene del valor del trabajo manual. Por eso, el Estado racista debe tener un principio muy diferente para apreciar la idea de trabajo.

Aunque tuviera que consagrar siglos a su obra de educación, debe destruir esa injusticia que consiste en menospreciar el trabajo manual. Su principio será juzgar al individuo no según su género de trabajo, sino según la calidad de lo que produce.

En una época en que el más estúpido entre los escritores es mejor considerado que el más inteligente de los obreros mecánicos especializados, simplemente porque el primero trabaja con su pluma, este principio podrá parecer escandaloso. Pero esta falsa apreciación no tiene su origen en la naturaleza de las cosas; es producida artificialmente por la educación y no existía antaño.

En realidad, el valor de todo trabajo es doble: es puramente material y es ideal. El valor material depende de la importancia, y de la importancia práctica, de un trabajo con relación a la vida social. Cuanto más útil —directa o indirectamente— sea el producto de un trabajo cualquiera a un gran número de ciudadanos, tanto mayor será su valor material. Esta apreciación se encuentra expresada en el salario material que el individuo recibe por su trabajo.

El valor ideal se opone a este valor puramente material. No depende de la importancia material del producto del trabajo, sino de su necesidad intrínseca. Es cierto que la utilidad material de un invento puede prevalecer sobre la utilidad que presenta la tarea diaria de un obrero. No es menos cierto que los humildes servicios que prestará el obrero a la comunidad, le son igualmente necesarios que los servicios, mucho más ostentosos, prestados por un invento. Desde el punto de vista material, se puede establecer una diferencia entre el valor que el trabajo de los individuos representa para la comunidad y señalar esta diferencia por el salario acordado a cada cual; pero, desde el punto de vista ideal, se debe poner en igualdad los trabajos que cada uno de los trabajadores ejecuta lo mejor que puede, cualquiera que sea su profesión. Este principio es el que se debe seguir para apreciar el valor de un hombre, y no juzgarlo según el salario que recibe.

Se objetará ciertamente que es muy difícil, en general, separar el valor material del valor ideal, y que, si se estima tan poco el trabajo material es a causa de sus salarios mínimos. Se dirá que esta disminución de los salarios disminuye la parte que cada uno obtiene de los beneficios de la civilización. Se dirá también que semejante estado de cosas daña la cultura moral del hombre, cultura completamente separada de su actividad; que ahí se encuentra la razón del temor que inspiran los trabajos materiales. En efecto, más mal retribuidos que los otros, provocan un descenso del grado de cultura del trabajador manual, lo que significa la poca estima en que generalmente se les tiene.

Estas objeciones encierran mucha verdad. Por eso, en el futuro, se deberá evitar diferencias demasiado sensibles entre los salarios. No hay que creer que se disminuirá con esto el rendimiento del trabajo. Una época daría uno de los más tristes signos de decadencia si salarios más elevados fueran la única razón capaz de determinar a los hombres a desarrollar sus facultades intelectuales. Si tales doctrinas hubiesen reinado basta ahora en este mundo, la humanidad no habría recibido jamás los dones inestimables que debe a la ciencia y a la civilización. Pues los más grandes inventos, los más grandes descubrimientos, los trabajos que más profundamente han transformado la ciencia, los monumentos más magníficos de la civilización humana, no habrían sido dados al mundo si sólo se hubiesen perseguido los bienes materiales. Muy por el contrario, lo que les ha dado nacimiento es a

menudo el hecho de que sus autores habían renunciado a la felicidad material que procura la riqueza.

Es posible que el oro sea hoy el único amo de la vida; sin embargo, llegará un día en que el hombre rendirá homenaje a dioses más nobles. Muchas cosas pueden, en nuestros días, deber su existencia a la sed de riquezas. Pero, entre éstas, hay muy pocas cuya ausencia empobrecería a la humanidad.

Así, nuestro movimiento tiene también el deber de anunciar desde ahora la venida de un tiempo en que el hombre recibirá lo que necesita para vivir; y debemos, al mismo tiempo, mantener el principio de que el hombre no vive únicamente para goces materiales. Este principio se expresará un día en un sabio escalonamiento de los salarios, que permitirá, en todo caso, al más modesto de los honrados trabajadores, llevar la vida honrada y digna que debe vivir en calidad de miembro de la comunidad popular y como hombre.

El ejército, escuela irreemplazable

El ejército era (antes de la guerra de 1914) la escuela más poderosa de la nación alemana, y no sin razón el odio de todos los enemigos se ha dirigido precisamente hacia este guardián de la nación y de su libertad.

El monumento más magnífico que se le pueda consagrar, es comprobar que fue calumniado, odiado, combatido, pero también temido por toda la gente inferior. El hecho de que, en Versalles, los ladrones internacionales dirigieran su cólera primeramente contra el viejo ejército alemán, lo designa más que seguramente como el refugio de la libertad de nuestro pueblo, opuesto al poder del dinero.

Sin esta fuerza que vela por nosotros, el tratado de Versalles, en la totalidad de su espíritu, se habría cumplido hace tiempo contra nuestro pueblo. La deuda del pueblo alemán para con su ejército puede resumirse en una sola palabra: *todo*.

El ejército inculcaba el sentido de la responsabilidad sin reserva, en un tiempo en que esa virtud se había hecho ya muy rara, y en que su olvido estaba cada vez más a la orden del día, y sobre todo cuando se trataba del Parlamento, modelo de la total ausencia de responsabilidad. El ejército hacía nacer el valor personal en un tiempo en que la cobardía amenazaba convertirse en una enfermedad contagiosa, y en que sacrificarse por el bien de todos comenzaba ya a ser considerado como una estupidez; en que sólo

parecía inteligente el que mejor sabía conservar y hacer próspero su propio "yo". Esta escuela enseñaba todavía a cada alemán a no buscar la salvación de la nación en frases engañosas que invitaban a una fraternización internacional a los negros, alemanes, chinos, franceses, ingleses, etc., sino a buscarla en la fuerza y en el espíritu de decisión del pueblo mismo.

El ejército preparaba a la fuerza y a la decisión, cuando, en la vida corriente, la indecisión y la duda comenzaban ya a influir en las acciones de los hombres. Era la época en que los "ladinos" eran considerados: ¡qué admirable victoria hacer prevalecer el principio da que una orden vale siempre más que la ausencia de orden!

Este solo principio era una prueba de salud todavía intacto y vigorosa, como no se habría encontrado, huella de otra, desde mucho tiempo, en nuestra vida cotidiana, si el ejército y la educación que éste daba no hubiesen renovado siempre y con constancia esa fuerza inicial.

El ejército había preparado al idealismo y a la abnegación a la patria y a su grandeza, mientras que, en la vida corriente, se difundían la codicia y el materialismo. Constituía un pueblo unido contra la separación de las clases, y, desde este punto de vista, no presentaba quizá más que un punto débil: la institución del alistamiento de un año. Punto débil porque, de este modo, el principio de la igualdad absoluta no era respetado y porque el hombre más instruido se encontraba nuevamente distinguido y separado de los que lo rodeaban, cuando lo contrario hubiera sido mejor.

Pero el más grande homenaje que se debe rendir el ejército del antiguo imperio, es, en una época en que todo el mundo estaba sometido a la mayoría, haber mantenido, en oposición al principio judío de la adoración ciega del número, el principio de la fe en la personalidad. En efecto, el ejército formaba lo que más necesita nuestra época: hombres.

CAPÍTULO CUARTO

LA ECONOMÍA

Hacer pasar al primer plano el punto de vista económico es ir a la ruina de la nación: ejemplo de la Alemania de preguerra

El extraordinario crecimiento de la población alemana de preguerra había puesto la cuestión del pan cotidiano en el primer plano de toda preocupación y de toda acción política y económica, y siempre de una manera más y más aguda. Desgraciadamente, no se supo decidirse a escoger la única solución que era buena; se creyó poder llegar al fin por medios menos costosos. Renunciar a conquistar nuevos territorios y, en cambio, soñar con una conquista del mundo por lo económico, debía conducir, en último término, a una industrialización tan desmesurada como peligrosa.

La primera consecuencia —¡y cuán importante!—, de esta política fue el debilitamiento de la clase campesina. En relación directa con este retroceso, el proletariado de las ciudades crecía de día en día, hasta que el equilibrio se rompió definitivamente. Desde entonces, hízose también una separación brutal entre los ricos y los pobres. Lo superfluo y la miseria vivieron lado a lado, de modo que las consecuencias de este estado de cosas no podían ni debían ser sino muy tristes. La miseria y la desocupación comenzaron a burlarse de los hombres, no dejando sino irritación y amargura. El resultado no podía ser más que la ruptura política entre las clases.

A pesar de la prosperidad económica, el desaliento se hizo más profundo y más grande, y llegó a tal grado que cada cual se convenció de que "eso no podía durar más tiempo", sin que la gente se imaginara exactamente lo que podría haber sucedido, lo que harían o lo que podrían hacer...

Como la vida económica subía de día en día al rango de señora y de regularizadora del Estado, el dinero llegó a ser el dios a quien todo debía obedecer ante quien todo debía inclinarse...

El reinado del dinero fue desgraciadamente consagrado por la autoridad misma que debía haber sido la primera en obstaculizarle el camino: Su Majestad el Emperador tuvo un gesto desdichado cuando atrajo a la finanza bajo el estandarte de la nobleza.

...Así, las virtudes elevadas cedían, en realidad, el paso a la potencia del dinero, pues, una vez en este camino, la nobleza cedería evidentemente el paso a la nobleza financiera. Las operaciones financieras son más fáciles de ganar que las batallas.

En estas condiciones, no era comprometedor para un héroe verdadero encontrarse en relaciones con cualquiera de los judíos de la Banca. Un hombre de mérito no tenía el menor interés en verse otorgar condecoraciones baratas, y no podía menos de rehusar, dando las gracias. Pero desde el punto de vista de la sangre, esta evolución era lamentable. La nobleza perdió cada vez más su función "racista", y más bien habría merecido, por un gran número de sus miembros, la denominación de no nobleza.

La disolución económica se manifestó (en éste un fenómeno importante) por el lento desinterés por los derechos de propiedad personal y por la evasión progresiva de la economía hacia la propiedad de las sociedades por acciones.

La enajenación de la propiedad, con relación al asalariado, alcanzó proporciones gigantescas. La Bolsa comenzó a triunfar y, lenta pero seguramente, tomó la vida de la nación bajo su protección y su control.

El capital alemán había comenzado ya a internacionalizarse de una manera indirecta, por el uso de las acciones. Una parte de la industria alemana en verdad, trataba todavía decididamente de librarse de este destino, pero terminó por sucumbir bajo el ataque combinado de esa clase especial de capitalismo invasor y de su socio más fiel, el movimiento marxista...

La economía no es sino uno de los numerosos medios por los cuales el Estado asegura el mantenimiento y el desarrollo de la raza: predominio de las virtudes heroicas

El Estado no tiene nada que ver con una concepción económica determinada. El Estado no es una reunión de partes contratantes económicas en un territorio preciso y delimitado, proponiéndose ejecutar trabajos económicos: es la organización de una comunidad de seres vivientes,

semejantes entre sí física y moralmente, constituida para asegurar su posteridad y alcanzar el objetivo asignado a su raza por la Providencia. He ahí el único objeto, he ahí el sentido de un Estado. La economía es sólo uno de los múltiples medios indispensables para realizar esta tarea. Nunca es, para un Estado, ni una causa, ni un objeto; excepto cuando este último está fundado *a priori* sobre una base falsa, falsa porque es antinatural. Se puede explicar así el hecho de que el Estado, en tanto que Estado no es necesariamente delimitado por fronteras territoriales. Esa no es una necesidad sino únicamente para los pueblos que quieren asegurar por sus propios medios la existencia de sus compañeros de raza, es decir, para los que quieren sostener la lucha por la existencia con su propio trabajo. Los pueblos que saben deslizarse como parásitos en la humanidad y saben hacer trabajar a los demás para ellos bajo diversos pretextos, pueden formar Estados sin que ningún territorio determinado les pertenezca. Este es, sobre todo, el caso del pueblo que, por su parasitismo, agobia a toda la humanidad: el pueblo judío. El Estado judío nunca ha sido delimitado en el espacio aunque está disperso en el universo sin conocer límites, comprende, sin embargo, exclusivamente a los miembros de una misma raza. He ahí por qué este pueblo ha constituido en todas partes un Estado dentro del Estado. Hay que confesar que una de las supercherías mejor logradas es haber hecho bogar este Estado bajo el pabellón de la religión, y haberle procurado así la tolerancia que el ario concede siempre gustosamente a la creencia religiosa. En realidad, la religión de Moisés no es más que una doctrina de conservación de la raza judía. He ahí por qué comprende también todo el dominio de las ciencias sociales, políticas y económicas que tienen alguna relación con ésta.

El instinto de conservación de la especie es el origen de la formación de comunidades humanas. El Estado es, pues, un organismo racial, no una organización económica. Esta diferencia es tan profunda como poco comprensible, sobre todo para los pseudoestadistas actuales. Creen que se puede construir el Estado por medios económicos, cuando en realidad, es siempre la resultante de las fuerzas cualitativas que mantienen la especie y la raza en la vía que le indica el instinto de la conservación. Estas cualidades de que hablamos son virtudes heroicas y no un egoísmo mercantil; pues, para conservar la existencia de una especie, es preciso, ante todo,estar dispuesto a sacrificar al individuo. Este es también el sentido de los versos de Schiller:

Si no arriesgáis hasta vuestra vida,

no, nunca ganaréis vuestra vida.

Es necesario sacrificar la existencia individual para asegurar la conservación de la raza. Para formar y mantener un Estado, hay, pues, una condición primordial; es que exista un sentimiento de solidaridad que descanse en una identidad de carácter y de raza, y que todos se muestren resueltos a defenderlo por todos los medios. En los pueblos que poseen su propio territorio, se llega así a adquirir virtudes heroicas; y en los parásitos, a una hipocresía embustera y a una pérfida crueldad —a menos que se diga que estas características son innatas y que la diferencia de formas políticas no es sino la prueba de ello—. Pero, al menos al principio, la fundación de un Estado debe resultar siempre de una manifestación en la lucha por la vida, en la que llegan a ser esclavos y se condenan así a desaparecer tarde o temprano los que manifiestan menos virtudes heroicas en esta lucha, o que son víctimas de la astucia y de la perfidia de los parásitos. Aun en este último caso, generalmente se trata menos de una falta de inteligencia que de una falta de resolución y de coraje, disimulada bajo una apariencia de sentimiento humano.

Si la fuerza interior de un Estado no coincide sino muy rara vez con un pretendido "florecimiento económico", esto muestra claramente cuán poco ligadas a la economía están las cualidades que permiten construir y conservar los Estados.

El florecimiento económico, como nos lo demuestran muchos ejemplos, parece anunciar más bien la próxima decadencia de un Estado. Si la formación de las comunidades humanas se explicara, ante todo, por la acción de las fuerzas y de los móviles económicos, el desarrollo económico máximo debería entonces significar el *máximum* de poder del Estado, y no lo inverso.

Creer en la fuerza económica para fundar o conservar un Estado, parece especialmente absurdo en un país en que cada página de la historia

demuestra claramente lo contrario: Prusia nos prueba con una extraordinaria precisión que no son las cualidades materiales, sino solamente las virtudes morales las que proporcionan los medios de fundar un Estado. Bajo su protección comienza la economía a prosperar hasta el momento en que se derrumba al mismo tiempo que las capacidades creadoras del Estado. Podernos observar hoy este desarrollo de una manera bien angustiosa. A la sombra de las virtudes heroicas es como siempre los intereses materiales de los hombres han sido más florecientes; pero, cuando éstos quieren ocupar el primer lugar, ellos mismos arruinan las condiciones de su propia existencia. Todas las veces que el poder político de Alemania conoció un período de ascensión, su nivel económico también subió; pero, todas las veces que la economía sola ocupó la vida de nuestro pueblo, y dejó perecer las virtudes idealistas, el Estado se derrumbó y arrastró rápidamente a la economía en su ruina.

Preguntémonos cuáles son, pues, en el fondo, esas fuerzas que crean y qué conservan los Estados. Se puede agruparlas bajo este mismo título: el espíritu y la voluntad de sacrificio del individuo en favor de la comunidad. Que estas virtudes no tengan nada que ver con la economía, se comprueba por el simple hecho de que el hombre no se sacrifica jamás por ella: nadie muere por un negocio, sino por un ideal. Nadie demuestra mejor cuán superior, psicológicamente, es el inglés para comprender el alma del pueblo, que la razón que ha sabido dar de su entrada en la guerra: mientras que nosotros nos batíamos por nuestro pan, Inglaterra se batía por la "libertad", ni siquiera por la suya, sino por la de las naciones pequeñas. Entre nosotros, se han reído de esta audacia, o se han irritado. La diplomacia alemana mostraba así hasta qué punto era estúpida y limitada en sus miras, antes de la guerra. No se tenía la menor idea de lo que esa fuerza que puede hacer marchar libremente a la muerte a hombres conscientes y resueltos. Mientras la nación alemana creyó, en 1914, combatir por un ideal, luchó; cuando se le pidió batirse por el pan cotidiano, prefirió abandonar la partida.

Nuestros estadistas, tan inteligentes, quedaron extrañados de este cambio de actitud. Nunca comprendieron que el hombre, en cuanto lucha por un interés económico, pone todo su empeño en evitar la muerte, pues ella lo privaría para siempre del fruto de la victoria. La madre más débil se convierte en una heroína para salvar a su hijo; y, en el transcurso de las edades, sólo la lucha por conservar la raza y el hogar, o el Estado que los defiende, supo arrojar a los hombres ante las lanzas enemigas.

He aquí la fórmula que se puede afirmar como una verdad eterna: nunca un Estado fue fundado por una economía pacífica, siempre lo fue por el instinto de conservación de la raza; éste se expresaba en el dominio del heroísmo o en el de la astucia y de la intriga: se tenía entonces, en un caso, Estados arios de trabajo y de cultura; en el otro, colonias parasitarias judías. En cuanto, en un pueblo, la economía comienza a ahogar este instinto, llega a ser la causa del servilismo y de la opresión.

Antes de la guerra, se creía que era posible para el pueblo alemán acaparar los mercados mundiales, y hasta conquistar pacíficamente el mundo por medio de una política comercial y colonial; ése es el síntoma clásico de la pérdida de todas las virtudes verdaderas que forman y conservan el Estado, y de todas las que de ellas proceden: el discernimiento, la fuerza de voluntad, la decisión en la acción. Estaba inscrito en las leyes naturales que la guerra mundial, con todas sus consecuencias, sería el resultado de eso.

Para un espíritu superficial, esa actitud casi general de la nación alemana debió parecer un insondable enigma; pues, precisamente, Alemania era el ejemplo más extraordinario de un imperio construido sobre las bases de una pura política de poder. Prusia, célula generatriz del *Reich*, nació de un heroísmo radiante y no de operaciones financieras o de negocios comerciales; el *Reich* mismo ha sido la más significativa de las recompensas de una política orientada hacia el poder y del coraje de sus soldados.

El papel del capital

Aunque la atención que yo prestaba al problema económico era poco profunda, se limitó más o menos al examen de las cuestiones sociales. Solamente más tarde, mi horizonte se ensanchó cuando estudié la política alemana con respecto a sus aliados. Esta política era, en gran parte, el resultado de una falsa apreciación de la vida económica, y demostraba muy poca claridad en su manera de prever la alimentación del pueblo alemán en el futuro. Mi idea primordial era que, en todos los casos, el capital era únicamente el fruto del trabajo y, por consiguiente, podía, corno este último, ser modificado por los factores que habitualmente favorecen u obstaculizan la actividad humana. Luego, la importancia nacional del capital provenía de que dependía de la grandeza, de la libertad y del poder del Estado, es decir, de la nación y esta dependencia era tan exclusiva que sólo debía conducir al

capital a favorecer el Estado y la nación, por simple instinto de conservación o por deseo de acrecentarse. Esta orientación favorable del capital con respecto a la libertad y la independencia del Estado, debía impulsarlo, por su parte, a intervenir en favor de la libertad, poder, fuerza, etc... de la nación.

En estas condiciones, el deber del Estado con respecto al capital parecía bastante claro: debía simplemente velar por que este último continuara al servicio del Estado, y no se imaginara ser el amo de la nación. Esta posición podía, pues, ser mantenida entre los dos límites siguientes: por una parte, sostener una economía nacional capaz, de vida y de independencia; por otra parte, garantizar los derechos sociales del trabajador.

El capital de especulación, destructor de una economía sana

Antes, no sabía yo distinguir con la claridad deseable, entre ese capital propiamente dicho, último fruto del trabajo productor, y el capital cuya existencia y naturaleza tienen por base únicamente la especulación. Más tarde (gracias a Gottfried Feder, profesor de un curso de "formación moral y cívica" destinado a los soldados, que seguí en Munich, en 1919) pude hacerlo. Por primera vez en mi vida comprendí la diferencia fundamental con el capital internacional de bolsa y de préstamo...

Para mí, el mérito de Feder residía en que precisaba, con una brutalidad decisiva, el doble carácter del capital: especulativo y ligado a la economía popular, y en que denudaba su condición eterna: *el interés*.

Cuando asistí al primer curso de Gottfried Feder sobre "la repudiación de la servidumbre del interés del capital", comprendí inmediatamente que estaba en presencia de una verdad teórica de una inmensa importancia para el porvenir del pueblo alemán. Separando completamente el capital de bolsa de la economía nacional, veía la posibilidad de entrar en lucha contra la internacionalización de la economía alemana, sin amenazar, sin embargo —al combatir contra el capital—, los fundamentos de una economía nacional independiente. Era yo lo bastante clarividente, con respecto al desarrollo de Alemania, para saber que la lucha más difícil debería ser dirigida, no contra los pueblos enemigos, sino contra el capital internacional.

Hoy, los astutos de nuestra política burguesa no se burlan ya de nosotros; hoy ellos también ven —a menos que sean embusteros voluntarios— que el capital internacional no solamente es el que más ha

excitado a la guerra, sino que, actualmente, terminada la lucha, hace de la paz un infierno. La lucha contra la finanza internacional y el capital de préstamo ha llegado a ser lo principal de la lucha de la nación alemana por su independencia y su libertad económica.

El Tercer *Reich* y su lucha por la Independencia económica del Alemania: La economía dirigida no es un dogma, sino una necesidad

Esforzándonos por poner término a la crisis económica alemana, siempre nos hemos dejado guiar por un dogma, a saber: que la economía es una de las numerosas funciones de la vida nacional, y que no puede ser organizada y dirigida sino inspirándose en consideraciones prácticamente racionales, y no en puntos de vista dogmáticos.

No hay dogma de una economía socializada; tampoco hay dogma de una economía libre. No existe más que una economía de imperativo categórico, es decir, una economía que, en su conjunto, tiene por misión procurar a un pueblo las mejores condiciones de vida. Tanto mejor si puede hacer frente a esta tarea sin necesitar ser dirigida desde arriba, y por el libre juego de las fuerzas, situación muy agradable, sobre todo para el gobierno. No obstante, si, en un dominio cualquiera, no está ya en condiciones de realizar como economía libre la tarea que le incumbe, la dirección de la comunidad nacional tiene el deber de dar a la economía las instrucciones necesarias, en el interés de la conservación del conjunto. Si, en uno u otro dominio, la economía se mostrase totalmente incapaz de realizar por sí misma las grandes tareas que se le han asignado, entonces la dirección de la comunidad nacional deberá buscar otras vías y otros medios para satisfacer las exigencias de la colectividad. Hay una cosa muy cierta, y es que, aquí como en todas partes, para toda voluntad, hay un medio de realizarse. Pues bien, la voluntad del Estado nacionalsocialista de asegurar a la nación las bases económicas necesarias, ha encontrado su más clara expresión en la decisión de hacer a la nación, en un corto lapso, independiente del arbitrio del extranjero y de la incertidumbre económica, y esto, en una serie de dominios de muy primordial importancia.

Dificultades económicas de Alemania

Sin embargo, sería muy sencillo para los estadistas de ciertos países, que se complacen en ataques tan, odiosos como superficiales, resolver los

problemas económicos que se presentan en sus países, si se le compara con las dificultades con que se encuentra Alemania. ¿Hay necesidad de hablar de pobreza, por ejemplo. cuando se posee, por habitante, quince o veinte veces tanto suelo como en Alemania? ¿Se puede hablar de dificultades cuando, en la extensión de su soberanía monetaria, se dispone de todas las materias primas de la tierra?

Los problemas del mantenimiento de nuestra economía nacional son infinitamente difíciles de resolver.(5)

1º Es imposible, para los 136 habitantes que Alemania posee por kilómetro cuadrado, aun al precio de los mayores esfuerzos, y utilizando, con todo el genio que es dable imaginar el espacio vital disponible, proveer a su entera subsistencia material por los solos medios del país.

Lo que el campesino alemán ha realizado precisamente en el curso de estos últimos años, es una cosa única. Lo que el Estado nacionalsocialista ha realizado para poner el último erial y el último pantano de Alemania en condiciones de producir, no podría ser sobrepasado.

Sin embargo, a pesar de todo, habrá siempre una laguna en algunos compartimentos de nuestra alimentación. Es tanto más difícil cubrir este déficit por la importación cuanto que, desgraciadamente, en Alemania estamos desprovistos de toda una serie de materias primas más importantes.

2º Por eso, la economía está obligada a procurarse los productos y materias primas que le faltan, mediante una exportación industrial que debe efectuarse cueste lo que cueste, porque, especialmente para los productos alimenticios, se trata de una importación ineludible.

Es lamentable que el resto del mundo, que trata estos problemas de una manera tan frívola como inútilmente odiosa, no comprenda la naturaleza ni la importancia de estas tareas. Por la compra de toda unidad de valor de grasa, Alemania debe, en efecto, proporcionar una pluralidad de exportación. Y como en materia de alimentación no se trata —como desgraciadamente parecen creerlo muchos hombres de Estado extranjeros— de intenciones maliciosas, sino de problemas vitales, esta exportación —condición de ese género de importación— debe efectuarse sea como fuere.

Por eso, es dar prueba de una falta de inteligencia verdaderamente lamentable, el reprochar su exportación a bajo precio a un pueblo que careciendo de un dominio económico propio que le permita vivir, tiene absoluta necesidad de exportar a fin de poder introducir, en retomo, los productos alimenticios de que está desprovisto.

De modo que, cuando un político inglés declara que Alemania no necesita colonias, puesto que su falta no le impide comprar las materias primas que necesita, la fórmula de este *gentleman* es más o menos tan espiritual corno la pregunta de esa conocida princesa de la Casa de Borbón, que, en presencia del pueblo sublevado, pidiendo pan a grandes gritos preguntaba por qué la gente no quería comer pasteles.

Relación de los salarios y la producción

La economía y el capital no son fenómenos autónomos, que dependan solamente de las leyes que les son propias; son dominados por el pueblo, único y solo codificador de las leyes de la vida.

El pueblo no es hecho por la economía; por el contrario, la economía es hecha por el pueblo. Pueblo y economía no son esclavos del capital, cuyo papel es el de un auxiliar económico y que, por consiguiente, permanece subordinado a las necesidades superiores del mantenimiento de la existencia de un pueblo.

¿En qué situación estaría Alemania si no hubiésemos impuesto poco a poco estos principios, y si nuestra acción económica no los hubiese puesto en aplicación? Comparado con muchos otros pueblos, el pueblo alemán es actualmente muy pobre en lo que concierne a las "grandes fortunas". Sin embargo, su nivel de existencia es, en término medio, relativamente elevado. Pues bien, el objeto de la política económica alemana es elevar el nivel de vida de la masa del pueblo. Desgraciadamente, en la situación actual, este mejoramiento no puede efectuarse en todos los dominios, sino solamente en ciertas direcciones.

En efecto, otro principio de nuestra política económica nacionalsocialista, es que el punto decisivo no es el salario ni el nivel de los salarios, sino la producción y, por consiguiente, la parte que corresponde a cada individuo participante en este proceso económico.

Los que dirigen la economía nacionalsocialista han debido quizá renunciar a muchas frases, a muchas acciones que habrían sido populares; pero, en cambio, han preservado al pueblo alemán de decepciones.

La dirección del Estado y de los asuntos económicos podrían haber elevado naturalmente el nivel de los salarios en 20, 40 y 50 %. Pero aumentar los salarios, sin aumentar la producción, es ilusionarse a sí mismo, y el pueblo alemán ya ha experimentado los efectos de semejante ilusión. La doctrina económica del nacionalsocialismo afirma que es una

locura querer aumentar los salarios disminuyendo, si es posible, la duración del trabajo, es decir, reduciendo la producción. En efecto, el monto global de los salarios del pueblo se distribuye sobre el conjunto de la producción que puede ser consumida.

Por consiguiente, si el monto global de los salarios aumenta en 15% y si la producción baja en 15%, el aumento de los salarios no solamente quedará sin efecto sobre la renta de cada individuo, sino que, por el contrario, llevará a una completa desvalorización del dinero, causada por el decrecimiento de la producción.

Vemos la causa ínfima de un desarrollo inflacionista en una desproporción creciente entre el monto global de los salarios —que aumenta— y la producción total que disminuye. El principio inquebrantable del gobierno nacionalsocialista fue, pues, no soportar ningún aumento del salario pagado por hora de trabajo, sino aumentar la renta general, aumentando sus resultados, es decir, la producción.

Si la economía nacional paga, actualmente en Alemania 15 mil millones en salarios y sueldos más que en 1935, esto se debe solamente al hecho de que la producción total ha aumentado en igual proporción. Sólo este método garantiza que, aumentando los salarios, los precios permanecen iguales, pues el aumento de los salarios no representa, en este caso, una mayor remuneración del trabajo, sino el contravalor de una mayor suma de trabajo.

La economía nacional debe tender a libertar a Alemania del extranjero

Dentro de cuatro años, Alemania será completamente independiente del extranjero, en todas esas materias que el ingenio alemán, nuestra química, nuestra industria de máquinas y nuestra industria minera, puedan crear.

La nueva organización de esta gran industria de las materias primas ocupará útilmente, desde el punto de vista de la economía nacional, a esas masas de trabajadores que queden disponibles una vez terminado nuestro rearme. De este modo, esperamos aumentar nuevamente la producción nacional en muchos dominios, y esto en el circuito interior de nuestra economía, a fin de reservar en primer lugar las exportaciones para el abastecimiento en productos alimenticios así como en esas materias primas que todavía nos falten.

Acabo de decretar las medidas necesarias para poner en ejecución este plan económico, el más vasto de Alemania. Se pasará a su aplicación con toda la energía que caracteriza al nacionalsocialismo. Independientemente de esta cuestión, Alemania no puede, sin embargo, renunciar a resolver el problema planteado por sus exigencias coloniales. El derecho de vivir del pueblo alemán es tan legítimo como el de las demás naciones.

Sé que este nuevo programa representa una tarea inmensa; pero, en muchos dominios, el problema está ya resuelto científicamente. Los métodos de producción van a ser puestos a prueba y, en parte, están ya establecidos y determinados. La realización de este programa no exigirá pues, sino un esfuerzo de energía de nuestra parte. Como nacionalsocialistas, nunca hemos conocido la palabra "imposible", y no queremos, en el futuro, enriquecer con ella nuestro vocabulario. Dentro de cuatro años, daremos nuevamente cuenta a la nación de los resultados de este gigantesco trabajo realizado para asegurar su alimentación y, por consiguiente, su existencia y su independencia.

Tal vez no tardaremos en oír a los demócratas occidentales quejarse de que ya no dejamos a la economía la libertad de operar como ella la entiende, y que la hemos obligado a entrar en el marco de nuestros planes de Estado.

Pero vosotros, mis compatriotas, comprenderéis que no se trata de democracia o de libertad, sino de una simple cuestión de existencia. No se trata de la libertad o de los beneficios de algunos industriales, sino de la libertad y la vida misma de la nación alemana. El que no cree poder existir dentro del marco formado por los intereses y la libertad de esta existencia no tiene ningún derecho a vivir en nuestra comunidad.

La posteridad no nos preguntará si, en esta época crítica y amenazante, hemos mantenido la libertad democrática, lo que significa el desorden, sino si hemos logrado salvar a un gran pueblo de la ruina política y económica. Por lo demás, millones de honrados trabajadores, en las ciudades y en los campos, están con nosotros. Tienen confianza en nosotros, y de nosotros esperan las justas medidas que aseguren su existencia. ¡Cuán ridículas y faltas de importancia son, frente a estos hechos, las charlatanerías de algunos demócratas rebeldes a toda comprensión, o de los periodistas judíos!

CAPÍTULO QUINTO

LA VIDA SOCIAL

Los sindicatos son indispensables en un Estado en que la clase obrera no está protegida contra la codicia de los empleadores

¡Qué estúpida inexactitud es afirmar que el movimiento sindical es, por naturaleza, destructor de la idea de patria! Muy por el contrario, si la actividad sindical tiene por objeto elevar el nivel social de una clase que es uno de los pilares de la nación, lejos de obrar contra la patria y contra el Estado, su acción es nacional en el mejor sentido del término.

Contribuyendo a crear las condiciones sociales fuera de las cuales no se podría pensar en una educación común, la actividad sindical sirve a la patria; asimismo cuando ataca las condiciones físicas y morales de la miseria del pueblo, cuando lo cura de sus plagas sociales y lo vuelve a la salud. Es, pues, superfluo preguntarse si la actividad sindical es indispensable.

Mientras haya empleadores desprovistos de comprensión social o del sentimiento del derecho y de la justicia, sus empleados, que forman parte de nuestro pueblo tendrán el derecho y el deber de defender los intereses de la comunidad contra la avidez irrazonable de uno solo. Pues, salvaguardar la fidelidad y la confianza en el pueblo, o velar por salvar su salud, es obrar en interés de la nación.

Si indignos empresarios se sienten extraños a la comunidad nacional y amenazan la salud física y moral de una clase, su avidez o su despreocupación tienen una acción deplorable sobre el porvenir del país. Los que salvan al país de tal peligro, ciertamente han servido a su patria.

¿Es o no de interés nacional destruir todo lo que quiere obstaculizar la vida social? Si lo es, hay que combatir con las armas que aseguran el triunfo. Pues bien, un obrero aislado nunca es capaz de poner obstáculo al poder de un gran empleador.

...Cuando algunos hombres son tratados indignamente o en desprecio de las leyes sociales, lo que, necesariamente, los conduce a la resistencia, mientras no se haya instituido leyes y jueces para poner término a las injusticias, sólo la fuerza decidirá de los conflictos. Pero es evidente que una multitud de empleados deben agruparse y darse como representante un individuo determinado para tener alguna probabilidad de triunfar al individuo que tiene, él solo, el poder de la empresa.

La organización sindical puede, pues, introducir en la vida corriente un aumento de sentido social con todas sus consecuencias prácticas. En efecto, puede resolver las cuestiones muy delicadas que provocan descontentos y quejas, siempre iguales. Si no es así, hay que atribuir en gran parte su responsabilidad a los que obstruyen el camino a las leyes de reforma social o que las hacen ineficaces gracias a su influencia política.

Y cuanto más la burguesía política ignoraba o quería ignorar la importancia de la organización sindical, cuanto más insistía en su resistencia, tanto más la Social-Democracia tomaba en sus manos el movimiento. Previsora, hizo de él una sólida plataforma que muchas veces la sostuvo en los momentos críticos. Sin embargo, el verdadero objeto del movimiento sindicalista desapareció poco a poco, para dar lugar a nuevos objetivos. La Social-Democracia no se dedicó jamás a conservar el programa inicial del movimiento corporativo que ella había absorbido. Hasta se puede afirmar que ésta fue siempre la menor dé sus preocupaciones. En algunas decenas de años, todas las fuerzas creadas para la defensa de los derechos sociales, fueron aplicadas, cuando estuvieron hábilmente captadas en provecho de la Social-Democracia, en trabajar por la ruina de la economía nacional. ¿Los intereses de los obreros?...Nadie se molestaba por ellos...

Los sindicatos alemanes desviados de sus fines por la Social-Democracia, la cual hace de ellos instrumentos políticos

Hacia fines del siglo pasado fue cuando el movimiento sindical comenzó a apartarse de sus primitivos objetivos. De año en año, iba introduciéndose cada vez más en el círculo infernal de la política social-democrática, para no servir ya, en resumidas cuentas, sino de medio de acción en la lucha de clases. Una vez que hubiera arruinado con sus golpes repetidos todo el edificio económico tan penosamente construido, sería fácil hacer sufrir la misma suerte al edificio del Estado, privado entonces de sus

cimientos económicos. El partido se preocupaba cada vez menos de las verdaderas necesidades de la clase obrera, cuando un día comprendió que su política no tenía, decididamente, el menor interés en desear que las miserias de la masa del pueblo fueran mitigadas, pues, una vez satisfechos sus deseos, era muy posible que esa masa dejara de ser una tropa de combate eterna y ciegamente devota.

Este porvenir, que ellos presentían cargado de tempestad, inspiró a los dirigentes de la lucha de clases tal espanto, que llegaron a rechazar solapadamente reformas sociales verdaderamente fecundas, y aun a colocarse deliberadamente en contra de ellas. Por lo demás, ni si quiera trataban de justificar tan incomprensible actitud. Cuanto más subía la ola de las reivindicaciones, tanto menor se hacía su probabilidad de ser escuchadas; pero al menos se podía explicar a la clase obrera que, si ella no obtenía sino una ridícula satisfacción sobre sus más sagrados derechos, era porque diabólicamente se pretendía debilitar su poder de combate y, más tarde, paralizarlo. No hay que extrañarse del buen resultado de estas afirmaciones sobre una masa incapaz de toda reflexión seria.

El campo burgués se indignaba por la manifiesta hipocresía de la táctica social-democrática, pero de esto no sacaba para él mismo ninguna línea de conducta. Aun el miedo, que tenía la Social-Democracia de aliviar realmente la profunda miseria de la clase obrera debería, justamente, haber decidido a la burguesía a seguir enérgicamente ese camino, a fin de arrancar a los partidarios de la lucha de clases el arma de que hacían uso. Pero no lo hizo... En lugar de tomar la ofensiva contra las posiciones adversas, se dejó agobiar y cercar ella misma. Recurrió en seguida a medios tan tardíos y pueriles, que resultaron por completo ineficaces y pudieron ser fácilmente aniquilados. Todo quedó como antes; sólo el descontento había aumentado.

La corporación suprime la lucha de clases

La corporación nacionalsocialista no es un órgano de lucha de clases, sino un órgano de representación profesional. El Estado nacionalsocialista no reconoce ninguna clase...

La corporación en el sentido nacionalsocialista no tiene la misión, al agrupar a ciertos hombres, de transformarlos poco a poco en una clase, para que acepten en seguida combatir contra otras formaciones organizadas de manera semejante en el interior de la comunidad popular. Nosotros

rehusamos atribuir esta misión a la corporación, pero ella la recibió cuando se convirtió en instrumento de combate del marxismo...

La corporación nacionalsocialista debe, gracias a la concentración organizada de grupos que participan en la economía nacional, reforzar la seguridad de la economía nacional, aumentar su fuerza apartando todo obstáculo susceptible de destruir el cuerpo popular nacional, aumentar también la fuerza viva de la comunidad popular, a fin de que los obstáculos encontrados no causen perjuicio al Estado y no llegar a ser una desgracia y un germen de muerte para la economía misma.

El obrero nacionalsocialista debe saber que la prosperidad de la economía nacional significa su propia seguridad material.

El patrón nacionalsocialista debe saber que la felicidad y la satisfacción de sus obreros son la condición primordial de la existencia y del crecimiento de su prosperidad económica.

Los obreros y los patrones nacionalsocialistas son delegados y a la vez mandatarios del conjunto de la comunidad popular. Si la libertad, en su acción personal, les es ampliamente concedida, es porque la capacidad de acción de un solo hombre es aumentada mucho más por una mayor libertad que por una presión venida de arriba. La selección natural que favorece al más hábil, al más capaz y al más trabajador, no debe ser obstaculizada.

A causa de esto, la corporación nacionalsocialista debe ver en la huelga un medio que no se puede ni se debe emplear sino cuando no existe un Estado racista nacionalsocialista.

Lo que hoy lleva a millones de hombres a la lucha debe encontrar un día su solución en las cámaras profesionales y en el Parlamento económico central. Con ayuda de éstos, empresarios y obreros no deben luchar unos contra otros en el combate de les salarios y de las tarifas, lo cual perjudica a la existencia económica de unos y otros, sino que deben resolver este problema en común, por el bien de la comunidad popular y del Estado, cuya idea debe brillar por sobre todo en letras fulgurantes.

Aquí también, como en todo, debe reinar el principio de bronce: que la patria está antes que el partido.

Patrones y obreros son los artesanos de la grandeza alemana

El espíritu que anima al Estado nacionalsocialista es enteramente soberano, y se eleva tan alto por encima de las relaciones económicas usuales que, según él, los términos "patrón" y "obrero" son designaciones

sin importancia. Con respecto a los intereses superiores de la nación, no hay para qué distinguir entre los que distribuyen el trabajo y los que lo asumen. Todos son, al mismo título, "obreros" de la nación entera. Sólo la paz social puede crear las condiciones necesarias para la realización de las grandes tareas que comporta nuestra situación económica.

¿Dónde estaríamos hoy si, a ejemplo de otros países, hubiéramos dejado desarrollarse la locura de las huelgas y de los *lock-outs*? ¿Qué habría llegado a ser de Alemania si cada cual creyera poder arrogarse el derecho de fijar a su antojo su salario o sus beneficios? Cuando más nos damos cuenta de la grandeza de las tareas que nos incumben, tanto más claramente vemos la necesidad de utilizar, para realizar estas tareas, las fuerzas activas de todos los alemanes capaces de producir en la plenitud de su rendimiento. Y aún más, comprendemos también que nada debe venir a estorbar la utilización de esas fuerzas: ningún interés personal, ninguna de esas instituciones irrazonables que no llegan sino a charlatanerías en una época en que importa sobre todo obrar.

CAPÍTULO SEXTO

RELIGIÓN Y FEDERALISMO

Los dogmas religiosos, bases morales de la vida de los pueblos

Es preciso observar con qué violencia continúa la lucha contra las bases dogmáticas de todas las religiones. Sin embargo, sin ellas, no puede haber en este mundo humano supervivencia efectiva de una fe religiosa. La gran masa del pueblo no está compuesta de filósofos; pues bien, para la masa, la fe es a menudo la única base de una concepción moral del mundo. Todo lo que se ha tratado de poner en lugar de ella, no ha dado resultados tan satisfactorios para que se pueda encontrar en ello algo con que reemplazar las confesiones religiosas hasta entonces en curso. Pero, si la enseñanza y la fe religiosas son eficaces en las caras más extensas de la población, es necesario que la autoridad incontestable del contenido de esta fe sea el fundamento de toda acción eficaz.

Los dogmas son para las religiones lo que son las leyes constitucionales para el Estado: sin ellos, al lado de algunos millares de hombres superiores que podrían vivir con sabiduría e inteligencia, habría millones que no podrían.

Son los dogmas los que dan una forma precisa a la idea puramente espiritual, vacilante y extensible al infinito, y los que permiten transformarla en una fe. De lo contrario, la idea no podría dar jamás materia a una concepción metafísica o, en una palabra, a una concepción filosófica.

La lucha contra los dogmas mismos se parece mucho, desde este punto de vista, a la lucha contra las bases generales del Estado; así como esta lucha conduciría a una completa anarquía, asimismo la lucha religiosa conduciría a un nihilismo religioso desprovisto de valor.

El político debe apreciar el valor de una religión, no según las pocas deficiencias que ella puede presentar, sino según los beneficios que compensaciones claramente superiores pudieran presentar. Pero, mientras

no se encuentre tal compensación sería una locura o un crimen querer destruir lo que existe.

...Sería injusto hacer a la religión, en tanto que tal, o aun a la Iglesia, responsable de las faltas del individuo. Si se compara la grandeza de las instituciones religiosas conocidas, con la imperfección ordinaria y general del hombre, se debe reconocer que la proporción entre los buenos y los malos está en favor de los medios religiosos. Naturalmente también hay en el clero gentes que utilizan su misión sagrada en el interés de sus ambiciones políticas: gentes que luchan en la política y olvidan de manera lamentable que deberían mostrarse como los depositarios de una verdad superior, no como los campeones de la mentira y de la calumnia. Pero, a uno de estos personajes indignos, corresponde un millar y más de eclesiásticos honrados absolutamente fieles a su misión. Emergen como islotes sobre el pantano de nuestra época mentirosa y corrompida.

El protestantismo y el catolicismo en sus relaciones con la nación alemana

El protestantismo, por sí mismo, defiende mejor los intereses del germanismo en la medida en que esto corresponde a sus orígenes y a sus tradiciones, pero se demuestra impotente cuando esta defensa de los intereses nacionales sobrepasa el mundo de sus ideas y de su desarrollo tradicional, o se refiere a una cuestión que está excluida de ellos por una razón cualquiera.

El protestantismo obra, pues, en favor de los intereses alemanes mientras se trata de la moralidad de la nación, de su desarrollo intelectual o de la defensa del espíritu alemán, de la lengua alemana y también de la libertad alemana. En efecto, todo esto se identifica con los principios mismos que lo sostienen; pero, cuando se quiere tratar de salvar a la nación de la opresión de su más mortal enemigo, combate este designio con la mayor hostilidad, porque su actitud con respecto a los judíos está más o menos determinada de antemano en sus dogmas. Y se trata precisamente de un problema que debe resolverse en primer lugar; de lo contrario, todas las tentativas de regenerar o de elevar a Alemania son y seguirán siendo imposibles e insensatas.

El sacerdote católico da prueba de una abnegación subjetiva con respecto a la Iglesia, en tanto que permanece objetivo frente a la nación.

Esto quiere decir que juzga a la nación según nociones ideales y abstractas, como lo haría con un objeto cualquiera.

...Pero, no se trata en modo alguno de una herencia particular del catolicismo, sino de un mal que, entre nosotros, corroe en poco tiempo toda institución nacional o aun espiritual... Se opondrán (por ejemplo) a toda tentativa de sublevación nacional si está condicionada por el derrocamiento de un gobierno malo y perjudicial: sería un atentado contra "la autoridad del Estado", y "la autoridad, del Estado", para uno de esos furiosos de objetividad, no es un medio sino un fin que basta para llenar toda su miserable vida...

Una razón análoga es la que explica el escaso apoyo que una parte del clero alemán presta a los intereses nacionales. No se trata de mala voluntad ni de órdenes "venidas de arriba". No vemos en esta falta de resolución nacional sino el resultado de una mala educación de la juventud en lo que se refiere al germanismo...

Que se enseñe al pueblo alemán, desde su juventud, a reconocer exclusivamente los derechos de su propia raza; que no se ponga en el corazón de los niños el veneno de nuestra maldita "objetividad" cuando se trate de defender nuestra personalidad; entonces —aunque el gobierno sea un gobierno radical— se verá —lo mismo que en Irlanda, en Polonia o en Francia— que el católico en Alemania será siempre también un alemán.

No hay que volver a cometer el error del *Kulturkampf*. El nacionalsocialismo no es una religión

Estudiando el movimiento pangermanista en Austria y su lucha contra Roma, he llegado a la conclusión siguiente: ignorando la cuestión social, este movimiento se privó del apoyo de las masas populares, únicas capaces de combatir; la entrada al Parlamento quebrantó la potencia de su impulso y le comunicó todas las debilidades de esa institución; la lucha contra la Iglesia Católica le cerró numerosos medios entre los mejores que la nación poseía. El resultado práctico del *Kulturkarnpf* austríaco fue casi igual a cero.

Cierto es que se quitó a la Iglesia cerca de cien mil miembros; pero esto no fue un gran perjuicio para ella. No tuvo que derramar lágrimas por esas "ovejas descarriadas"; no perdió sino lo que, interiormente, no le pertenecía por completo desde hacía ya mucho tiempo.

Las ideas y las instituciones religiosas de su pueblo deben permanecer por siempre inviolables para el jefe político. O bien, entonces, que deje de ser un político; que se haga reformador si es capaz de ello. Otra actitud, sobre todo en Alemania, llevaría a una catástrofe.

El movimiento se niega a tomar posición en cuestiones que salen del marco de su trabajo político o que no parecen de una importancia fundamental.

Su objeto no es una reforma religiosa, sino una reorganización política de nuestro pueblo. Considera las dos confesiones religiosas como ayudas igualmente preciosas para la conservación de nuestro pueblo; combate, pues, a los partidos que niegan a la religión su papel fundamental de apoyo moral y que hacen de ella un instrumento para el uso de los partidos.

El nacionalsocialismo no es antirreligioso

Hemos hecho, en el dominio de la cultura, todo lo que se podía hacer en un año y medio.(6) Bien sé que aquí también ciertos medios nos dirigen este reproche: *«Sí, os alejáis del cristianismo»*. No; no somos nosotros los que nos hemos alejado del cristianismo; es la gente que nos ha precedido. Nosotros hemos establecido solamente una separación clara entre la política, que debe ocuparse de las cosas terrenas, y la religión, que se ocupa de las cosas sobrenaturales.

No se ha dirigido ningún ataque a las doctrinas ni a la libertad de confesiones, ni jamás se dirigirá ninguno. Por el contrario, el Estado protege la religión, con la condición —sin embargo— de que no sea utilizada para disimular fines políticos.

Puede haber existido una época en que eran necesarios partidos adictos a las Iglesias. En esa época, el liberalismo era anticlerical, el marxismo antirreligioso. Esta época pasó. El nacionalsocialismo no es ni anticlerical ni antirreligioso. Por el contrario, se sitúa en el terreno de un cristianismo verdadero. Y no pedimos más que fidelidad al régimen. Sé que hay millares y decenas de millares de sacerdotes que, no sólo han sabido reconciliarse con el Estado actual, sino que colaboran gustosamente en su organización. Y estoy convencido de que esta colaboración se hará cada vez más estrecha e íntima. Pues, ¿sobre qué puntos pueden nuestros recíprocos intereses coincidir mejor que en nuestra lucha contra los fenómenos de decadencia de la vida contemporánea, en nuestra lucha contra el bolchevismo cultural, contra el movimiento librepensador, contra la criminalidad, y por otra parte,

en nuestra lucha por una concepción social de la colectividad, por la desaparición de la lucha y de los odios de clase, de la guerra civil y de las perturbaciones, de las querellas y de las discusiones?

Esos no son principios anticristianos. Y creo que si no practicáramos estos principios, tampoco tendríamos que registrar triunfos; pues el resultado de nuestra lucha política no está, por cierto, privado de la bendición de Dios.

El federalismo alemán no tiene ya razón de ser, ni en derecho ni en hecho

La lucha entre el federalismo y el unitarismo que los judíos supieron tan hábilmente provocar en 1919, 1920, 1921 y hasta más tarde, obligó al movimiento nacionalsocialista —que, no obstante, rehusar participar en ella — a pronunciarse sobre las cuestiones esenciales que ponía en causa. ¿Debe Alemania ser un Estado federativo o centralizado, y, en la práctica, qué se debe entender por esas definiciones?...

¿Qué es un Estado federativo? Llamamos Estado federativo a una asociación de Estados soberanos y unidos por su propia voluntad y en virtud de su soberanía, que abandonan a la federación aquéllos de sus derechos soberanos cuyo ejercicio es necesario a esta para vivir y durar.

Esta fórmula teórica no es, en la práctica, íntegramente aplicada en ninguna de las confederaciones que actualmente existen en la tierra... En Norteamérica, no fueron esos Estados los que fundaron la confederación, sino que fue la confederación la que formó primeramente una gran parte de esos supuestos Estados. La independencia legal muy extensa que se dejó o —digamos mejor— que se reconoció a los diferentes territorios no proviene del carácter especifico de esta asociación de Estados; ellos corresponden a la extensión de su dominio, a sus dimensiones en el espacio, que son las de un continente. Luego, no hay que hablar de la soberanía política de los Estados que componen la Unión Americana, sino de derechos o, mejor dicho, de privilegios definidos y garantizados constitucionalmente.

La fórmula del Estado federativo tampoco conviene exactamente a Alemania aunque los Estados particulares han, existido evidentemente en Alemania en calidad de Estados y el *Reich* ha salido de ellos. Pero el *Reich* no ha sido formado por la libre voluntad y la igual participación de los Estados particulares, ha sido el fruto de la preponderancia de uno de dios: Prusia.

El hundimiento de Alemania y la desaparición de los regímenes monárquicos han dado a esta evolución un impulso definitivo. Los Estados alemanes debían su existencia mucho menos a causas étnicas que a causas puramente políticas; por eso su importancia era nula cuando el desarrollo particular de esos Estados, es decir, la forma monárquica de sus dinastías, era suprimida. Muchos de estos "Estados fantasmas", quedaron entonces tan totalmente faltos de base. que renunciaron *motu proprio* a sobrevivir y, por simples razones de utilidad, se fusionaron con Estados vecinos o se agregaron espontáneamente a otros más poderosos. Encontramos en esto la prueba más evidente de la extraordinaria debilidad de la verdadera soberanía de esos aquellos Estados, y la mediocre estima que les tenían sus propios ciudadanos.

Tendencia general a la centralización. La centralización subordinada a las necesidades de la nación

No se puede negar que la organización interna de los Estados del mundo evoluciona del tal modo que todos se encaminan hacia cierta centralización. Alemania no hará excepción a esta regla. Es necesario ser necio para atribuir a los países una "soberanía de Estado" que en realidad no conviene a la talla ridícula de esas formaciones políticas. La importancia de los Estados particulares disminuye de día por la falta de comunicaciones de la técnica administrativa. El tráfico moderno y la técnica moderna disminuyen continuamente las distancias y reducen el espacio. Un Estado de antaño no es hoy más que una provincia, y los Estados de la hora actual habrían parecido antes continentes. La dificultad, considerada en su aspecto técnico, de administrar un Estado como Alemania, no es mayor que la de hace veinte años para gobernar una provincia como Brandenburgo. Hoy se puede franquear más fácilmente la distancia que separa a Munich de Berlín que ir, hace cien años, de Munich a Stamborg. Y el territorio entero del *Reich* actual es, gracias a los medios, modernos de transporte, menos extenso que el de cualquiera de los Estados de superficie mediana que formaban la Confederación Germánica en los tiempos de las guerras de Napoleón.

Encontramos, nosotros los nacionalsocialistas, la siguiente regla fundamental:

Un Reich nacional y fuerte, si sabe reconocer y proteger plenamente los intereses de sus conciudadanos más allá de las fronteras, puede

ofrecerles, en el interior del Estado, la libertad, sin tener que temer por la solidez de éste. Pero, por otra porte, un gobierno nacional enérgico puede permitirse pasar ampliamente por sobre la libertad de los particulares, y asimismo, por sobre las de los países, si cada ciudadano se da cuenta de que semejantes medidas son necesarias para la grandeza de la nación.

Papel cultural de los Estados

Como el Estarlo no es para nosotros, sino una forma, en tanto que su substancia o, mejor, el contenido de su forma, es la nación, el pueblo, es claro que todos los intereses deben ser considerados inferiores a los intereses soberanos del pueblo. En particular, no podemos reconocer a ningún Estado que exista en el seno de la nación y del Reich que la representa, un poder político independiente y los derechos de un Estado soberano.

Es ahora necesario que la importancia concedida a los diversos países sea proporcionada a los esfuerzos hechos por sus gobiernos para hacer progresar la civilización. El monarca que más contribuyó a la grandeza de Baviera no era un particularista obstinado, enemigo del germanismo, sirio que fue Luis I, quien, a su gusto por las artes, agregaba el amor sincero a la grande Alemania.

No son los que gritan: «*¡Abajo Prusia!*» los que han hecho la grandeza de Munich; el que hizo grande a esta ciudad fue el rey que quería ofrecer a la nación alemana una joya de arte que se estaría obligado a visitar y admirar, y como, en efecto, lo fue. La importancia concedida a los Estados particulares no podría ya proporcionarse a su poder político; la veo más bien manifestarse en el papel que desempeñen como representantes de la raza o factores del progreso de la civilización.

CAPÍTULO SÉPTIMO

LA POLÍTICA EXTERIOR

Crítica de la política exterior de la Alemania de preguerra

La dirección de los negocios extranjeros del *Reich* carecía absolutamente de método, porque no se había sabido despejar las grandes líneas de una política de alianza que hubiera respondido a los intereses del país. La revolución (de 1918), lejos de corregir este error, lo llevó al *máximum*.

Había cuatro modos de proveer a la futura conservación y alimentación de nuestro pueblo; se escogió el cuarto, el menos eficaz. En lugar de seguir una política territorial inteligente en Europa, se empleó una política colonial y comercial. Esta política era tanto más insensata cuanto que se creía, erróneamente, poder evitar así explicarse con las armas en la mano. Esta tentativa de sentarse en todas las sillas tuvo un resultado fácil de prever: se sentaron al lado, y la guerra mundial fue la factura que el *Reich* debió pagar, al fin de cuentas, para borrar las deudas contraídas por su torpe política externa.

En esa época, el mejor medio habría sido el tercero: reforzar el poder del *Reich* en el continente, anexando nuevos territorios de Europa; con eso, su extensión por adquisición de territorios coloniales entraba naturalmente en el dominio de las posibilidades. Para practicar tal política, debería, evidentemente, haber pactado una alianza con Inglaterra, o consagrado al desarrollo de su poder militar créditos tan enormes que se habría visto obligado, durante cuarenta o cincuenta años, a relegar a segundo término todos los gastos culturales. Podría haber tomado perfectamente esta responsabilidad.

El nivel de la cultura de una nación es casi siempre función de su independencia política. La una es, pues, condición necesaria de la existencia de la otra, e incluso de su nacimiento. Por eso, ningún sacrificio es demasiado grande para asegurar la libertad política de una nación. Lo que

es economizado en los gastos culturales en provecho de un desarrollo intensivo de las fuerzas militares del Estado, podrá mas tarde ser recuperado con interés. Hasta parece que, después que un Estado ha dirigido todos sus esfuerzos hacia un solo objeto: el mantenimiento de su independencia, se produce habitualmente una especie de alivio, como un nuevo equilibrio, que permite a las dotes de este pueblo para las artes, descuidadas hasta entonces, desarrollarse de manera sorprendente. La gloria del siglo de Pericles sucedió a las miserias causadas por la guerra contra los persas, y la república romana se consagró a la cultura de una civilización superior cuando se vio libre de las angustias que le habían causado las guerras púnicas.

Desgraciadamente, no se puede esperar de una mayoría de parlamentarios idiotas e incapaces el espíritu de decisión necesario para sacrificar implacablemente todos los intereses de un pueblo a una sola tarea: preparar la batalla que aseguraría más tarde la existencia del Estado. El padre de Federico el Grande era capaz de tal sacrificio; pero no los padres de nuestro absurdo parlamentarismo democrático fabricado por los judíos.

He ahí la razón por la cual la preparación militar, que habría permitido la conquista de nuevos territorios en Europa, fue, en el período anterior a la guerra, muy mediocre Así, no se podía prescindir fácilmente de ciertas alianzas cuidadosamente escogidas.

No se quiso trabajar en preparar sistemáticamente la guerra. Se renunció, pues, a adquirir territorios en Europa, y se sacrificó, por una política colonial y comercial, la alianza que se podría haber pactado con Inglaterra, sin apoyarse, no obstante —lo que hubiera sido lógico— en Rusia. De error en error, se llegó a la guerra mundial, a la que Alemania entró abandonada de todos, excepto de los Habsburgos, esa plaga hereditaria.

Los nacionalsocialistas en su tarea de liberación de la Alemania vencida

El principio esencial que jamás debemos perder de vista mientras estudiamos esta cuestión, es el siguiente: la política extranjera no es sino el medio de llegar a un fin, y este fin consiste únicamente en trabajar por nuestro pueblo. No hay, para considerar una cuestión cualquiera de política externa, otro punto de vista más que éste: Tal solución ¿será provechosa para nuestro pueblo, ahora o más tarde, o le causará algún perjuicio?

Tal es el único principio que puede guiar cuando se examina una de estas cuestiones. Se debe descartar toda consideración de partidos, de religión, de humanidad; en resumen, toda otra consideración, cualquiera que sea.

Para reconquistar los territorios perdidos, la condición previa es fortalecer, mediante un trabajo obstinado, lo que queda del Estado, y hacer más vigorosa en el fondo de los corazones la inquebrantable resolución de consagrar, cuando suene la hora, el poder recuperado por el Estado, al servicio de la liberación y de la unión de todo el pueblo. Así, se *sacrifican provisoriamente* los intereses de los territorios separados de la patria a lo único que tiene importancia: conquistar, en favor de lo que queda del Estado, un poder político y una fuerza tan grande, que obliguen a la voluntad de los enemigos vencedores a transigir., Pues no son las declaraciones inflamadas las que reintegran los territorios oprimidos a la patria común, sino los golpes victoriosos dados por la espada.

Forjar esta espada, tal es la tarea de la política interna del gobierno; permitir al forjador trabajar en completa seguridad, y reclutar compañeros de armas, tal es la labor de la política extranjera.

Alemania e Inglaterra

Inglaterra veía en Alemania una potencia cuya importancia comercial —que entrañaba su importancia en la política mundial con su base de gigantesca industrialización— se hacía tan amenazante, que la fuerza de ambos Estados se igualaba ya en los mismos dominios. La conquista "económica y pacífica" del mundo que, a los ojos de nuestros dirigentes de entonces, era la cima de la suprema sabiduría, impulsó a la política inglesa a organizar la resistencia. Inglaterra se alió con todos los Estados militarmente fuertes, porque su prudencia tradicional apreciaba exactamente las fuerzas de su adversario, y porque ella misma estaba consciente de la debilidad en que entonces se encontraba.

La revolución alemana libró a la política inglesa de sus inquietudes en cuanto a la amenaza de una hegemonía germánica en el mundo entero. Inglaterra ya no tenía, pues, ningún interés en ver a Alemania completamente borrada del mapa de Europa. Por el contrario, el terrible hundimiento que tuvo lugar en los días de noviembre de 1918, puso a la democracia inglesa en presencia de una situación nueva que antes no había creído posible.

Durante cuatro años y medio, el Imperio Británico había luchado con las armas por aniquilar la pretendida preponderancia de una potencia continental. Un súbito derrumbe parecía hacer desaparecer esa potencia de la superficie del globo. Alemania parecía carecer del instinto de conservación más elemental, a tal punto que acontecimientos que se habían desarrollado en menos de veinticuatro horas rompían todo el equilibrio europeo: *Alemania estaba aniquilada y Francia llegaba a ser la primera potencia continental de Europa*.

El objeto que Inglaterra había perseguido al hacer la guerra era alcanzado: Alemania no podía ya hacer política colonial, económica y comercial todo lo que sobrepasaba este objeto iba en contra de los intereses ingleses. La desaparición de Alemania en calidad de gran potencia de la Europa continental, no podía sino ser provechosa para los enemigos de Inglaterra.

El gran deseo de Inglaterra será siempre impedir que una potencia continental, cualquiera que sea, aumente sus fuerzas hasta el punto de desempeñar un papel importante en la política mundial. Su objeto es, pues, mantener cierto equilibrio entre las fuerzas de los Estados europeos; pues esa es una de las condiciones primordiales de la hegemonía de Inglaterra en el mundo entero.

El gran deseo de Francia será siempre impedir que Alemania sea una potencia homogénea: mantener una federación de pequeños Estados alemanes cuyas fuerzas se equilibren, y que no estén sometidos a una autoridad central y por último ocupar la ribera izquierda del Rhin; todas condiciones necesarias para el establecimiento y la duración de su hegemonía en Europa.

El objeto final de la diplomacia francesa estará siempre en oposición con las tendencias esenciales de la diplomacia inglesa.

Posibilidad de alianza con Inglaterra

Cuando, recordando lo que precede, se examinan las alianzas posibles para Alemania en la hora actual, se llega pronto a la convicción de que todo lo que podemos hacer prácticamente es acercarnos a Inglaterra.

Aunque la política inglesa durante la guerra ha tenido consecuencias funestas para Alemania, no hay que negarse a comprobar que hoy Inglaterra no tiene ya ningún interés urgente en que Alemania sea aniquilada y que, por el contrario el objeto de la diplomacia inglesa debe ser cada vez más, a

medida que los años pasan, poner freno al instinto desmesuradamente imperialista que anima a Francia. Pero no hay que detenerse en las fricciones pasadas cuando se quiere hacer una política de alianzas; ésta sólo es fecunda si se saben aprovechar las lecciones de la historia. La experiencia debería habernos enseñado que las alianzas contraídas para perseguir fines *negativos*, son, de nacimiento, sin ninguna fuerza. Los destinos de dos pueblos no están sólidamente ligados sino cuando persiguen un éxito común, ya sean adquisiciones, ya sean conquistas comunes, en una palabra un aumento de poder del que ambos sacarán provecho.

No se encuentra un estadista, sea inglés, americano o italiano, que haya declarado alguna vez ser germanófilo. Todo estadista inglés es naturalmente, ante todo, inglés; todo americano es ante todo americano; y no hay un italiano que esté dispuesto a hacer una política que no sea italianófila. Quienquiera que pretenda hacer alianzas tomando por base disposiciones germanófilas de los estadistas importantes de tal o cual nación extranjera, es un asno o un embustero. La condición necesaria para que los destinos de dos pueblos estén ligados, no es la estimación o la simpatía recíproca: es la perspectiva de las ventajas que cada uno de ellos obtendrá de la asociación. Así, un estadista inglés podrá practicar una política que no dejará de ser anglófila para ser en un momento germanófila; pero ciertos intereses de esta política anglófila podrán, por las razones más diversas concordar con los intereses germanófilos.

Inglaterra no desea tener frente a ella una Francia cuyo puño aunado, teniendo en jaque al resto de Europa, pudiera imponer una política que, un día u otro, contrariaría los intereses ingleses. Inglaterra no puede desear tener que entendérselas un día con una Francia poseedora de las ricas minas de hierro y de carbón de la Europa Occidental, y que pudiera, por esto, desempeñar en la economía mundial un papel peligroso para ella...

Inglaterra desea que Alemania no sea una potencia mundial, Francia no quiere que exista una potencia que se llame Alemania; la diferencia es importante. Pero no combatimos hoy por reconquistar la situación de potencia mundial. Tenemos que luchar por la existencia de nuestra patria, por la unidad de nuestra nación, por el pan cotidiano de nuestros hijos. Así, sacando una conclusión de lo que precede, si pasamos revista a los aliados que Europa puede ofrecemos, vemos que no quedan sino dos Estados: Inglaterra e Italia...

Posibilidad de alianza con Italia

Tampoco puede Italia desear ver reforzada la situación primordial que Francia ocupa en Europa. El porvenir de Italia está en un aumento territorial, cuyos elementos todos están agrupados alrededor de la cuenca del Mediterráneo. La razón que decidió a Italia a la guerra, no era seguramente el deseo de trabajar por la grandeza de Francia, sino la intención de herir mortalmente al rival detestado que tenía en el Adriático. Todo aumento del poderío francés en Europa es, para el porvenir, un obstáculo a la expansión italiana; por eso, nunca debemos imaginamos que el parentesco de raza pueda suprimir toda rivalidad entre los dos pueblos.

El examen más realista y más reflexivo de la situación europea prueba que estos dos Estados, Inglaterra e Italia son los primeros cuyos intereses más naturales se encuentran lesionados poco o nada por la existencia de una nación alemana, y que estos intereses coinciden hasta cierto punto, con esta existencia.

Se sabe perfectamente por qué, en estos últimos años, ciertos medios han hecho de la cuestión del Tirol del Sur el eje de las relaciones germano-italianas, judíos y partidarios de los Habsburgos tienen el mayor interés en contrarrestar la política de alianzas de Alemania; ésta podría, en efecto, hacer resucitar un día una patria alemana independiente. El amor del Tirol no tiene nada que ver en esta comedia, no le es de ninguna utilidad y hasta le causa perjuicio. La única causa de ello es la entente que podría establecerse entre Alemania e Italia

No vacilo en proclamar que, habiéndose pronunciado el destino, no solamente no creo que se pueda reconquistar el Tirol del Sur por medio de una guerra, sino que aun desaconsejaría personalmente intentarlo, convencido de que semejante empresa no puede inflamar en todos los alemanes el entusiasmo necesario para la victoria. Creo que, si nuestra sangre debe correr un día, sería criminal derramarla por libertar a doscientos mil alemanes, cuando, cerca de nosotros, más de siete millones de alemanes sufren bajo el yugo extranjero,(7) y cuando una arteria vital del pueblo alemán(8) a atraviesa un país donde se recrean hordas negras.

Alemania y Austria: el Austria alemana debe volver a la gran nación alemana

Una feliz predestinación ha hecho de Braunau am Inn el lugar de mi nacimiento. Esta aldea está situada justamente en la frontera de estos dos

Estados alemanes, cuya nueva función nos parece ser la empresa esencial de nuestra vida, empresa que debemos perseguir por todos los medios.

El Austria alemana debe volver al seno de la gran patria alemana, y no por razones económicas; no, no; aunque esta unión, desde el punto de vista económico, es sin interés y basta perjudicial, debe, no obstante, realizarse. *La misma sangre pertenece a un mismo imperio*. El pueblo alemán no podrá reclamar ninguna actividad política colonial mientras no haya podido reunir a todos sus hijos en un mismo Estado. Y cuando el territorio del *Reich* contenga a todos los alemanes, si es reconocido insuficiente para alimentarlos, las necesidades de este pueblo le darán el derecho moral de obtener tierras extranjeras. El arado cederá entonces a la espada, y el pan de las generaciones futuras nacerá de las lágrimas de la guerra. Así, pues, la situación de mi ciudad natal me parece el símbolo de una gran empresa.

A la edad de quince años, había llegado a separar el *patriotismo* dinástico y el *nacionalismo* de raza, y este tenía ya mi preferencia.

El que nunca se ha dado el trabajo de estudiar la situación interna de la monarquía de los Habsburgos, no comprenderá tal preferencia. Para el que habitaba ese Estado, dicha preferencia no podía nacer sino del estudio escolar de la historia universal. En efecto, ¿hay verdaderamente una historia particular de Austria? El destino de esta nación está tan ligado a la vida y al desarrollo de todas las cosas alemanas, que separar la historia en historia alemana e historia austríaca es propiamente inimaginable.

En mi primera juventud, había deducido algunos principios esenciales, de los que, más tarde, debía convencerme cada vez más. Son éstos:

La salvación del germanismo tiene por condición el aniquilamiento de Austria.

No han relación alguna entra el sentimiento nacional y la fidelidad a una dinastía.

Y sobre todo: la casa de los Habsburgos sería el genio maléfico de la nación alemana.

En esa época, había llegado conscientemente a los sentimientos siguientes: ardiente amor a mi patria, el Austria alemana; profundo odio al Estado austríaco.

Alemania y Francia: 1924. La Francia imperialista es la enemiga mortal de Alemania

Es preciso darse, por fin, claramente cuenta de esto: el enemigo modal, el enemigo más implacable del pueblo alemán es y será Francia. La cuestión de saber quién ha gobernado a Francia importa poco. Sean los borbones o los jacobinos, los Napoleones o los demócratas burgueses, los republicanos clericales o los bolcheviques rojos: el objeto final de su política extranjera será siempre apoderarse de la frontera del Rhin y fortificar la posición de Francia sobre este río, esforzándose, por todos los medios en mantener a Alemania desunida y desmembrada.

Cuando llegó el invierno 1922-1923, las intenciones de Francia debían haber aparecido desde mucho tiempo. No había. pues, más que esta alternativa: o bien la voluntad francesa se agotaría poco a poco contra la fuerza de resistencia del pueblo alemán, o bien Alemania llegaría a lo que inevitablemente hará un día: un acto de opresión particularmente brutal le haría oponer una violenta resistencia y hacer frente. Ciertamente, tal decisión implica una lucha que pondría en juego su existencia misma; sólo podría esperar salir de ella con vida si primeramente lograse aislar a Francia de tal manera que esta segunda guerra no fuera ya una lucha de Alemania contra el mundo entero, sino una guerra defensiva contra una Francia, destructor permanente de la paz mundial.

Insisto en este punto y estoy convencido de que esta segunda parte de la alternativa debe realizarse y se realizará un día. Jamás creeré que los designios de Francia con respecto a nosotros puedan modificarse, pues, en verdad, no son sino la expresión del instinto de conservación de la nación francesa. Si yo fuera francés y, por consiguiente, fuera tan adicto a la grandeza de Francia como lo soy a la de Alemania, no podría ni querría obrar diferentemente de como lo ha hecho un Clemenceau. La nación francesa, que va lentamente a la muerte, no tanto porque se despuebla como porque los mejores elementos de su raza desaparecen poco a poco, no puede continuar desempeñando un papel importante en el mundo sino destruyendo a Alemania. Aunque la política francesa se oculta detrás de muchos subterfugios, siempre es ése su objetivo final, el que satisfaría sus más profundos y más ardientes deseos. Pero es un error creer que un instinto de conservación exclusivamente pasivo será suficiente para resistir por mucho tiempo a otra voluntad tan resuelta y que pasa activamente al ataque. Mientras el eterno conflicto que pone en pugna a Alemania y Francia sea constituido por una defensiva alemana contra la agresión francesa, no será jamás decisivo, pero Alemania perderá de siglo en siglo nuevas posiciones.

Basta estudiar la frontera lingüística alemana desde el siglo XII para darse cuenta de que difícilmente se puede contar con el buen resultado de un método que hasta ahora nos ha sido tan funesto.

Francia, obstáculo para la política oriental de Alemania

El porvenir de nuestra política exterior no está en una orientación al Oeste o al Este, sino en una política oriental que nos permita adquirir la tierra cultivable para nuestro pueblo. Pero hay que tener la fuerza de hacer esta política, o el enemigo mortal de nuestro pueblo, Francia, nos estrangula despiadadamente y nos agota. Debemos hacer todos los sacrificios que contribuyan a arruinar las aspiraciones de Francia a la dominación. Toda potencia es hoy nuestro aliado natural, si considera, como nosotros, que la pasión de dominación de Francia en el continente es insoportable. Ninguna ventaja de una de estas potencias debe parecernos penosa, ningún renunciamiento debe ser descartado, si nos procura, al fin y al cabo, la posibilidad de abatir al enemigo que tan furiosamente nos odia.

Francia instrumento de los judíos

En Inglaterra y en halla, existe un desacuerdo evidente entre las concepciones de una política excelente, arraigada en el país, y los proyectos de los hacendistas judíos internacionales.

Unicamente en Francia es donde se descubre hoy un acuerdo secreto perfecto, entre las intenciones de los bolsistas, representados por los judíos, y los deseos de una política nacional de origen patriota. Por eso Francia es y será nuestro más temible enemigo. Este pueblo, que desciende cada vez más al nivel de los negros pone en peligro, sin hacer ostentación, la existencia de la raza blanca, ayudando a los judíos a lograr sus fines de dominación universal.

El papel que Francia, impulsada por su deseo de venganza, y guiada por los judíos, desempeña hoy en Europa, es un pecado contra la existencia de la humanidad blanca, y este pecado desencadenará un día contra este pueblo todos los espíritus justicieros de una generación que habrá designado la mancha de las razas como el pecado hereditario de la humanidad.

El peligro que Francia representa para Alemania impone a ésta el deber de relegar a segundo término toda cuestión de sentimiento, y de

tender la mano a aquél que, amenazado como nosotros, no puede soportar los propósitos de hegemonía de Francia.

1935: Después de la vuelta del Saar al *Reich*, no hay ya desavenencia posible entre Francia y Alemania

Hoy día,(9) la cuestión del Saar es la única cuestión territorial que aun nos separa de Francia. Cuando esté resuelta, ya no subsistirá ningún motivo visible y razonable para que las dos grandes naciones continúen querellándose hasta la consumación de los siglos. Tal vez entonces, nuestros antiguos adversarios se darán cuenta cada vez mejor de que los problemas que a todos se nos presentan son tan gigantesco, que, en lugar de hacernos la guerra, deberíamos resolverlos juntos.

Y aunque a ciertos excitadores internacionales sin conciencia, que conocemos y que no queremos atribuir a ningún pueblo, se esforzaran por provocar una enemistad duradera entre estos dos grandes pueblos, tengo confianza en el buen sentido y en la sana razón.

Espero que un día la razón terminará por prevalecer, y que, gracias al territorio del Saar y al 13 de enero, podrá realizarse y se realizará un entendimiento sobre este plan tan vasto.

Y vosotros también tenéis que cumplir, el 13 de enero, una misión particularmente importante y pacífica. Nos sentiríamos felices, si cuando suenen las campanas el 14 de enero en toda Alemania, no solamente anunciaran la vuelta de nuestro territorio y de los alemanes que habíamos perdido, sino también la vuelta de la paz.

Pero no es solamente un día de dicha para Alemania,(10) creo que es también un día feliz para la Europa entera. Fue un decisión benéfica la de fijar por fin este día y respetar su resultado, devolviendo a Alemania, a la que se había quitado contra el derecho y la razón, este territorio que tan fácilmente podría haberse convertido en una eterna manzana de discordia. Es un día feliz para Europa, especialmente porque tal vez la vuelta del Saar a Alemania es lo que alejará más rápidamente la crisis de que dos grandes naciones tienen tanto que sufrir. Esperamos que por este acto de justicia, esta vuelta a la razón natural, las relaciones entre Alemania y Francia mejorarán definitivamente.

Así como nosotros queremos la paz. debemos esperar que el gran pueblo vecino esté también dispuesto a buscar con nosotros esta paz. Es preciso que sea posible que dos grandes pueblos se tiendan la mano, a fin de

hacer frente, en una común labor, a los males que amenazan sepultar a Europa.

Este día debe ser al mismo tiempo una lección, una lección para todos los que, en su ignorancia de una verdad histórica eterna, se imaginan poder, mediante el terror y la violencia, despojar a un pueblo de su esencia profunda, una lección para los que se imaginan poder arrancar una parte de una nación a fin de robarle su alma.

Ojalá que todos los estadistas se den cuenta, por este resultado, de que es vano querer, con semejantes métodos, destruir pueblos y Estados.

En definitiva, la sangre es más fuerte que todos los documentos de papel. Lo que la tinta ha escrito es borrado un día por la sangre. Esta voz, muy profunda, terminará siempre por dominar lo demás. Desgraciado el que no quiera instruirse con estos hechos. Atraerá sobre los hombres la inquietud y la angustia, sin lograr él su objeto. Atraerá pasajeramente el sufrimiento y la angustia a los pueblos, pero al fin será ignominiosamente vencido.

Pero con esta votación solemne y esta confesión en favor del *Reich*, habéis adquirido además otro mérito, un gran mérito histórico. En un duro período de lucha por la reconstrucción del *Reich* alemán, con vuestra profesión de fidelidad, me habéis facilitado la tarea.

Dios puede ser mi testigo: esta labor no tiene otro objeto que devolver a Alemania su libertad y su felicidad. Tenéis, pues, un gran mérito, y al mismo tiempo un sagrado derecho a celebrar hoy un día de alegría. Y me siento feliz de poder pasar este día entre vosotros. Que hoy la dicha y la alegría se apoderen de nosotros: mañana volverá a tomarnos el trabajo, la gran labor por nuestro nuevo *Reich* alemán.

1936: Balance de los esfuerzos por crear en Alemania una atmósfera de simpatía hacia Francia

Es infinitamente trágico ver que, como conclusión a nuestros sinceros esfuerzos desarrollados durante años por obtener la confianza, las simpatías y los sentimientos favorables del pueblo francés, se ha firmado una alianza militar(11) cuyo principio conocemos hoy, pero cuyo fin puede tener consecuencias imprevisibles, si la Providencia no se muestra, otra vez, más clemente de lo que los hombres lo merecen.

En los tres últimos años, me he esforzado por crear, lenta pero constantemente, las condiciones necesarias para una entente franco-

alemana. Al hacer esto, nunca he dudado de este hecho: que entre las condiciones de esta entente, está la igualdad absoluta de derechos, y por consiguiente, la igualdad absoluta de tratamiento jurídico para el pueblo y el Estado alemanes. Y, conscientemente, he considerado esta entente no solamente como un problema que debe resolverse mediante pactos, sino como un problema que, ante todo, hay que plantear psicológicamente ante el espíritu de ambos pueblos, pues debe ser preparado no sólo en los espíritus sino también en los corazones. Por eso, a menudo se me ha reprochado que mis ofrecimientos de amistad no contenían —se decía— ninguna proposición concreta.

Esto no es exacto.

Lo que se podía proponer concretamente para hacer, menos tirantes las relaciones franco-alemanas, lo propuse valientemente y de una manera concreta. Un día, no vacilé en asociarme a la proposición concreta de limitación de las fuerzas armadas a 200.000 hombres. Cuando este proyecto fue abandonado por aquéllos mismos que eran responsables de él, hice al pueblo alemán y a los gobiernos europeos una nueva proposición enteramente concreta. La proposición relativa a 300.000 hombres sufrió igualmente una negativa.

Más tarde, hice también toda una serie de otras proposiciones concretas tendientes a desintoxicar las opiniones políticas de los diferentes países, a humanizar los métodos de guerra y, por ende, a provocar, lentamente en verdad, pero de manera segura, un desarme. Una sola de estas proposiciones fue verdaderamente tomada en consideración. El sentido realista de un gobierno inglés aceptó mi proposición de establecer, entre la flota alemana y la inglesa, una proporción constante que corresponde a las necesidades de la seguridad alemana y, al mismo tiempo y recíprocamente, toma en cuenta los enormes intereses transoceánicos de un gran imperio mundial. Y bien puedo decir que esta convención ha quedado hasta hoy como la única tentativa real y práctica de limitación de armamentos. La única verdaderamente comprensiva y, por esto mismo, la única que ha llegado a un resultado. El gobierno del *Reich* está dispuesto a completar esta convención con otro acuerdo cualitativo con Inglaterra.

He sostenido la idea de principio, muy concreta, de que los programas de conjunto de una pactomanía internacional no tienen mayores probabilidades de ser realizadas que las proporciones generales del desarme

mundial que, en tales condiciones, se demostraban ya, a priori, inejecutables.

En cambio, he hecho notar que no se podía abordar estas cuestiones sino paso a paso, y esto, por el lado que parecía presentar menos resistencia. Esta convicción es la que me ha llevado a desarrollar la proposición concreta de un pacto aéreo que tiene por base la igualdad de fuerzas para Francia, Inglaterra y Alemania. El resultado fue que este proyecto fue desdeñado, puesto que se introdujo en el campo del equilibrio europeo un factor, nuevo, el factor asiático y europeo-oriental, cuyo alcance militar escapa a todo cálculo.

Durante años, me he ocupado de proposiciones concretas, pero no vacilo en declarar que la preparación psicológica de la entente me ha parecido por lo menos tan importante como estas proposiciones concretas y, en este dominio, he hecho más de lo que jamás haya podido siquiera esperar hacer un estadista extranjero sincero.

En Alemania, he separado de la atmósfera de la discusión pública, la cuestión de las eternas revisiones de fronteras europeas. Por desgracia, demasiado a menudo se piensa —y esto se aplica particularmente a los estadistas extranjeros— que esta manera de obrar no tiene gran importancia. Me permitiré hacer notar que, en tanto como alemán, también podría moralmente, haber presentado como programa el restablecimiento de las fronteras de 1914, sostener este programa con la palabra y la prensa, exactamente como lo hicieron ministros y dirigentes franceses después de 1871.

Esos señores que me critican deberían reconocerme cierta capacidad en este dominio. Para un nacionalista, es más difícil predicarle a un pueblo la entente que hacer lo contrario. Es probable que me hubiese sido más fácil excitar el sentimiento instintivo de un desquite, que despertar y cultivar de manera durable el sentimiento de la necesidad de una entente europea. Y no obstante, esto es lo que he hecho, He limpiado la opinión política alemana de todo ataque de este género contra nuestros pueblos vecinos. He alejado de la prensa alemana todo odio contra el pueblo francés. Heme esforzado por despertar en nuestra juventud el sentido comprensivo del ideal de tal entente, y ciertamente no sin resultado. Cuando, hace algunas semanas, los deportistas franceses hicieron su entrada en el estadio olímpico de Garmisch-Partenkirchen, pudieron comprobar —creo— en qué medida he logrado modificar los sentimientos del pueblo alemán.

Pues bien, esta disposición moral de buscar y encontrar semejante entente es más importante que sabias tentativas de estadistas para tender sobre el mundo una red de pactos equívocos, tanto jurídica como positivamente.

1936: El acuerdo franco-soviético es una amenaza permanente contra Alemania

En efecto, este nuevo acuerdo franco-soviético introduce en la Europa central, por el pretexto de Checoslovaquia que ha celebrado un acuerdo semejante con Rusia, el poder militar amenazante de un imperio gigantesco.

Lo que es imposible, es el hecho de que, en su acuerdo, ambos Estados se comprometen, en caso de complicaciones en la Europa oriental, a pesar ellos mismos la cuestión de las responsabilidades, sin tornar en cuenta una decisión ya adoptada o no del Consejo de la S.D.N. y, por consiguiente, a considerar si procede o no la ayuda mutua. El alegato según el cual una reserva agregada vendría a suprimir, en este pacto, la primera obligación, es incomprensible. Pues es imposible fijar, por una parte, un procedimiento que rompiera expresamente con una obligación reconocida en otra parte y que, por consiguiente, tomara a su vez un valor de obligación, y por otra parte, pretender que no se está obligado a obrar en contra de esas obligaciones anteriores. En este caso, el primer compromiso llegaría a ser irrazonable y, por lo tanto, incomprensible.

Pero este problema es, ante todo, un problema político y pide ser examinado, en tanto que tal, con toda la atención que su importancia merece...

Este pacto, no lo ha celebrado Francia con una potencia europea ordinaria. Ya antes del pacto renano, Francia tenía pactos de ayuda tanto con Checoslovaquia como con Polonia. Alemania no se ofuscó por ello, no solamente por que esos pactos —a diferencia del pacto franco-ruso— se sometían a las opiniones de la S.D.N., sino porque la Checoslovaquia de entonces, y sobre todo Polonia, parecían sostener, ante todo, la política de sus propios intereses nacionales.

Alemania no tiene la intención de atacar a esos Estados, y tampoco cree que a ellos les interese atacar a Alemania. Pero, sobre todo: Polonia seguirá siendo Polonia, y Francia, Francia. En cuanto a la Rusia Soviética, ella es el organismo central, erigido en Estado, de la idea de una revolución mundial. Su concepción del Estado es una profesión de fe en honor de la

revolución mundial. No se podría decir si esta concepción no prevalecerá también en Francia, mañana o pasado mañana. Pues bien, si tal caso debiera producirse —y como estadista alemán, tengo el estricto deber de considerar esta eventualidad— es entonces seguro que este nuevo Estado bolchevique sería una sección de la Internacional bolchevique, lo cual quiere decir que no serían dos Estados diferentes, que se pronunciarían, según las propias apreciaciones objetivas de cada uno, sobre la cuestión de agresión o no agresión, sino que la decisión sería tomada por una sola autoridad dominante. Y en el caso de que las cosas evolucionaran en este sentido, esta autoridad no sería va París, sino Moscú.

Así como Alemania está en la imposibilidad —aunque no sea más que por razones puramente territoriales— de atacar a Rusia, así Rusia estaría en todo tiempo, por la vía indirecta de sus posiciones avanzadas, en situación de desencadenar un conflicto con Alemania. La comprobación del agresor sería igualmente segura de antemano, puesto que se haría fuera del Consejo de la S.D.N. El alegato o la objeción según, la cual Francia y Rusia no harían nada que pudiese exponerlas eventualmente a sanciones de parte le Inglaterra o de Italia no resiste, porque no se ve qué clase de sanciones podrían aplicarse eficazmente contra un bloque militar y doctrinal tan formidable.

Durante años, hemos puesto en guardia contra esta evolución y expresado nuestra inquietud a este respecto. No es porque tengamos que temerla más que otras sino porque esta evolución puede acompañarse un día de terribles consecuencias para toda Europa. Se ha tratado de refutar nuestras serias objeciones y nuestros temores a este respecto, invocando la falta de preparación del instrumento de guerra de Rusia, y aun haciendo notar que este instrumento era de una pesadez absolutamente impropia para una guerra europea. Siempre hemos combatido esta manera de ver, no porque podamos pensar por un instante que Alemania fuese inferior *a priori*, sino porque todos sabemos que, el número tiene su importancia particular y obra con un peso particular. Estamos tanto más reconocidos de las precisiones que M. Herriot ha dado, precisamente, a la Cámara francesa sobre el poder militar ofensivo de Rusia. Sabemos que M. Herriot ha obtenido esos datos del propio gobierno soviético. Estamos convencidos de que éste no puede haber proporcionado datos falsos al inspirador moral en Francia de la nueva alianza, como tampoco dudamos que M. Herriot haya reproducido fielmente estas informaciones.

De dichas informaciones resulta:

1º Que el ejército ruso tiene un efectivo de paz de 1.350.000 hombres.

2º Que sus efectivos de guerra y sus reservas alcanzan a 17.500.000 hombres.

3º Que posee el más fuerte contingente de carros de asalto que existe.

4º Que dispone de la mayor flota aérea del mundo.

La aparición en el teatro de la Europa central de este formidable factor militar —cuya movilidad y cuyo valor, desde el punto de vista de los cuadros y de la aptitud para entrar en lucha en cualquier momento, han sido tan elogiados—, destruye todo verdadero equilibrio europeo. Impide, además, toda estimación de los medios de defensa necesarios, en tierra y aire, para los Estados europeos interesados, especialmente para Alemania, el único país considerado como adversario.

Esta movilización gigantesca del Este contra la Europa central, va no solamente contra la letra sino también contra el espíritu del pacto de Locarno. Nosotros, que somos los afectados, no somos los únicos que tenemos este sentimiento; también lo experimentan innumerables personas clarividentes de todos los países, y esta idea ha sido sostenida abiertamente en todas partes, tanto en la prensa como en los círculos políticos.

El 21 de febrero un periodista francés se dirigió a mí, rogándome que le concediera una entrevista.(12) Como se me hizo saber que se trataba de uno de esos franceses que se esfuerzan, lo mismo que nosotros, por encontrar vías de armonía entre los dos pueblos, estuve tanto menos dispuesto a rehusarla, cuanto que una negativa habría sido considerada inmediatamente como una muestra de desdén por mi parte para con los periodistas franceses. Di los esclarecimientos deseados, como los he dado abiertamente cien y mil veces en Alemania, y traté, una vez más, de dirigirme al pueblo francés preconizando una entente que tanto nos interesa y que tanto desearíamos ver realizada; pero expresé también mi profundo pesar por la evolución que eventualmente pudiera resultar de la celebración de un pacto que, a nuestro parecer, ninguna necesidad comprensible imponía, pero cuya realización no podía dejar de crear, en Francia, una situación nueva. Como sabéis, esta entrevista fue retenida por razones que ignoramos y sólo apareció al día siguiente de la ratificación del pacto por la Cámara francesa.

Así como estaría dispuesto, aun en el futuro, conforme a lo que decía en esa entrevista, a apoyar esa alianza franco-alemana, asimismo estoy

sinceramente deseoso de empeñarme en ella, porque considero esta entente como un elemento necesario para la garantía de Europa contra los peligros imprevisibles, y porque no puedo concebir que otra forma de comportarse sea susceptible de traer una ventaja cualquiera a los dos pueblos y, aun más, que cualquiera otra actitud conduciría a gravísimos peligros internacionales; y también me siento obligado por la noticia de la conclusión definitiva de este pacto, a proceder a un nuevo examen de a situación así creada, y a sacar de ello las consecuencias necesarias.

1936: Respuesta al pacto franco-soviético: proyecto de paz del gobierno alemán

Los largos debates y las resoluciones del Parlamento francés, han demostrado que Francia, a pesar de las representaciones alemanas, está resuelta a poner definitivamente en vigencia el pacto con la Unión Soviética. (13)

Una conversación diplomática ha establecido también que Francia se considera ahora como ligada ya por la forma del pacto, que se efectuó el 2 de mayo de 1935.

Ante tal desarrollo de la política europea, el gobierno del *Reich* no puede permanecer inactivo, si no quiere abandonar o descuidar los intereses del pueblo alemán que le están confiados. El gobierno del *Reich*, en el curso de las negociaciones de estos últimos años, ha subrayado siempre que quería respetar y cumplir todas las obligaciones resultantes del pacto renano, mientras los demás contratantes estuvieran dispuestos, por su parte, a observar este pacto. Esta condición natural puede ser considerada como no observada ya por Francia. Francia ha respondido a los ofrecimientos amistosos y a las reiteradas seguridades pacíficas de Alemania, con una alianza militar exclusivamente dirigida contra Alemania, en violación del pacto renano.

Con esto el pacto renano del Locarno ha perdido su sentido verdadero y, prácticamente, dejado de existir. Así, Alemania tampoco se considera ya ligada a este pacto caduco. El gobierno alemán está ahora obligado a hacer frente a la nueva situación creada por esta alianza, situación agravada por el hecho que el pacto franco-soviético ha encontrado su complemento en un tratado de alianza establecido de una manera exactamente paralela, entre Checoslovaquia y la Unión Soviética. En el interés del derecho elemental que tiene un pueblo a asegurar sus fronteras y a salvaguardar sus

posibilidades de defensa, el gobierno del *Reich* a restablecido, pues, desde hoy, la plena y total soberanía del *Reich* en la zona desmilitarizada de Renania.

Pero, para evitar todo malentendido sobre sus intenciones, y para no dejar la menor duda sobre el carácter puramente defensivo de esta medida, así como para expresar su inmutable deseo de una verdadera pacificación de Europa entre Estados iguales en derechos e igualmente respetados, el gobierno del *Reich* se declara dispuesto a celebrar, sobre la base de las proposiciones siguientes, nuevos acuerdos para establecer un sistema de garantía de la paz europea:

1º El gobierno del *Reich* se declara dispuesto a abrir inmediatamente negociaciones con Francia y Bélgica, a fin de crear una zona desmilitarizada recíproca. Se declara dispuesto a dar de antemano su consentimiento al proyecto de tal zona, cualesquiera que sean su profundidad y sus esfuerzos, bajo reserva de una paridad absoluta.

2º El gobierno del *Reich* propone, a fin de garantizar la integridad y la inviolabilidad de las fronteras en el Oeste, celebrar un pacto de no agresión entre Alemania, y Francia y Bélgica. El gobierno del *Reich* está dispuesto a fijar la duración de este pacto en 25 años.

3º El gobierno del *Reich* desea invitar a Inglaterra e Italia a firmar este tratado como potencias garantes.

4º El gobierno del *Reich* consiente, en el caso de que el gobierno real holandés lo deseara y los demás contratantes lo juzgaran oportuno, en comprender a los Países Bajos en el sistema contractual.

5º Para reforzar aún estas convenciones de seguridad, el gobierno del *Reich* está dispuesto a concluir entre las potencias occidentales un pacto aéreo adecuado para alejar, automática y eficazmente, el peligro de un ataque aéreo repentino.

6º El gobierno del *Reich* reitera su ofrecimiento de celebrar con los Estados limítrofes al Este pactos de no agresión análogos al celebrado con Polonia. Como el gobierno lituano ha corregido en cierta medida, en estos últimos meses, su actitud con respecto al territorio de Memel, el gobierno del *Reich* retira la excepción concerniente a Lituania, que había debido hacer antaño. Se declara pronto a concluir igualmente con Lituania semejante pacto de no agresión, a condición de que la autonomía garantizada al territorio de Memel sea establecida eficazmente.

7º Ahora que Alemania ha alcanzado definitivamente su igualdad de derechos y restablecido su plena soberanía sobre el conjunto del territorio del *Reich,* el gobierno del *Reich* considera que el principal motivo de su salida de la Sociedad de las Naciones está eliminado. En consecuencia, está dispuesto a volver a la Sociedad de las Naciones. Expresa, a este respecto, la esperanza de que, dentro de un plazo conveniente, negociaciones amistosas permitan esclarecer la cuestión de la igualdad de derechos en materia colonial, y la de la separación del estatuto de la Sociedad de las Naciones de su base de Versalles.

1938: La frontera con Francia definitivamente fijada

«Cualquiera que pueda ser la consecuencia de los próximos acontecimientos, he trazado una clara frontera alemana por el lado de Francia, y trazo ahora otra igualmente clara por el lado de Italia: es el Brenner».(14)

El pueblo francés y el pueblo alemán, iguales en derechos, no deben ya considerarse como enemigos hereditarios, sino respetarse mutuamente

Cuando tomé el poder, hace tres años,(15) el pueblo alemán estaba en Europa rodeado de enemigos.

La gente se dejaba entonces conducir por el odio, la desconfianza, el temor y el orgullo. Me esforcé por introducir la razón en las relaciones de Alemania con el resto del mundo. Me esforcé por construir estas relaciones sobre los principios, que han sido reconocidos como eternamente justos, de la solidaridad humana. Traté de explicar al mundo y al pueblo alemán que Europa es un pequeño concepto; que, en esta pequeña Europa, desde hace siglos, no se han verificado grandes cambios; que Europa constituye en el hecho, una familia de pueblos, pero que los miembros de esta familia, teniendo una personalidad bien formada, constituyen naciones que tienen una fuerte tradición que se apoya en un gran pasado, una civilización que ellos consideran como propia de cada cual, y que miran con orgullo hacia el porvenir. Me he esforzado por hacer comprender a mi pueblo, y también a los demás pueblos, que toda disensión llena de odio no puede tener sino pequeños resultados. Las fronteras de los Estados europeos pueden cambiar, las de los pueblos permanecen estables. No hay espacios vacíos en Europa en los que las masas de un pueblo puedan desparramarse. No hay ninguna

necesidad —pues sería una locura— de despojar a los pueblos de su propia naturaleza para imponerles costumbres extranjeras. Partiendo de esta simple consideración, me he esforzado en mejorar las relaciones de Alemania con sus vecinos, y mi tentativa no ha dejado de tener éxito.

Hace tres años, cuando Alemania estaba separada de Polonia por el más serio conflicto, logré atenuar poco a poco las tensiones, y gracias al espíritu de profunda comprensión de otro gran *Führer* y estadista, afortunadamente logré acercar lentamente a dos pueblos entre sí. De este acercamiento nació poco a poco una entente, y de esta entente la convicción de que es necesario mantener entre vecinos relaciones amistosas y tenerse una mutua estimación. Estoy convencido de que llegará un día en que ya no se comprenderá cómo dos pueblos hayan podido vivir en la atmósfera entonces reinante de una llamada hostilidad hereditaria. Me he esforzado por normalizar las relaciones entre los dos pueblos en la medida en que esto concierne a Alemania. Lo he conseguido y esto en el interés de dos pueblos, y sin duda sólo en perjuicio de algunos excitadores comunistas. Uno de los frutos de esta entente es que la economía de los pueblos haya obtenido algún provecho de ella. No hemos sido nosotros los únicos beneficiarios; también lo han sido los demás. ¿Qué podría resultar, razonablemente, a la larga, del estado de cosas que existía anteriormente entre los dos países? En esa época, ya no era perfectamente seguro que Polonia no destruiría jamás a Alemania, y que Alemania tampoco suprimiría nunca a Polonia. Dos pueblos constituyen realidades y hacen bien en arreglarse para que sus relaciones se hagan soportables.

Ese mismo pensamiento es el que me inspiró en mi actitud hacia el Oeste, como me había inspirado hacia el Este. Aquí también me esforcé —creo que por primera vez—, como nacionalista alemán, por mostrar que el mantenimiento de la doctrina del enemigo hereditario debe ser y es irrazonable para los dos pueblos, porque está desprovista de sentido.

Quizá muchos dirán, aquí también, que éste es un ideal; pero creo en este ideal, y creo también que, en esto, la razón terminará por triunfar En todo caso, creo que será necesario recurrir a todo para ayudar a la razón a obtener la victoria. Lo creo como nacionalista alemán, y sólo porque soy un nacionalista puedo hablar así, pues de ninguna manera podría yo abandonar nada de los derechos de mi pueblo. Pienso en ello tan poco como en suprimir los derechos de los demás pueblos. Quiero encontrar una síntesis entre los derechos de los demás pueblos. No quiero despojar al pueblo

vecino de sus derechos, como tampoco quiero que se quite a Alemania los suyos.

Creo que ante todo es necesario que los dos pueblos se levanten el uno frente al otro como factores que disponen en Europa de derechos absolutamente iguales, pues solamente sobre la base de tal igualdad de derechos podrá fundarse el respeto recíproco que es indispensable. El reproche que dirijo a los estadistas anteriores, es no haber querido entenderse con los mejores elementos de Alemania y no haber edificado, desde el principio, la entente sobre la idea de una absoluta igualdad de derechos.

Mi política de acercamiento parte de la idea de que no puede haber sino dos partes iguales en derecho o que no haya en absoluto partes. Sobre la igualdad de derechos se funda la consideración recíproca. De esta consideración nace el respeto que uno tiene por el otro y viceversa. Ambos pueblos han derramado una infinidad de veces, sobre les campos de batalla, la sangre de los mejores de sus hijos. Las fronteras han sido trasladadas, ora en un sentido, ora en otro, en una distancia de 50 a 100 kilómetros. Con tal método, es imposible llegar a un resultado definitivo; pero, si se continuase en él, ambos pueblos seguirán derramando lo mejor de su sangre. Vivirían en la angustia y en la desconfianza, en el temor y en el odio, para mayor perjuicio de su economía.

Creo que una serena reflexión mostrará también un día a estos dos pueblos el camino que deben seguir, y si alguien me dice que ese es un ideal, le respondo: Algo que corresponde a la razón es, en último término, una realidad. Tal concepción de las relaciones franco-alemanas es mucho más real que la concepción de los que creen no poder abordar los problemas sino con el temor y el odio en la boca. Sin duda, cuando hablo así, hablo siempre como nacionalista alemán; pero precisamente eso es lo que constituye el valor de lo que he dicho. Tal vez hay en Francia gentes que dicen con señales de denegación: *«Pero el hombre que habla así es un nacionalista alemán»*. No puedo sino responderles:

«Tanto mejor. Tanto mejor si es precisamente un nacionalista alemán quien quiere tenderos la mano de la armonía; pues, si fuera otro el que lo hiciera, su gesto sería desprovisto de valor. En efecto, solamente el que puede ganar a todo el pueblo alemán a este ideal y a esta armonía es el que realiza una obra verdaderamente útil».

El que no recurre sino a aquéllos que se pueden calificar de internacionales, trae consigo la desgracia de su pueblo, pues lo que hay de más preciso en un pueblo es lo que está animado del sentimiento nacional. Lo que es invocado en el pueblo mismo, lo que tiene una tradición fuerte, lo que es orgulloso y audaz, he ahí lo que traigo, por el momento, como representante de 67 millones de hombres. Hay aquí muchos que dicen que la razón no es el factor decisivo, sino que existen otros, imponderables, que conviene tomar en cuenta. Creo que no existe nada precioso que no pueda someterse a la razón. Por eso me opongo a que se sustenten en política, concepciones que no tienen por base la razón. Me dicen a veces: «*Nunca ha sido así, y la política, tal como hasta ahora se ha practicado, prueba que, a la larga, es una cosa imposible*». No, la experiencia política enseña que, finalmente, los métodos que se han seguido hasta ahora nunca han llegado a ningún resultado, y por eso repudio semejante política. Me dicen: «*Pero usted es un nacionalista alemán, usted debe buscar triunfos militares*». Sólo puedo responder que mi ambición me lleva hacia triunfos muy diferentes. Soy un nacionalista alemán, y representaré a mi pueblo con el fanatismo de un soldado del gran ejército de antaño. Pero, procediendo así, no cierro los ojos ante las tareas vitales en presencia de las cuales nos encontramos. Cuando me dicen que, corno nacionalista, debería querer celebrar un triunfo militar, respondo: «*Me siento feliz si puedo celebrar otros. Sé lo que es la guerra. Lo sé harto mejor que muchos politiqueros internacionales, en todo caso, mejor que los excitadores profesionales a la guerra*». Cuando oigo los nombres de los que hoy sostienen que no debe efectuarse ninguna reconciliación, y que hay que recurrir a la fuerza, debo decir que se han dirigido a ellos para contribuir al triunfo de la fuerza. Hay muchos que no vi en el sitio que deberían haber ocupado. He combatido concienzudamente, como un simple soldado, y ha habido más de uno que, desgraciadamente, no ha hecho más que sacar provecho de la guerra. Considero la guerra de una manera completamente diferente de como la consideran muchos de mis contradictores. Vemos en la guerra algo terrible, no porque seamos cobardes, sino porque, en efecto, es terrible. En cuanto a los otros, ven en la guerra algo hermoso, no porque sean valientes, sino porque ella les ha permitido hacer buenos negocios. Son muchos, que no comprenderemos jamás. Cuando hablan de orgullo, tienen una concepción diferente de lo que llamamos orgullo. En cuanto a mí, tengo la ambición de levantarme un monumento en el pueblo alemán. Pero también sé que es más fácil

levantarse este monumento en la paz que en la guerra. Si hoy nos viéramos arrastrados a una guerra, cada proyectil de 30 cm nos costaría 3.000 marcos, y si agregase a esta suma otros 1.500 marcos, podría construir una casa por obrero, y si acumulo en una vez un millón de esos proyectiles, todavía estoy lejos de tener un monumento. Pero si construyo un millón de casas en las cuales puedan vivir numerosos obreros alemanes, entonces me levanto un monumento en su corazón.

Mi ambición me lleva a querer para Alemania los mejores establecimientos para la educación de la juventud.

Quiero que poseamos en Alemania los más hermosos estadios, que se terminen nuestros caminos, quiero que, en todos los dominios de la cultura humana, Alemania esté en el primer rango, tal es mi ambición.

Quiero que la fuerza de trabajo de mi pueblo se desarrolle para darnos obras nuevas; pero lo que no quiero es que otro pueblo se mezcle en nuestros asuntos y crea que puede quitamos cualquier cosa. No vivo sino para mi pueblo y el movimiento nacionalsocialista no piensa sino en este pueblo. Veo ante mí esos millones de hombres que tienen una labor tan pesada y que gozan tan peco de la vida, que a menudo tienen que luchar con tantas preocupaciones y a los cuales la felicidad les está distribuida con tanta parsimonia.

El movimiento nacionalsocialista sólo quiere ayudar a esos hombres. Quiere tratar de hacerles la vida más fácil y más bella; pero, y hablo aquí como nacionalsocialista, no quiero que el pueblo alemán llegue a ser jamás esclavo de otro pueblo.

Estaré en todo momento dispuesto a celebrar un acuerdo con el gobierno francés. Apelamos a ambos pueblos. Hago al pueblo alemán esta pregunta: *«Pueblo alemán, ¿quieres que entre nosotros y Francia se sepulte por fin el hacha de la guerra, y que se establezca la paz y la armonía?»* Si lo quieres, di: *«Sí»*.(16)

Que al otro lado, se haga la misma pregunta al pueblo francés no dudo que también él quiere la armonía, y quiere también la reconciliación.(17)

Preguntaré en seguida al pueblo alemán:

«¿Quieres que oprimamos al pueblo francés o que lo pongamos en inferior situación de derecho?» Y él dirá: *«No, no lo queremos»*.

Que al otro lado se plantee la misma cuestión al pueblo, preguntándole si quiere que el pueblo alemán tenga, en su propia casa, menos derechos

que cualquier otro pueblo; estoy convencido de que el pueblo francés dirá: *«No, no lo queremos»*.(18)

La unión necesaria de los pueblos arios contra el enemigo común: los judíos

Sobre este punto también, el nacionalsocialismo deberá realizar una de sus más importantes tareas:

Debe abrir los ojos de nuestro pueblo sobre la esencia verdadera de las naciones extranjeras y recordarle sin cesar cuál es el verdadero enemigo del mundo actual. No predicará el odio a los pueblos arios de los que casi todo puede separarnos, pero a los cuales estamos ligados por la comunidad de la sangre y una civilización idéntica en sus grandes líneas; denunciará a la cólera de todos al enemigo peligroso de la humanidad que designará como el verdadero autor de todos nuestros males.

Su mayor preocupación será que al menos nuestro país conozca cuál es su verdadero enemigo, y procederá de manera que la lucha que libremos contra él sea corno una estrella anunciadora de los tiempos nuevos guiando a los demás pueblos hacia el camino que deben seguir para la salvación de una humanidad ario militante.

Por lo demás, que la razón sea nuestro guía y la voluntad nuestra fuerza. Que el deber sagrado que nos dicta nuestros actos nos dé la perseverancia y que nuestra fe siga siendo para nosotros la protectora y la maestra suprema.

CAPÍTULO OCTAVO

TERRITORIO Y ESPACIO

La libertad de existencia no es asegurada sino por la posesión de un territorio suficiente

La política exterior del Estado racista debe asegurar los medios de existencia en este planeta a la raza que agrupa el Estado, encontrando una relación sana, durable y conforme a las leyes naturales, entre la cantidad y el crecimiento de la población por una parte, la extensión y el valor del territorio por otra.

Además, esta relación sólo será sana si la alimentación del pueblo es asegurada por los solos recursos producidos por su territorio. Cualquier otro régimen, aunque durara siglos y milenios, no deja de ser malsano y, tarde o temprano, causa a este pueblo un perjuicio, si no su ruina.

Sólo un espacio suficiente sobre esta tierra asegura a un pueblo su libertad de existencia.

Por otra parte, juzgar de la extensión necesaria de un territorio de población tomando por base las solas necesidades de la época actual, o aún la importancia de la producción, es imposible... Cuando un pueblo ve su alimento garantizado por la extensión del territorio que posee actualmente, siempre debe, sin embargo, preocuparse de su seguridad. Pues bien, esta seguridad proviene del poder político del Estado, poder que es directa mente función del valor militar de su situación geográfica.

El pueblo alemán no podría considerar su porvenir sino en calidad de potencia mundial. Durante cerca de dos mil años, la conducta de los intereses de nuestro pueblo, es decir, nuestra más o menos feliz política externa, formaba parte integrante de la historia mundial.

Hoy,(19) *Alemania no es una potencia mundial*. Aunque nuestra provisoria impotencia militar terminara, no podríamos ya aspirar a ese título. Colocándonos simplemente desde el punto de vista territorial, ¿qué es la superficie del territorio alemán comparada con lo que se llama las

potencias mundiales? Que no vengan a presentarnos a Inglaterra como una prueba de lo contrario, pues la metrópoli inglesa no es —hay que decirlo— sino la gran capital del imperio mundial inglés, que cubre casi la cuarta parte de la superficie del globo.

Debemos también poner en primera línea como Estados gigantes, a los Estados Unidos, Rusia y China. Son estas formaciones territoriales que, en su mayoría, tienen una superficie territorial diez veces superior a la del actual imperio alemán. Francia misma debe ser comprendida en estos Estados, no solamente porque su ejército se completa y aumenta cada día, gracias a los recursos de las poblaciones de color de su gigantesco imperio, sino también porque su invasión por los negros es tan rápida que verdaderamente se puede decir que en Europa está naciendo un Estado africano.

El movimiento nacionalsocialista debe esforzarse por suprimir la desproporción existente entre la cifra de nuestra población y la superficie de nuestro territorio —siendo ésta a la vez proveedora de víveres y punto de apoyo del poder político— por hacer igualmente desaparecer el desacuerdo entre nuestro pasado histórico y nuestra debilidad actual.

El derecho al suelo y a la tierra puede llegar a ser un deber cuando un gran pueblo es conducido a la ruina porque no puede extenderse. En particular, si no se trata de una pequeña población negra, sino de Alemania, madre de toda vida, madre de toda la civilización actual. *Alemania será una potencia mundial, o no será*. Pero, para llegar a ser una potencia mundial, necesita esa extensión territorial que le dé, en el presente, la importancia necesaria y que dé a sus ciudadanos la posibilidad de vivir.

Querer restablecer las fronteras de 1914 sería una locura o un crimen

Pretender restablecer las fronteras de 1914 es una locura política enorme cuyas consecuencias harían de ella un verdadero crimen. Sin contar, además, que las fronteras del Reich en 1914 no eran en absoluto lógicas. En realidad, no encerraban a todos los hombres de raza alemana, y, desde el punto de vista estratégico, no eran racionales. No habían sido la can quita de una actividad política reflexiva, sino fronteras provisorias, cuando la lucha estaba siempre abierta; hasta eran debidas, en parte, a los juegos del azar.

Las fronteras de 1914 no tienen ningún valor para la nación alemana. No salvaguardaban el pasado; no son una fuerza para el porvenir. No procurarán al pueblo alemán su unidad interior; le permitirán subsistir. Desde el punto de vista militar, no parecían ni bien escogidas, ni siquiera tranquilizadoras; por último, no traerán ningún mejoramiento a nuestra actual situación frente a las demás potencias mundiales o, digamos mejor, frente a las verdaderas potencias mundiales La distancia a Inglaterra no será disminuida; la magnitud de Estados Unidos no será igualada; la importancia misma de Francia en la política mundial no disminuiría con ello de manera radical.

Una sola cosa sería segura: aunque semejante tentativa triunfara, se llegaría a una nueva sangría de nuestro pueblo, tan grande que no se podría ya consentir en ningún nuevo sacrificio de sangre para asegurar eficazmente la vida y el porvenir de nuestra nación. Por el contrario, en la embriaguez de tal triunfo, aunque no tiene ningún alcance, se renunciaría gustosamente a imponerse nuevos fines, puesto que el "honor nacional" habría recibido reparación y, al menos por algún tiempo, se habrían abierto algunas puertas a nuestro desarrollo comercial.

La marcha de los germanos hacia el Este en la historia

Cuando uno se dedica a un examen profundo de la historia de Alemania desde hace más de mil años, cuando se hacen desfilar todas sus guerras, sus innumerables combates, cuando se analizan los resultados definitivos tales como aparecen ahora, es preciso reconocer que, de ese mar de sangre, sólo surgen tres hechos en los cuales se pueden ver los frutos durables de una política exterior clarividente y simplemente de una política:

1º La colonización de la marcha del Este efectuada principalmente por los bávaros

2º La conquista y la penetración en el territorio al Este del Elba.

3º La organización del Estado brandeburgués prusiano por los Hohenzollern, Estado que fue a la vez el modelo y el núcleo de cristalización de un nuevo imperio.

¡Qué fecundas enseñanzas para el porvenir nos dan estos hechos! Los dos primeros grandes triunfos de nuestra política exterior han sido los más durables. Sin ellos, nuestro pueblo no desempeñaría ya ningún papel. Representan la primera tentativa —desgraciadamente, fue la única que triunfó— de hacer concordar el crecimiento de la población y el territorio.

Y es un verdadero desastre que los historiógrafos alemanes nunca hayan sabido dar su justo valor a estas dos grandes realizaciones de sin igual importancia para la posteridad, en tanto que cantan la gloria de todo y de nada, y elevan a las nubes un heroísmo aventurero, innumerables guerras y combates arriesgados, que, en su mayoría, no han influido en el porvenir de la nación.

Continuación de la política del Este

Por eso, nosotros, nacionalsocialistas, abandonamos deliberadamente la orientación de la política externa de preguerra. Comenzamos allí donde se había terminado seiscientos años atrás. Detenemos la eterna marcha de los germanos hacia el Sur y el Oeste de Europa y dirigimos nuestras miradas hacia el Este.

Ponemos fin a la política colonial y comercial de preguerra, e inauguramos la política territorial del porvenir.

Alemania y Rusia

Pero hablar hoy de nuevas tierras en Europa, es pensar ante todo, en Rusia y en los países vecinos que de ella dependen.

El destino mismo parece querer demostrárnosla con el dedo: al entregar ese país al bolchevismo, privó al pueblo ruso de esa clase de intelectuales que fundó y dirigió hasta ese día su existencia de Estado. Pues la organización del Estado ruso no debe ser atribuida a las aptitudes políticas del eslavismo en Rusia. Antes debe verse en ella un notable ejemplo de la actividad del elemento germánico, capaz de crear Estados, en el seno de una raza de menor valor. Hay en la tierra muchos Estados poderosos, que han sido creados de este modo. Pueblos inferiores, que tenían a su cabeza organizadora y maestros de raza germánica, a menudo se han inflado hasta convertirse, en cierto momento, en Estados poderosos, y han continuado siéndolo por tanto tiempo como el núcleo de la raza creadora de Estado permaneció sin mancilla. Desde hacía siglos, Rusia vivía a expensas del núcleo germánico de sus capas superiores dirigentes. Este núcleo está ahora aniquilado y extirpado. El judío ha ocupado su lugar. Y si el ruso no puede sacudir por sí mismo el yugo del judío, el judío tampoco podrá conservar por mucho tiempo el poderoso Estado.

Rusia y los judíos. No hay posibilidad de entente con Rusia

El judío no es un elemento organizador; es un fermento de descomposición. El gigantesco Estado del Este está maduro para el derrumbe. Y el fin de la dominación judía en Rusia será también el fin del Estado ruso. El destino nos ha elegido para asistir a una catástrofe que será la prueba irrefutable de la exactitud de las teorías racistas sobre las razas humanas.

Y nuestra tarea, la misión del movimiento nacionalsocialista, es hacer adoptar a nuestro pueblo estas concepciones políticas. Ellas le mostrarán su porvenir, no como una embriagadora y nueva campaña de Alejandro, sino como el trabajo laborioso del arado alemán al que la espada debe dar la tierra...

Los actuales amos de Rusia no tienen la menor intención de celebrar una alianza honrada, ni sobre todo de observarla.

Nadie trata con una parte cuyo único interés es la destrucción de la otra parte...

El peligro que ha hecho sucumbir a Rusia es siempre una amenaza para Alemania.

Hay que ser un burgués ingenuo para creer conjurado el bolchevismo. Su espíritu superficial no sospecha en absoluto que ese movimiento tiene toda la fuerza de un instinto: la aspiración del pueblo judío a la dominación universal, tendencia tan natural como la que impulsa al anglosajón a asegurarse el poder sobre esta tierra... El judío también sigue su camino que lo conduce a introducirse en los pueblos y a vaciarlos de su substancia, y sus armas son la mentira y la calumnia, el envenenamiento y la descomposición: pues prosigue la lucha hasta que el adversario detestado perezca de manera sangrienta. *Debemos ver en el bolchevismo ruso la tentativa de los judíos en el siglo XX por conquistar la dominación mundial...*

La lucha contra la bolchevización mundial judía debe comportar una actitud definida frente a la Rusia Soviética. No se puede echar al diablo por Belcebú.

CAPÍTULO NOVENO

LAS TEORÍAS ESTÉTICAS DEL NACIONALSOCIALISMO

El arte bolchevique reniega del pasado y conduce al caos

Y a fines del siglo pasado, comenzaba a infiltrarse en nuestro arte un elemento que hasta entonces, era casi completamente desconocido. Sin duda que en épocas anteriores, se habrían cometido muchas faltas de gusto, pero tales casos eran más bien errores artísticos a los cuales la posteridad ha podido reconocer cierto valor histórico; nunca se trataba de obras que hubieran perdido todo carácter artístico, y a las cuales hubiera dado nacimiento una depravación intelectual llevada hasta una total ausencia de espíritu. En esas manifestaciones culturales fue donde comenzó entonces a aparecer el derrumbe que en el dominio político se hizo visible solamente más tarde. El bolchevismo en el arte es, por lo demás, la única forma cultural viviente del bolchevismo y su única manifestación de orden intelectual.

Si se encuentra singular esta manera de ver, examínese solamente el arte de los Estados que han tenido la dicha de estar sometidos al bolchevismo, y se podrá contemplar con horror lo que constituye el arte oficialmente reconocido, el arte de Estado, las extravagancias de locos o de decadentes que las teorías del cubismo o del dadaísmo nos han enseñado a conocer desde fines del siglo pasado.

Aun durante la corta vida de la república soviética bávara, este fenómeno había aparecido. En eso se podía ya ver hasta qué punto todos los carteles oficiales, los dibujos de propaganda de los diarios, etc... llevaban no solamente el sello de la descomposición política, sino también el de la descomposición de la cultura.

La característica de esa época (de arte decadente) es la siguiente: no sólo ha producido más inmundicia que ninguna otra, sino que, además mancillaba todo lo que hay de verdaderamente grande en el pasado. Por lo demás, es éste un fenómeno siempre visible en épocas semejantes. Cuanto

más bajas y miserables son las obras de una época y de sus hombres, tanto más detestan éstos a los testigos de una grandeza y una dignidad pasadas, porque ellas han sido superiores. La labor que se escoge entonces, es borrar los recuerdos del. pasado de la humanidad, para presentar impúdicamente su propia chapucería como arte, estando suprimida toda posibilidad de comparación.

El arte verdadero se une al pasado

Cuanto más deplorable y miserable sea cada nueva institución, tanto más tratará de borrar los vestigios del pasado; mientras que una renovación grande y verdadera de la humanidad no teme unirse a las bellas obras de las generaciones pasadas, y a menudo hasta trata de realzar su valor. No teme palidecer ante el pasado, pues aporta al tesoro común de la cultura humana una contribución tan preciosa que, a menudo, ella misma quería mantener el recuerdo de las obras antiguas para rendirles el homenaje que se les debe, a fin de poder asegurar a su producción nueva la plena comprensión del presente.

Cuando una idea nueva, una enseñanza nueva, una nueva concepción del mundo, o un movimiento político o económico, trata de negar todo lo pasado, lo pinta como malo o sin valor; esta sola razón debe bastar para llenamos de desconfianza y de circunspección. En la mayoría de los casos, tal odio tiene su origen en el mediocre valor del que lo expresa, o en alguna mala intención. Una renovación verdaderamente beneficiosa de la humanidad deberá siempre y eternamente construir en el sitio mismo donde se detiene la última fundación sólida. No tendrá que avergonzarse de servirse de verdades ya establecidas; pues toda la cultura humana y el hombre mismo, resultan de una evolución larga y única, en la cual cada generación ha aportado su piedra para construir el edificio.

La significación y el objeto de las revoluciones no son, pues, destruir todo este edificio, sino suprimir lo que está malo o mal adaptado y seguir construyendo al lado de lo que existe, en el sitio sano que de nuevo se ha dejado libre. Solamente a este precio se tendrá el derecho y la posibilidad de hablar de un progreso de la humanidad, De lo contrario, el mundo volvería siempre al caos, pues cada generación se atribuiría entonces el derecho de renegar del pasado y, por ende, antes de consagrarse a su vez al trabajo, destruir la obra de las generaciones anteriores.

El judío, destructor de la cultura

...El más alto resultado obtenido por la comunidad humana no es de ningún modo —como lo creen, sobre todo, los economistas— lo que se llama la economía, sino la cultura. No hay que ver, pues, una mera casualidad en el hecho de que toda tentativa anarquista se acompañe de una lucha salvaje contra los más altos resultados obtenidos por la comunidad, es decir, contra las adquisiciones culturales. En su tentativa anárquica por volver a las formas primitivas, el individuo de baja clase, humillado por la comunidad del Estado, desencadena siempre, automáticamente, su furor contra las adquisiciones más elevadas del trabajo colectivo.

La historia de Egipto, de los Estados de la Mesopotamia y la de las época culturales, más próximas a nosotros, de la antigua Hélade y de Roma, nos enseñan que los tiempos de rebelión anárquica han sido siempre acompañados de salvajes destrucciones de templos, de edificios, de monumentos, etc...

De los iconoclastas de la Edad Media a los destructores de iglesias y monumentos de la cultura en España, la historia se repite enteramente.

Tampoco hay que ver una casualidad en el hecho de que el elemento judío, en el momento en que cree poder levantarse contra el Estado para tomar su dirección, trate primeramente de aniquilar los más preciosos resultados colectivos alcanzados por los Estados.

Ridiculizar las obras de una cultura histórica, burlarse de los venerables monumentos de la historia del arte y de las tradiciones culturales sagradas, parodiar con cinismo las obras maestras inmortales hasta poner en ridículo, y de la manera más repugnante, todas las cosas de la fe, tomar conscientemente el contrapié del sentimiento natural y sano de la belleza, el culto de lo odioso y de lo feo, de todo lo que es claramente mórbido; ésos no son sino diversos rasgos de una actitud uniforme que traduce la negativa de admitir los resultados del trabajo, de las conquistas más nobles de la comunidad humana y, en resumidas cuentas, la negación de principio de toda esta actividad cultural.

Por eso existe una relación indisoluble entre la acción destructiva de la judería sobre la vida económica y su acción no menos destructiva en todos los demás dominios de la cultura humana. Si esta judería parece colocarse, en el terreno positivo de la cultura, y hasta finge ayudar a desarrollarla, se trata, casi siempre, de una simple maniobra para explotar comercialmente

una situación dada con más o menos astucia, una realización humana superior que, por el momento, no se puede destruir.

Política y cultura están íntimamente ligadas

He aquí un principio fundamental:

Ningún ser humano puede tener relaciones intimas con una realización cultural que no resulte de los elementos de su propio origen.

Ciertamente, podemos, gracias a una buena instrucción general, respetar las creaciones artísticas de otros pueblos que no son, en último análisis, incomprensibles, o nos impresionan poco, y demostrarles nuestra estimación. Pero tales sentimientos son completamente extraños al pueblo judío que, en lo profundo de su ser, y en todo caso en el sentido productivo, nunca ha tenido el sentido de las artes y que, además, ha probado, en el curso de su historia milenaria, que no tiene simia la mala cualidad de ser siempre negador y nunca constructor.

Pero he aquí lo que resulta, además, de tales consideraciones. Si el internacionalismo del arte no es más que una frase estúpida y peligrosa, no es menos malo creer que política y cultura son dos dominios enteramente separados. Lo contrario es la verdad. Si se debe ver en la cultura la realización más elevada de la comunidad, y si no ha podido realizarse sino gracias a la existencia de grandes comunidades, está, pues, indisolublemente ligada a esas fuerzas eternamente creadoras que forman la comunidad humana que la mantienen y que le insuflan su espíritu el elevado.

El Estado, condición primera del arte, y no la economía

Cualesquiera que sean los progresos humanos que perseguimos, todos son perecederos y serán siempre seguidos de nuevos conocimientos, de nuevas experiencias y de los resultados concretos que de ellos se desprenden. Se oye a veces expresar la opinión que parece tan justa y que, no obstante, es tan estúpida: la economía es la condición primera de todo arte.

No. No. Es el Estado la condición primera de la economía, como es la condición primera del arte; el Estado, es decir, las fuerzas políticas constructivas y directivas inherentes a los pueblos. Esta fuerza política y constructiva está más o menos felizmente arraigada en el dominio económico, es decir, en lo perecedero como en el dominio cultural, es decir

en lo inmortal. Creer que la mayor riqueza económica de los pueblos corresponde al más alto desarrollo de la cultura humana, es dar prueba de un conocimiento completamente artificial, por no decir de una ignorancia ciega del desarrollo de la historia de la humanidad.

No son las realizaciones económicas, sino las manifestaciones culturales las que hacen la historia de los hombres y las de las naciones. Es posible que algunos pueblos —y seguramente los hay— hayan conocido una vida económica probablemente mucho más floreciente que la de los antiguos griegos, por ejemplo. Pero la memoria de los unos ha sido transmitida para siempre a la posteridad, gracias a sus obras artísticas y espirituales, mientras que los otros, que no habían producido nada en este dominio, han caído en un completo olvido. Y esto es justicia. En efecto, ¿qué interés podría tener la posteridad en ocuparse de seres humanos que tal vez no han tenido más preocupación que llenar su vientre, o que no han pensado sino en desplegar un lujo que satisfaga sus necesidades personales? Encontramos aquí las mismas leyes que en la vida del individuo.

Todas las riquezas que el hombre consume, por las necesidades materiales de su vida, están condenadas al olvido; sólo lo que ha edificado, lo que deja de durable como huella de su existencia, dará testimonio de su paso por la tierra. El manuscrito de un filósofo hambriento vivirá eternamente en la historia de la humanidad, mucho más que las empresas lucrativas del mas vanidoso de los capitalistas.

Y que no me vengan a decir que el filósofo no podría haber compuesto su obra sin el capitalista. Hay músicos que han quedado inmortales para la posteridad, pero que, desgraciadamente, han muerto de hambre. En cambio, ha habido Cresos, que podían satisfacer todos los deseos humanamente imaginables y que, a pesar de esto, están enteramente borrados de la memoria de los hombres; y gracias a Dios, es así. Todas las grandes realizaciones culturales del hombre son seguramente el testimonio más elevado, que pueda dar de su superioridad sobre los demás seres vivientes. Sin embargo, estas realizaciones quedan, por este hecho, para siempre extrañas a los que no han podido contribuir a este progreso de la humanidad ni participar espiritualmente en este movimiento, sino que, de una manera cualquiera, se han quedado en la animalidad. Por eso también, los pueblos que carecen de respeto por el Estado, carecen de respeto por la cultura.

Y por eso el bolchevismo político va acompañado del bolchevismo cultural.

El siglo XIX subyugado por la economía, había perdido el sentido del arte

En el siglo XIX fue cuando nuestras ciudades comenzaron a perder cada vez más el carácter de centro de civilización y descendieron hasta no ser mas que simples centros de inmigración. Si el proletariado moderno de las grandes ciudades se apega poco al centro que habita, es porque éste no representa ya sino el lugar de estacionamiento de cada cual, y nada más. Una de las causas parece ser los frecuentes cambios de residencia debidos a las condiciones sociales que no dejan al hombre el tiempo de apegarse estrechamente a su ciudad; pero la falta de carácter —si nos situamos en el punto de vista de la cultura general— y la sequedad de nuestras ciudad de hoy son otra causa de ello.

Las localidades industriales no son sino amontonamientos de cuarteles; allí se duerme, allí se arrienda, y eso es todo. No se comprende cómo puede la gente acostumbrarse a localidades que carecen hasta tal punto de carácter. ¿Puede alguien acostumbrarse a una ciudad que no tiene nada más que otra que ofrecer, que no tiene ningún carácter personal, y por la cual parece que uno se ha dado el trabajo de evitar todo lo cine pudiera tener la menor apariencia artística?

Pero esto no es todo: las grandes ciudades se van haciendo también tanto más pobres en verdaderas obras de arte cuanto su población crece. Parecen cada vez más estúpidas y se presentan todas con el mismo aspecto, aunque son más grandes que las pobres pequeñas localidades industriales. El aporte artístico de la época moderna a nuestras grandes ciudades es verdaderamente insuficiente. Todas nuestras ciudades viven de la gloria y de los tesoros del pasado. Si se quita al Munich actual todas las creaciones de Luis I, se descubrirá, con horror, el escasísimo número de obras de arte importantes que se han agregado desde esa época. Otro tanto se podría decir de Berlín y de la mayoría de las demás grandes ciudades.

Y ahora, he aquí lo esencial: nuestras grandes ciudades de hoy no poseen ningún monumento que se destaque en el aspecto general de la ciudad y que pueda ser designado como el símbolo de toda una época. Las ciudades de la Edad Media estaban, sin embargo, en este caso, y casi todas poseían un monumento de su gloria. Este monumento característico de la ciudad antigua, no se encontraba entre las habitaciones privadas, sino en los monumentos de la colectividad destinados a albergar no una vida pasajera,

sino a los dioses de la eternidad; no a llevar el sello de la riqueza de un particular, sino la grandeza y la importancia de la colectividad...

En cuanto se comparan las proporciones de las construcciones de los Estados antiguos con las de las habitaciones de la misma época se comprende el peso y el poder de ese principio según el cual las construcciones públicas deben ocupar el primer lugar.

Las pocas columnas que admiramos hoy, y que aun emergen de los montones de escombros y de los espacios cubiertos de ruinas del mundo antiguo, no son de los palacios comerciales de aquel tiempo; son de los templos y de los edificios del Estado: el propietario de esas obras era la colectividad misma.

Aun durante las decadencias de Roma y sus frívolos placeres, las villas o los palacios de algunos ciudadanos no ocuparon el primer lugar; lo ocuparon los templos y las termas, los estadios, los circos, los acueductos y las basílicas, cuyo propietario era el Estado y, por consiguiente, el pueblo entero.

La Edad Media germánica también mantuvo este principio directivo, aunque las concepciones artísticas cambiaron completamente. Lo que en la antigüedad se expresaba en la Acrópolis o en el Panteón, encontraba ahora su símbolo en las formas de la bóveda gótica... Catedrales, consistorios, mercados de granos y torres de guardia son los signos aparentes de una concepción que, en sus principios, se unía a la de la antigüedad.

iCuán lamentable ha llegado a ser la proporción entre los edificios del Estado y las construcciones privadas! Si Berlín sufriera el destino de Roma, la posteridad podría admirar un día, como la obra más poderosa de nuestro tiempo, los almacenes de algunos judíos y los hoteles de algunas sociedades en los cuales se expresaría el carácter de la civilización actual. Existe una enorme desproporción entre los edilicios del *Reich* y los de la finanza y del comercio...,

Nuestras ciudades modernas carecen, pues de la principal característica de la comunidad popular; no nos extrañaremos, entonces, si la comunidad no ve en sus propias ciudades nada que la simbolice.

La tarea artística del nacionalsocialismo

Será el Estado nacionalsocialista el que impondrá las tareas —y ya las ha impuesto— en el dominio cultural; también será él quien velará por las grandes líneas de su realización. Por eso el período del arte ridiculizado por

el bolchevismo ha pasado ya en Alemania, puesto que ese arte bolchevique y futurista es un movimiento retrógrado anárquico.

El arte nacionalsocialista debe servir al desarrollo de nuestra comunidad. Este arte nacionalsocialista no puede, pues, seguir tolerando esos síntomas de un mundo decadente que hemos dominado, y cuyos estragos artísticos repercutían sin duda en todo el dominio cultural. Nos agrada lo que es sano. Su medida será dada por lo mejor del alma de nuestro pueblo. No queremos en nuestro arte nada más que la glorificación de eso que es lo mejor. Nuestro ideal de belleza deberá ser siempre la salud. En el dominio de la arquitectura, este principio se traduce por la claridad y la utilidad, cosas ambas que engendran la belleza.

No tenemos nada que ver con esos elementos que no conocen el nacionalsocialismo sino de oídas y que, en consecuencia, le atribuyen fácilmente ciertas frases indefinibles sobre el nordismo y que, a su vez, hacen partir sus investigaciones de no se sabe qué círculo fantasista atlántico.

Siendo nuestro criterio de las realizaciones culturales este principio de salud y, por lo tanto, de sentido de la belleza del hombre nuevo; encontraremos eficazmente esta noble forma, forma verdaderamente separada de las influencias del tiempo y que se funda en el carácter inmutable de nuestro pueblo. La dirección cultural del pueblo, entre nosotros, se hará sentir en todos los dominios de la creación artística. Y, desde luego, estamos felices de saber que este esfuerzo no es una simple tentatitva sino que se traduce en realidades. Todo lo que no puede seguir el movimiento deberá ser descartado.

Si, en el dominio político, hemos librado a nuestro pueblo de los elementos anárquicos de disgregación y, por consiguiente, de destrucción, de igual modo descartaremos cada vez más, en el dominio cultural, a los que, conscientemente o por falta de talento, han ayudado o quieren aún ayudar a crear, por la decadencia de la cultura, una decadencia política.

El Estado nacionalsocialista sacará de estas consideraciones sus consecuencias prácticas. Al hacer esto, sabemos que no se puede asegurar a todo un pueblo una misma educación proclamando la verdad en todo lugar al mismo tiempo, sino revelando por primera vez a los contemporáneos la nueva sabiduría en un lugar y una sola vez.

Por eso comenzaremos nuestra obra cultural por cierto número de poderosas realizaciones de valor documental, pues estamos convencidos de

que el ejemplo inmortal sigue siendo la mejor enseñanza para todos los tiempos. En efecto, este poderoso ejemplo posee una fuerza de realización, y eso es lo que los anarquistas no pueden soportar: la forma, y por consiguiente, el estilo. Tenemos el deseo de salir del desorden de las realizaciones individuales en el dominio del arte y encontrar ese gran estilo que caracteriza una obra emprendida en común y cuyos efectos se realzan y se completan mutuamente. Las gigantescas construcciones que hemos comenzado en algunos lugares del *Reich* y que comenzaremos en breve, concurren a lograr este objetivo.

El nuevo Nuremberg de nuestros congresos ha nacido de estas intenciones. Es preciso que se realice aquí, y en las proporciones más grandiosas, un monumento de estilo ejemplar y que, al mismo tiempo, pueda enorgullecer a millones de alemanes de ser miembros de tal comunidad. El mismo espíritu y la persecución de los mismos fines presiden la transformación de la capital del Movimiento, y presidirán pronto la renovación de Berlín, la capital del *Reich* alemán. Las grandes obras que surgirán en estos lugares llenarán a nuestro pueblo, no solamente de alegría en el presente, sino también de orgullo en el futuro. En efecto, la única realización imperecedera del trabajo y de la energía humana, es el arte.

—FIN-

This file was created

with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

17/02/2011

Table of Contents